

3

01086

2ej

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS



PERSPECTIVAS DE LA LITERATURA MEXICANA DE
LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX
(1810-1860)

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
DOCTORA EN LETRAS
P R E S E N T A :

Eulalia **ISABEL CONTRERAS ISLAS**

MEXICO, D. F.

1998



266426

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**PERSPECTIVAS DE LA LITERATURA MEXICANA DE
LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX**

(1810-1860)

A nadie que se acerque a lo escrito en México en el siglo XIX antes del modernismo, se le escapa el hecho de que nuestra mejor literatura de entonces está en lo que no es literatura. No hay comparación entre los poemas, narraciones y dramas por una parte, y la historiografía y el periodismo por la otra. Los primeros representan la infancia de un arte, los pasos iniciales de una búsqueda de expresión. En cambio, la prosa de Zavala, Alamán, Mora, Otero y sobre todo Zarco, no admite condescendencia y está a la altura de lo que se ha hecho después entre nosotros.

(José Emilio Pacheco)

PERSPECTIVES OF MEXICAN LITERATURE IN THE FIRST HALF OF THE
NINETEENTH CENTURY (1810 - 1860)

On the theoretical side, the work focuses on the act of reading and its participation in the ideological development of nineteenth-century readers. Certain tenets grounding the analysis of the text-reader relation as established by German scholar Wolfgang Iser are employed to this effect, while the socio-critical scheme of Claude Duchet and certain theoretic premises by Mijail Bajtin are considered to discuss the issue of ideology derived from reading as a consequence for the audience.

The thesis does not focus exclusively on the analysis of literary text, but also refers to other means of reading available in the cultural environment of early nineteenth century readers, such as gazettes, daily newspapers, readers, catechisms, and letters.

As a corollary of these theoretic and analytic lines of research, this paper describes the contribution of reading to the development of middle-class ideology in early nineteenth-century Mexican society, in the context of recent national independence.

PERSPECTIVAS DE LA LITERATURA MEXICANA DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX (1810-1860)

PERSPECTIVAS DE LA LITERATURA MEXICANA DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX (1810-1860)

Teóricamente, el trabajo se centra en el acto de la lectura, con la finalidad de atender, sobre todo, su participación en la formación ideológica de los lectores del siglo pasado. Para ello, se tomaron algunas consideraciones del teórico alemán Wolfgang Iser, en los que se fundamentaron aspectos tocantes a la relación obra-lector y, para atender la cuestión de la ideología como efecto de la lectura en el receptor, se recurrió a la sociocrítica de Claude Duchet y a algunos presupuestos teóricos de Mijail Bajtin.

La tesis no atiende estrictamente el análisis de textos literarios, sino también el de otros medios de lectura, que formaban parte del entorno cultural de los lectores de la primera mitad del siglo XIX, tales como: las revistas, los periódicos, los silabarios, los catecismos y la carta.

Por lo que, a partir de estos dos lineamientos, uno teórico y el otro analítico, en este trabajo de investigación, se llega a demostrar cómo la lectura contribuyó en la formación del pensamiento pequeño burgués de la sociedad mexicana de principios del siglo pasado, recientemente libre.

ÍNDICE

PRÓLOGO	6
INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO I CONCEPTOS TEÓRICOS FUNDAMENTALES	13
I.1. Marco teórico	13
I.2. Sentido y significación	24
CAPÍTULO II REALIDAD, FORMACIÓN SOCIAL Y MATERIALES DE LECTURA DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX	27
II.1. Realidad y formación social	27
II.2. Sobre lecturas y lectores	31
CAPÍTULO III ALGUNOS MATERIALES DE LECTURA DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX	45
III.1. La Cartilla y el Catecismo	45
III.2. Textos científicos	49

III.3. El Periódico	51
III.4. La Revista	56
III.5. Narraciones literarias	69
CAPÍTULO IV . LOS MATERIALES DE LECTURA Y SU EFECTO EN EL LECTOR DEL SIGLO XIX	88
IV.1. Consideraciones previas	88
IV.2. Características de la sociedad de principios del siglo XIX	93
IV.3. El efecto de la lectura y su participación en la formación social de los lectores de la primera mitad del siglo XIX	106
CONCLUSIONES	125
BIBLIOGRAFÍA	131

PRÓLOGO

La inquietud por adentrarme al estudio del siglo XIX surgió durante mi participación en un Seminario de Literatura Mexicana, donde las apreciaciones expuestas por el Dr. Manuel de Ezcurdia (titular del mismo), me permitieron descubrir lo mucho que había por hacer, investigar y reestructurar sobre la cultura del siglo pasado.

Pronto descubrí una gama de posibilidades, tantas, que me fue difícil llegar a limitar los aspectos por trabajar. Inicialmente, me había propuesto concentrar mi atención únicamente en la creación literaria; incluso, el título bajo el que quedó aprobado oficialmente este proyecto, así lo refiere. Mas al comenzar la labor de investigación hemerográfica bajo la idea de rescatar autores y obras hasta entonces aún no estudiados por la historia y la crítica de la literatura mexicana, privilegiaron mi atención tanto los textos periodísticos, como otros géneros más a los que me remitía la misma lectura.

A medida que las fichas de trabajo sobre este material crecían, pude darme cuenta que una hipótesis probable debía incorporar, además de materiales literarios, toda mi inquietud por esos nuevos géneros. Para así, poder abarcar todo el rescate del material hemerográfico acumulado. Pensé entonces en un planteamiento en el que la lectura fuera eje fundamental. Mas..., -hablar de una lectura sin lectores no tenía sentido.-

El proceso de delimitación se complicó cuando reparé en que no podía hablar genéricamente de lectores, y que además era necesario elaborar un planteamiento a partir de los incisos específicos : *lectura y lectores*, mediante una argumentación que revelara perfectamente bien una propuesta específica. Fue así como me propuse llegar a demostrar la influencia y la participación que tuvo la lectura en la formación social de los lectores de principios del siglo XIX.

De la gama de posibilidades que ofrece la teoría literaria en la actualidad, dos de ellas las consideraré apropiadas para apoyar el

fundamento del planteamiento hipotético y en general, del trabajo : La Fenomenología (concretamente la Escuela de Constanza) y la Sociocrítica. La primera me ayudaría a validar los aspectos en torno a la recepción y el proceso pragmático de los textos por analizar. La segunda, lo concerniente al diálogo y compromiso cultural que los materiales guardaron con su contexto.

De esta manera, en el primer capítulo de la tesis, ofreceré una visión general de las dos corrientes teóricas fundamentales (especificando autores y corrientes por trabajar). En el segundo capítulo, por un lado, hago una descripción general de los diferentes materiales de lectura a tratar (la cartilla, el catecismo, textos científicos, periódicos, revistas y narraciones literarias cortas); y por el otro, un perfil de la sociedad mexicana de principios del siglo XIX a la que perteneció el público lector de aquellos textos. El tercer capítulo lo dedico a hacer una descripción de los materiales de lectura que aquí se incluyen, abordándolos más como actos de decir, que como actos de hacer. Y por último, el cuarto capítulo del trabajo, lo empleo para hablar sobre el efecto y la participación que estas lecturas produjeron en la formación social de sus lectores.

Con base en esta descripción capitular, podrá inferirse que éste no es un trabajo de crítica literaria, cuya finalidad pretenda encontrar o construir criterios de literariedad, selección o evaluación de autores y obras literarias. Por tal motivo, y de acuerdo al planteamiento inicial, decidí englobar las lecturas por trabajar en torno a la palabra "literatura," considerándola bajo su acepción etimológica proveniente del latín: "littera" (que comprende todo lo elaborado mediante la palabra, o código lingüístico). La acepción del término que la explica como obra de arte literaria, no ha sido seleccionada como enfoque fundamental en la investigación.

Cabe advertir, además, que la interrelación: autor-obra-lector, la enmarco, hasta donde es posible, en lo que constituyó el espacio enunciativo propio de los materiales de lectura del corpus de la tesis: la vida de México durante la primera mitad del siglo XIX (específicamente 1810-1860). Haciendo la aclaración de que, en una investigación posterior tengo la inquietud de continuar estudiando la segunda mitad del siglo, que juntas me permitan lograr una visión totalizadora del siglo XIX,

período tan determinante en nuestra historia, en nuestra cultura y en nuestro arte, sin cuya visión no es posible entender, valorar y apreciar, en general, el desarrollo y los alcances de las manifestaciones culturales de nuestra época actual.

Así mi propuesta, es inquietar a los estudiosos de la literatura sobre lo importante que hay aún por hacer y rescatar sobre la cultura del siglo XIX.

INTRODUCCIÓN

A partir de las primeras décadas de nuestro siglo, en el ámbito de las humanidades, se generó una inquietud por la recuperación del sujeto que propició una inquietud por una nueva forma de comprensión, de reflexión y concepción del mundo. Tal cosmovisión generó el surgimiento de la diversidad y de las diferencias, como resultado del rechazo a la imposición de los discursos unívocos y dominantes. Esta nueva actitud, nos compromete a incursionar y a acercarnos de manera distinta a la tradicional, a los objetos y a los fenómenos por conocer.

A la luz de esta recuperación del sujeto (ya emisor, ya receptor de un mensaje) en el campo de la teoría literaria, las tendencias hegemónicas bajo las que se habían comprendido y asimilado muchos de los fenómenos literarios¹, empiezan a verse marginadas. Comienzan a surgir nuevas posibilidades teóricas que tienden a explicar y evaluar la literatura a partir de los nuevos criterios, tal es el caso de la Escuela de Constanza que, a mediados de la década de los sesenta, reinicia el boom de la teoría de la recepción²

Si la mayoría de las teorías decimonónicas subrayaron la función del autor como importante dentro de los estudios de la obra literaria, a las corrientes de la primera mitad del siglo XX les interesa centrarse en el texto literario y, a las de las postrimerías de nuestra centuria, en el lector. El desempeño del receptor pronto se convirtió en una inquietud recurrente, susceptible de ser enfocada desde diversas perspectivas, pero siempre, atendiendo la participación del lector.

Según teóricos de la Escuela de Constanza, el lector arriba al texto y lo pone en actividad. Para sus teóricos, cualquier tipo de discurso (o mensaje) surge con la lectura y durante la misión de ser leído

¹ Tales como la crítica historicista y la preceptiva, por citar algunas de las más recurrentes.

² Que concretamente podemos ubicarlo hacia 1967, año en que Hans Robert Jausz dicta su conferencia: "La historia literaria como provocación a la crítica literaria", a partir de entonces la teoría de la recepción, se convirtió en una de las aportaciones más importantes y actuales de la crítica literaria alemana de los últimos años.

(recibido) ya que, precisamente es en el acto de ser leído donde estriba su sentido primordial. Es así como para los fenomenólogos de Constanza, un texto se convierte en mediador, a través del cual se propicia la comunicación entre un lector y un autor, por lo que el diálogo generado a partir de esta interacción comunicativa, sólo será posible de realizarse a partir del código cautivo dentro del texto.

Para esta propuesta de la escuela alemana, un texto no es, entonces, sino un factor pasivo dentro del acto comunicativo, cuya pasividad tiene que ser despertada y puesta en actividad por el lector a través de la lectura, la que dentro de esta concepción es la que representa el factor activo. Poner en actividad un texto (es decir, leerlo), es llegar a rebasar su plano puramente formal, pasivo, para penetrar y desentrañar su significación a partir de la comunicación generada por la práctica de la lectura. Por lo que todo texto (factor pasivo) deberá ser puesto en actividad por el sujeto lector (factor activo) para poder desentrañar su sentido a partir del proceso comunicativo. Leer un texto desde esta concepción pragmática, significa pues, rebasar toda objetividad formal del texto, penetrar, buscar y revelar su sentido y comprensión apoyándose en el lector, que es quien pondrá en actividad todas y cada una de las marcas latentes y manifiestas que el mensaje posee.

El atractivo que me representaron estos argumentos de la Escuela de Constanza en torno al texto, el lector y la lectura, me animaron a considerarlos como sustento teórico de la investigación. Si bien es cierto que la Escuela (representada principalmente por Hans R. Jauss y Wolfgang Iser), enfocó sus consideraciones teóricas al deslinde del proceso de la lectura en la obra de arte literaria, muchas de sus premisas resultan extensivas y aplicables a otras posibilidades de lectura, aun en aquellas que no son meramente literarias³ como el discurso periodístico, el pedagógico, el político, etcétera.

De aquí que el eje conductor de este trabajo sea la lectura, contemplada desde el concepto iseriano de movilidad, dialogismo y actividad, que deben ser generados por el lector al descubrir y trascender las marcas escriturales puramente lingüísticas

³ Sobre todo las de Wolfgang Iser que se centran en el aspecto del efecto, a diferencia de las de Jauss que abarcan más el aspecto configurador y estético de la obra de arte literaria.

fundamentales. Según el criterio de W. Iser esta trascendencia del texto descansa básicamente en dos ejes :

- El reconocimiento del lector de lo que constituye su propio saber,
- y
- El descubrimiento de algo novedoso que el lector agrega a lo ya conocido.

El vínculo y el compromiso que exige la lectura con el saber convenido de una colectividad, o grupo cultural determinado, fue lo que, por otro lado, me llevó a la elección de la Sociocrítica, a cuya sombra me sería mucho más fácil limitar las coordenadas de tiempo y de espacio, así como la de delimitar los horizontes contextuales propios de los textos seleccionados para este trabajo.

En su *Curso de lingüística general*, Ferdinand Saussure hablaba ya de una disciplina que debía abocarse al estudio de la lengua desde su condición de habla, atendiendo la afectación psicológica que el uso de cada palabra revelaba de su hablante. A esta disciplina la nombraba Saussure como "semiótica", cuya misión debía concretarse a estudiar los signos dentro de ese marco de la vida psicológica, cultural y social.⁴

Posterior a esta apreciación inicial de Saussure sobre el concepto semiótico, a mediados del siglo XX, aparecieron en Europa las de un grupo de estructuralistas rusos y franceses, que fueron quienes comenzaron a difundir ciertos postulados teóricos en torno a la pragmática de los mensajes que, de alguna manera implicaban un cercanía con los principios de funcionalidad social e individual expuestos por el lingüista francés.

Pronto el estudio de las manifestaciones artísticas y culturales, comenzaron a ser estudiadas bajo estas dimensiones de enunciación espacio-temporales propias de cada habla, atendiendo a la función de su circunstancialidad pragmática enunciativa : "Yo - te digo - a ti -en un aquí y un ahora específicos". Postura que remitió a realizar una nueva manera de estudiar los mensajes, desde su propio espacio y su propio tiempo, es decir, desde su contexto real.

⁴ Cf. Ferdinand Saussure, *Curso de lingüística General* (México, Ediciones Nuevaomar. S.A.1982), pp.42-43.

Así fue como desde estas dos perspectivas inicié el acercamiento a los materiales de lectura de la primera mitad del siglo XIX. Particularmente, me resultó interesante la práctica de dos de los aspectos metodológicos que exigen estas corrientes para su aplicación: uno, el de generar el estudio a partir de las propias marcas del texto, es decir, partiendo del interior de éste hacia afuera.; y el otro, la tarea de la reconstrucción del mundo de fuera del texto (o contexto del mismo) que impera en ellos, como paso indispensable para poder comprender el mensaje lo más plenamente posible. Mediante el logro de estas dos instancias metodológicas, podría llegar a inferir más claramente el efecto que los materiales de lectura de la primera mitad del siglo XIX propiciaron en sus lectores reales.

Por otro lado, me resultaba atractiva la experiencia de una lectura con esta metodología, porque me permitía valorar y descubrir una serie de aspectos, conocimientos y relaciones que, desde luego, me revelarían resultados distintos sobre la cultura del siglo XIX los adquiridos mediante parámetros estrictamente historicistas, sobre la cultura del siglo XIX.

CAPÍTULO I

CONCEPTOS TEÓRICOS FUNDAMENTALES

I.1.MARCO TEÓRICO.-

Junto a las aportaciones de los estudios lingüísticos recientes, surgen nuevas perspectivas teóricas en el campo de los estudios literarios, que poco a poco se extendieron al ámbito del análisis de textos.

En la actualidad, frente a la inquietud de rigor teórico suscitado en torno al análisis literario, vino a sumarse una preocupación más : llegar a determinar los rasgos distintivos que hacen que un texto sea literario. Dentro de tales inquietudes introducidas por los Formalistas Rusos y la Escuela de Praga, muchos de los conceptos vigentes en el terreno de la teoría literaria heredados por el siglo XIX fueron puestos en tela de juicio. Conceptos como "literatura", "texto", "género", "obra de arte" (entre otros), sufren una serie de alteraciones en relación a los ya establecidos. El término literatura, por ejemplo, llegó a apartarse de toda connotación artística para manejarse bajo el criterio de aceptarse, simplemente, un mensaje más como cualquier otra posibilidad comunicativa lograda a través del código lingüístico

Teóricos como Jakobson, Todorov, Barthes, Eco, Bajtin, Derrida, generaron una serie de posibilidades novedosas en torno a los estudios literarios que van desde un replanteamiento sobre la especificidad del discurso literario frente a otros, hasta su negación.

Dentro de tal matiz de posibilidades , la explicación sobre lo que es o debe ser la literatura, fue cobrando diferentes posibilidades según la corriente que buscaba explicarla. De esta variedad de propuestas, dos son las que hemos seleccionado como fundamento teórico para el presente trabajo :

1.- Una, enmarcada dentro de la Fenomenología de la recepción, concibe al mensaje como un fenómeno que produce, invariablemente, un efecto en el lector. Postura dentro de la que tomaremos, concretamente, algunos de los criterios que el teórico alemán Wolfgang Iser propone en su libro *El acto de leer* , relativos a la interacción del lector frente al texto.

2.- La Sociocrítica cuyos argumentos para explicar el sentido de un texto, toman como base el contexto cultural en que fue producido. Para ésta, cualquier tipo de mensaje (concebido como un sociotexto) guarda una íntima relación con su aquí, su ahora y el elemento humano que lo crea, causa por la cual proyecta toda una constelación discursiva cultural específica. Dentro de estas disciplinas, tomaremos algunos principios de Claude Duchet y de Mijail Bajtin, bajo la advertencia que, aunque este último no podemos ubicarlo estrictamente dentro de las posturas sociocríticas, sus conceptos en cuanto a la dislogicidad, y sobre la lectura principalmente, complementan el criterio en torno a la concepción ideológico de los discursos.

Estos dos enfoques nos interesaron como estrato fundamental de la investigación, porque, además, dentro de sus propuestas teóricas muestran un empeño especial por rescatar al sujeto (ya elaborador, ya receptor del discurso), además de estar inmersas dentro de paradigmas socio-culturales específicos, que afirmaban que un texto significa algo más que una expresión lexicoformal, que no debe sólo estudiarse ni reconocerse como entidad formal únicamente.

Para la Fenomenología, un texto está inerte mientras no sea activado por el lector. El acto de la lectura es el que permite que el carácter estático del mensaje se pierda, así como su propiedad de ser uno y único. Con base a esto, los materiales de lectura que se manejarán en el trabajo estarán contemplados más como *actos de decir* (o entidades de expresión y significación), que como *actos de hacer* (o

complejo formal). De aquí que dos factores en torno a los que versarán nuestros argumentos serán la *lectura* y los *lectores*, ambos como respuestas circunstanciadas por un aquí y un ahora específicos : México, durante la primera mitad del siglo XIX.

Un texto, pues, no es solamente un conjunto de marcas lingüísticas sino que, a través de ellas, se concentra una serie de indicios manifiestos que hablan de, y pertenecen a sujetos socialmente determinados. M. Bajtin en su *Teoría y estética de la novela* afirma:

*El oyente, percibiendo y comprendiendo el significado lingüístico del discurso, ocupa en relación a éste una activa postura de respuesta: estar de acuerdo o no (total o parcialmente) con el enunciado, aplicarlo, o prepararse para la ejecución de una orden. Esta postura de respuesta se constituye a lo largo de todo el proceso de audición y comprensión, desde el principio hasta el final*⁵

Independientemente de que la literatura oral difiere de la escrita en muchos aspectos, estas mismas actitudes de respuesta de un receptor frente a un texto señaladas por Bajtin resultan extensivas al texto escrito:

- Estar de acuerdo o no con el mensaje expuesto.
- Completarlo
- Aplicarlo
- Prepararse para la ejecución de una orden allí implícita.

Las dos primeras actitudes exigen la participación de un lector crítico, consciente, analítico, activo; las últimas, contrariamente, la de lectores pasivos cuyos criterios, faltos de reflexión, resultan análogos a los denotados en el texto.

⁵ Mijaíl Bajtin, *Teoría y estética de la novela* (Madrid, Taurus, 1990), p. 125

Siguiendo aún con estas cuatro actitudes bajtinianas de respuestas posibles frente al texto, consideramos que cualquiera de estas actitudes tomadas por el lector, guardan un gran compromiso con su formación, su socialidad y, en resumidas cuentas, con su competencia lingüística. Un sujeto crítico, analítico y reflexivo está más cercano a experimentar las dos primeras actitudes mencionadas por el teórico soviético. En tanto que un sujeto inconsciente, pasivo, está más cercano de la práctica de las dos últimas.

Un lector sin la experiencia de hábitos de reflexión frente a la palabra, por lo general recibe el contenido del texto como una orden, o ejecución, repetidora de los paradigmas expuestos en él, por lo que éste (el mensaje) actúa en el receptor como mero refuerzo, reafirmador de su corpus ideológico. Esta incapacidad de reflexión de los lectores frente al texto les lleva a adoptar una postura de sometimiento y disponibilidad ante los contenidos del mensaje, que las ideologías dominantes aprovechan para persuadirlos :

*La literatura tiene su lugar en los límites de los sistemas de sentido que dominan en cada época. Por tanto, la literatura ilumina también sobre cuál de esos sistemas correspondientes en el contexto de la época mantenían el puesto supremo en la jerarquía en vigor.*⁶

O como lo explican desde el ámbito socio-político personalidades como Arnaldo Córdova:

*"Las ideas dominantes en cada época, o dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción espiritual busca que la sociedad se someta a la ideología de quienes funcionan como dominadores"*⁷

⁶ Wolfgang Iser, *El acto de leer* (México, Taurus, 1987), p. 125.

⁷ Arnaldo Córdova, *Sociedad y estado en el mundo moderno* (México, Era, 1982), p. 269

Cualquiera de las actitudes posibles que un lector asuma frente a la lectura, no pueden llevarse a cabo sin el reconocimiento mimético de la realidad manifiesta en un relato por el poder que posee la palabra al nombrarla. Ya Aristóteles en su *Poética* advertía esta facultad mimética a la que alude la literatura.⁸ El estagirita explica cómo es posible advertir en un discurso literario registros miméticos de la realidad que, al quedar manifiestos en el texto, por ningún motivo resultan una translación exacta y verdadera de la misma, sino que ésta pasa a convertirse en una forma imaginaria y verosímil; que no podrá considerarse copia verdadera de esa realidad, sino por el contrario, en la literatura esta persiste a la manera de un "como si" en relación al mundo real. Por consiguiente, este registro de verosimilitud característico del texto literario, actuará en el lector no como una transportación íntegra, verdadera y objetiva de la realidad, sino como un cúmulo de abstracciones mediante las que, al reconocer en ellas las formas de la realidad aludidas por las palabras del mensaje, propician en el sujeto una posibilidad de reconocimiento y, por consecuencia, significativa.

El procedimiento mimético de re-conocimiento de la realidad (de la vida) que hace el lector a partir de la configuración y de las estrategias del texto, no es exclusiva de la obra literaria. En todo proceso de lectura, el acto de comprensión de un mensaje mediante el código lingüístico, se produce a partir de la advertencia de identidad que establece el receptor entre la realidad nombrada en el mensaje, y su contexto social e individual.

De esta manera, la lectura resulta algo así como una especie de fenómeno cultural específico, en el que a partir de la palabra y mediante el proceso de un reconocimiento de identidad, limitado por los convenios sociales e individuales de cada sujeto, se produce la transmisión de sentido del texto en el lector. Sin embargo, la referencialidad de la realidad aludida dentro de la narración textual, yace estática, determinada por el propio sentido de la configuración del texto mismo, hasta no ser desentrañada por el lector.

Si un lector fuera capaz de darse cuenta de los mecanismos configuradores que determinan el sentido del texto por decodificar, la

⁸ Cf. Aristóteles, *Poética* (México, Espasa-Calpe, 1948), pp. 11-23

lectura de éste sería diferente y, por consiguiente, la comprensión de la lectura sería otra.

W. Iser, en su libro *El acto de leer*, afirma que, tradicionalmente, frente a la lectura se pueden localizar dos diferentes tipos o modelos de lector: *el lector ideal y el lector real*⁹. Para el crítico alemán, la teoría literaria del efecto debe tomar en cuenta tales modelos, de entre los cuales, el que retomaremos dentro de esta investigación será el del *lector real* (perteneciente a un aquí y un ahora, simultáneos a la creación del texto)

En cualquiera de los dos modelos, el lector está fundamentado en un sustrato extra lingüístico; mas en el lector real, ese caudal extra-lengua queda restringido por los limitantes enunciativos del mensaje (yo te digo a ti lector desde este aquí y este ahora específicos). De aquí que, frente a un lector real :

*La estructura del texto y la estructura del acto, consecuentemente, constituyen los complementos de la situación de comunicación, que se realiza en la medida en que el texto aparece en el lector como correlato de la conciencia social. Esta transferencia a la conciencia del lector, frecuentemente es atendida como si éste se viera exclusivamente suministrado por el texto.*¹⁰

Por otro lado, dentro de este enfoque no debemos dejar a un lado lo que el teórico alemán argumenta en relación al *distanciamiento* existente entre el texto escrito y el lector. Para Iser, entre el tiempo del acto escritural de un texto y el momento de su lectura, existe un distanciamiento temporoespacial, que no se da en el caso de la narrativa oral, en la que relato y recepción se dan en condiciones simultáneas. Debido a esta lejanía, toda lectura induce a una re-elaboración,

⁹ Wolfgang Iser, Op. Cit., pp. 55-70, habla de dos tipos de lector que deben ser tomados en cuenta dentro de la fenomenología de la lectura: el lector real (sujeto perteneciente a un aquí y un ahora simultáneos a la creación del texto); y el ideal (sujeto extemporáneo al acto escritural).

¹⁰ *Ibidem* p. 175.

retroactiva al aquí y al ahora del acto de elaboración del texto. Afirma Iser que esto propicia que entre el lector y el texto se forme un espacio de indeterminación, que necesita ser llenado por el lector para que la comprensión del mensaje pueda darse.

Nuestro trabajo pretende reconstruir, en la medida de lo posible, el tipo de lector que afrontó, desde mediados del siglo XIX las lecturas, procurando, mediante el procedimiento interactivo de la lectura, llenar los espacios vacíos de indeterminación provocados por el distanciamiento que los materiales de lectura del siglo XIX representan para un lector con una lejanía de casi siglo y medio de distancia

Para W. Iser, la lectura implica un enfrentamiento doble para el lector:

- La lectura como la actividad guiada por el texto.
- Y como un proceso de reelaboración propiciado por el distanciamiento y por el efecto que el mensaje produce en el lector.

Esta doble respuesta generada en el lector durante el acto de leer, es a la que Iser llama interacción. Por lo que, para poder lograr un enfoque interactivo en nuestro trabajo, que contemple (hasta donde sea posible, insisto), los dos enfrentamientos iserianos generados en el lector de la primera mitad del siglo XIX, será necesario complementarlos con las propuestas teóricas expuestas por M. Bajtin y C. Duchet que versan en torno a la red de sentidos y significaciones culturales que configuran de manera latente un texto.

Al primer contacto con el texto, se establece en el lector un correlato entre su experiencia social del mundo y las marcas propias de la lectura. Este correlato se produce debido a la imposición de sentidos convenidos semánticamente y transmitidos por cada una de las palabras y de las frases del texto y, además, por los significados propios del lector producidos por sus experiencias particulares (ver diagrama p. 23). Por lo que, debido a este correlato sintético (convenido y particular), a través de la interrelación con el texto, la lectura va revelando al lector las distintas posibilidades de sentido y de significación.

La lectura, entonces, no resulta ser una instancia inofensiva, sino por el contrario, un espacio a través del cual un lector se construye a sí mismo mediante la dimensión comunicadora de las palabras, las que, antes de propiciar en él cualquier posibilidad crítica o argumentativa, le ofrecen la de una construcción de sentido, anterior a la de la significación.¹¹

Para la Sociocrítica, el estudio de un texto exige un acercamiento sincrónico, que respete las características enunciativas propias del mismo, determinadas por el contexto particular desde el que se escribe cada mensaje. Para estas dos tendencias, toda la gama de posibilidades de un texto forman discursos intertextuales¹² que se generan a partir de la lectura y estarán determinados, primero que nada, por el contexto en que éstos fueron escritos, y segundo, por la cosmovisión del escritor.

Tiempo y espacio circunscriben a autores y obras dentro de un marco específico de referencias irremplazables que, evidentemente, permiten rescatar el trasfondo histórico-social implícito en los textos. Sin embargo, la labor de rescate contextual de un texto no resulta sencilla debido a que la referencia del mundo real al que alude la palabra (como quedó visto en líneas arriba) no es un reflejo fiel de la realidad, sino que ésta, en lugar de ser una y única en los textos, va cambiando y transformándose al ritmo de la movilidad social e individual del escritor.

En su teoría sociocrítica, Claude Duchet¹³ llama a cualquier tipo de discurso "sociotexto", debido a que éste rescata, consciente o inconscientemente, todos los posibles indicios de la socialidad de su autor la cual, a su vez, está determinada por su propio contexto histórico:

Pour plus de clarté j'appellerai sociotexte, au cours de cet essai, le texte considéré dans son mode d'esocial, dans sa socialité propre, différente pour chaque oeuvre, la socialité étant envisagée come une singularité caractéristique. J'emprunte ce dernier

¹¹ Una lectura que comprenda la significación particular, estaría más cerca de la tarea de un lector ideal, más que la de un lector real.

¹² Julia, Kristeva, *Semiótica* (México, Nueva Imagen), p. 96

¹³ Apuntes del seminario de *Crítica Literaria* impartido por el doctor Gilberto Gimenez, Fac. Filosofía y Letras, 1988.

concept aux sociologues, chez qui il désigne l'ensemble des rapports, pratiques, comportements qui fondent l'existence sociale d'un individu ou d'un groupe, pour l'étendre aux ocuvres-textes qui ont chacune leur facon de lire et de vivre le social, avec des intensités et des modalités variables¹⁴

Según Duchet el caudal de características sociales que un individuo posee (ideología, moral, pensamiento, religión, valores, costumbres, etcétera) son las que construyen su socialidad, desde la cual el sujeto percibe y participa en su entorno. Este caudal de experiencias particulares que determinan la visión de la realidad contextual, al ser concretadas por un escritor en su texto, es llamado por el teórico francés "co-texto", ámbito desde el cual se manifiesta la diversidad y la diferencia del espacio circundante de la realidad, llamada por Duchet:

La Sociocritique devra se garder de confondre le réel et réalité représentée (liée l'effet référentiel, que du horst texte): celle-ci n' est plus á fait le réel du monde mais pas encore le texte; pluitot le pré-texte, un déjà-la dont le paradoxe est de n'exister que par samise en mos¹⁵

Es entonces el "co-texto" (pre-texto manifiesto en el sociotexto), según el teórico francés, lo que impide que en un texto, la realidad que circunda al autor, pase a integrarse al texto tal cual como a manera de reflejo, o como la de un determinismo generalizador. La teoría

¹⁴ Calude Duchet, *El proyecto de la Sociocritica*, ensayo no publicado p. 9 Para ser más claro, llamaré sociotexto a lo largo de este ensayo, al texto considerado en su modalidad de ser social, en su socialidad misma, diferente para cada obra, la socialidad vista como una singular característica. Torno prestado este último concepto de los sociólogos, quienes se refieren al conjunto de las relaciones prácticas y comportamientos que crean la existencia social de un individuo o de un grupo, y lo extiendo para aplicarlo a los textos, cada uno de los cuales tiene su manera de leer y vivir lo social con intensidades y modalidades variables. (La traducción es mía)

¹⁵ Ibid. p. 7 La sociocritica deberá evitar confundir lo real y la realidad representadas (unido al efecto referencial): ella no es siempre lo real pero todavía no el texto, antes el pre-texto, de allí que la paradoja sea el no existir aunque lo nombremos. (la traducción es mía)

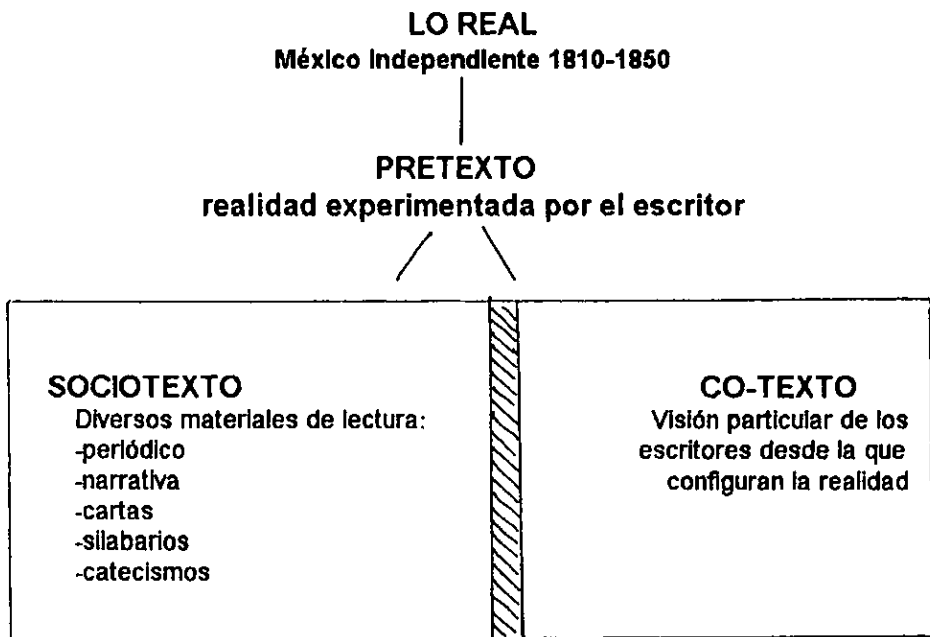
sociocrítica, más que considerar la existencia sólo de una realidad social, reconoce diversas realidades, tantas como sujetos sociales sean posibles. Por lo que el "pre-texto" (realidad histórica aprehendida por el sujeto) no es uno y permanente, sino múltiple y cambiante, según las experiencia particular del sujeto.

Toute mimesis est trompeuse si l'on y cherche en effet spéculaire, veridique si on le conçoit comme le réel d'un reflet (A. Badiou). A la limite elle en renvoie guere que l'image qu'elle a contribué à former dans l'institution culturelle (...) Le texte en peut que faire reference au vivre des hommes dont il fait sa socialité, à la langue sociale dont el fait sa parole. Personnages, lieux, ensembles d'objets, facons d'aimer ou de rever, rithmes de temps, ellipse ou présence des corps, clichés de gestes ou de paroles, attestent autour de texte, qui les nomme en creux dans son écriture, et quoi qu'il en dise ou en taise, l'écransour de la réalité¹⁶

De aquí que uno de los aspectos que debe ser considerado en un trabajo como éste (que atiende a los materiales escritos y leídos durante la primera mitad del siglo XIX), sea el de especificar desde qué espacio real, bajo qué pretexto se escribieron y desde los que pudieron haberse recibido aquellos textos. Argumento que avala la reconsideración de lectores que pertenecieron a las condiciones de espacio y de tiempo específicos más cercanos a la elaboración del mensaje, cercanía que a su vez se convierte para nosotros en el límite desde el que se irán dictando las apreciaciones de interacción del presente trabajo.

¹⁶ Claude Duchet. Op. Cit. p. 10 Toda mimesis es engañosa si no encuentra un efecto especulador, verídico, si no concuerda con lo real (A Badiou). El límite refleja apenas la imagen que ella ha contribuido a formar dentro de la institución cultural (...) El texto no puede hacer referencia al vivir de los hombres cuyo hechos son palabras, personajes, lugares. ensambles de objetos, modos de amar o de mirar, ritmos de tiempo, ilusión o presencia de cuerpos, clichés de gestos o de palabras, testigo el autor del texto que los nombra en hueco dentro de la escritura por más que digan o callen la oscuridad de la realidad. (La traducción es mía)

El acercamiento que hagamos a cualquiera de los textos del siglo XIX (materiales de lectura de esta investigación), será sincrónico, es decir, desde el espacio enunciativo sociocultural específico



De esta manera, la Sociocrítica advierte en el texto un entrecruzamiento de sentidos y significados que se vinculan con la cultura, tomada ésta ya tan en cuenta desde principios de siglo por muchos de los integrantes del Círculo de Praga, quienes llegaron a rescatar su valor esencial tanto para la creación, como para la apreciación de una obra de arte literaria.

I.2 SENTIDO Y SIGNIFICACIÓN.-

De las múltiples posibilidades de significado que posee un texto, el que alude al sentido común, que podemos asociar con el del convenio social, será en el que se apoyará nuestra investigación, motivo por el cual creemos conveniente aludir a algunas consideraciones al respecto.

Uno de los aspectos fundamentales que la teoría literaria contemporánea introdujo a los estudios de la literatura, fue la recuperación del sujeto (autor o receptor), a quien poco a poco se le fue aceptando entre críticos y teóricos, como una presencia importante por su relación e interacción con el texto. Mediante el acto de la lectura, el sujeto, o lector, se involucra directamente en y con el texto, al grado de convertirse en una presencia ausente a través de la activación que hace del discurso textual. Dentro del nuevo pensamiento teórico que privilegia al lector, éste, a pesar de su facultad motora del texto, resulta uno de los factores más difíciles de estudiar debido a su condición anónima. Afirma Lisa Block en su libro *Retórica del silencio* que, dentro de la triada: autor-texto-receptor, "El lector tiene una presencia espectral y necesaria, es una figura poco visible que mira, ve y lee. Por tanto en la obra, lector y autor, ambos, existen"¹⁷

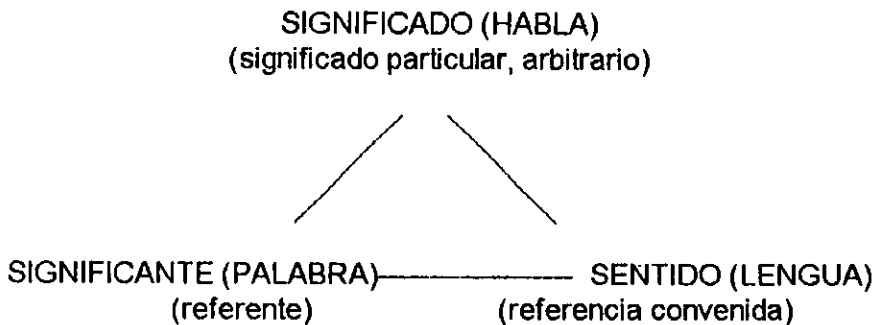
Dentro de la unidad lector-obra-autor es importante señalar que, a pesar del vínculo que durante el momento de la actualización del texto (ya sea codificándolo o decodificándolo) conforman los tres factores, curiosamente, se convierten en elementos dialécticos y hasta antagónicos a través de la comunicación del mensaje. En el momento en que el acto de la lectura comienza, el lector se apropia del texto y, sin alterar el plano sintagmático del discurso, le impone un sentido arbitrario dictado por sus propios paradigmas, por lo general diferente al contemplado por el autor del texto. Así, la intención y sentido particulares que el emisor planeó transmitir en su mensaje, a su vez, quedan limitados por la competencia lingüística y la contextualización particulares del receptor. Este distanciamiento es uno de los motivos por el cual, un texto

¹⁷ Lisa Block de B., *Una retórica del silencio* (México, s XXI), p. 43

es y no es el mismo para diferentes lectores ya que, para cada cual, la estructura formal del discurso le originará lecturas diferentes.

Según el triángulo de la significación propuesto por los lingüistas Ogden-Richards, en un signo lingüístico el significante no remite directamente a un significado, sino que la palabra(s), al ser nombrada(s), pasará(n) primero por el sentido común.

Los signos lingüísticos empleados por una sociedad determinada, por su forma y su sentido pertenecen a un convenio común, pero no así por su significado, que es impuesto arbitrariamente según la experiencia individual del mundo de cada uno de los hablantes de la lengua. La apropiación que cada hablante hace de su lengua, está sujeta a la competencia lingüística particular de cada sujeto, desde donde el usuario de manera inconsciente y natural, asigna un significado propio a las palabras, distinto al de la preceptiva y el sentido común, fundamentado en el acto un determinado acto de habla.



Un lector, al poner en actividad un texto mediante la lectura, todos y cada uno de los referentes del discurso se van manifestando primero

como lengua, pero también como habla. De aquí que el proceso de comunicación propiciado por el acto de leer resulte tan complicado.

El acercamiento a los materiales de lectura seleccionados para este trabajo, más que la significación, privilegiará el enfoque del sentido común, buscándolo en su propio contexto enunciativo, pretendiendo rescatar el *sentido* convenido, impuesto, repito, por su aquí y su ahora específicos. Es decir, dará prerrogativa al horizonte socio-cultural desde el que se configuraron y se recibieron las lecturas, para así, desde una perspectiva sincrónica, ir develando la gama específica de sentidos convenidos en esos materiales, que nos permita relacionarla con la influencia y el efecto que produjeron en la formación de sus lectores.

Leer así implica hacerlo desde hábitos de conducta, formas de vida, costumbres, valores y visiones del mundo diferentes a los actuales, respetando las condiciones de aquel momento que, juntas, constituyeron los paradigmas y normas convenidas por aquella sociedad de la primera mitad del siglo XIX, en su mayoría, sedienta de una identidad nacional, urgida de reconstruirse como nación y como cultura propia e independiente. Una sociedad cuyos dirigentes mostraban una preocupación especial por la educación y velan en el periódico un canal ideal para su difusión; motivo por el cual, uno de los materiales que revisaremos a lo largo de este trabajo será el periódico.

Otras de las lecturas que revisaremos serán las narraciones literarias (cuento y novela corta), el género epistolar (tan abundante en aquella época), el catecismo y, en general, las lecturas mediante las que se formaban los párvulos en edad escolar (silabarios y cartillas). Materiales, en su mayoría, contenedores de marcas específicas que hacen referencia al sentido característico de los estereotipos impuestos por su contexto.

CAPITULO II

REALIDAD, FORMACIÓN SOCIAL Y MATERIALES DE LECTURA DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX.

II.1.- REALIDAD Y FORMACIÓN SOCIAL.-

Como advertimos en el capítulo anterior, la sincronía será la perspectiva desde donde iremos revisando los materiales de lectura del S. XIX, creemos necesario iniciar nuestro acercamiento ofreciendo una semblanza espacio-temporal que perfile el contexto enunciativo que sirvió de marco a la aparición de los textos, al de sus autores y, por consiguiente, al de sus lectores.

En los albores del siglo XIX, México, como nación recientemente emancipada, se enfrentaba al compromiso de una consolidación autónoma. La sociedad mexicana, aún en embrión, se confundía entre los hábitos y las costumbres propagados por la metrópoli española, entre los de su pasado indígena, y entre el anhelo de una visión moderna por construir. La acentuada inquietud por la búsqueda de nuevas formas de vida (sociales, políticas, económicas, culturales, etcétera) que fundamentaran su nuevo perfil, constituía además, una de las metas primordiales por alcanzar, tanto para sus dirigentes, como para la sociedad en general.

¿Cómo podía llegar a realizar tales inquietudes una nación joven, con una sociedad heterogénea económica y culturalmente, que se debatía entre el ansia de progreso político y la desintegración económica?

La solución inmediata a la que se abocaron sus dirigentes fue: la imitación de los modelos extranjeros, sobre todo franceses. Se deseaba vivir, pensar, y llegar a ser de la misma manera como se hacía en los entonces países reconocidos como de actualidad (Inglaterra, Francia o Estados Unidos). De esta manera, una doble

tarea atormentaba a la nación mexicana; por un lado, una preocupación por la asimilación de lo europeo y por todo aquello alusivo a los tópicos modernos e innovadores; por otro lado, un deseo de consolidarse como nación independiente, forjándose una historia y una cultura propias.

Ante tal dilema, es necesario agregar que la nación mexicana atravesaba por condiciones de inestabilidad en todos los ámbitos que la constituían, a las que se sumaban guerras internas e insistentes luchas de clases. Situaciones que le impidieron lograr, de manera inmediata, la autenticidad pretendida.

Las innovaciones filosóficas, jurídicas, políticas y culturales francesas, así como los modelos económicos ingleses, pronto se convirtieron en paradigmas a seguir, sobre todo por intelectuales, con la convicción de que éstos serían una solución viable para consolidar la estructura y estabilidad del país naciente.

Fue así como a la luz de posturas ajenas, nuestra nación recientemente libre, fue incorporando tópicos de modernidad que pronto la condujeron a convertirse en una sombra relativa de lo europeo. Imitación que permeó, principalmente, en dos de los campos más determinantes del desarrollo de un país en evolución:¹⁸

1. El de la administración económica (que descansaba en la industria minera, y en la que se confiaba para asegurar el progreso económico de la nación).
2. La educación (con la que se aseguraría el progreso humano y el orden social)

Tales principios (el económico y la educación) pronto se convirtieron en la meta de los planes sociopolíticos para la administración del país : Libertad, Progreso y Riqueza; fueron ideales que, aunque para muchos de sus practicantes constituían conceptos

¹⁸ Idea propuesta por Ciro Cardoso en su libro *Formación y desarrollo de la burguesía en México* (México, s. XXI, 1981), pp. 98-99.

ambivalentes, su propósito de instauración en la práctica, iban ayudando a configurar el México naciente, como lo afirma en sus escritos el periodista Francisco Zarco:

En el conjunto informe y confuso de nuestra sociedad; en medio de goces fingidos y de dolores reales, a través de expresivas sonrisas y elocuentes declamaciones, descubrí que todos corren agitados en pos de lo que anhelaban; vi apresurarse a unos cansados, a otros desesperados, a los de más allá jadeando y todos generalmente burlados y chasqueados. ¿En qué consistía la inutilidad de sus esfuerzos? Esta fue la cuestión que me propuse resolver y continué mis estudios. Unos corrían tras la riqueza y no podían salir de la miseria; otros ansiaban gloria, y su nombre era ignorado, otros anhelaban puestos y honores y jamás eran nombrados, otros pretendían llenar su espíritu de ciencia, y después de muchos años de estudio, pasaban por ignorantes.

Y todas estas multitudes pasaban delante de mí, y todas me inspiraban compasión, porque lo leía en el fondo de sus corazones, que estaban vacíos.... Esta galera inmensa de desdichados, era un panorama diabólico que me afligía, como esas visiones extrañas que se nos presentan en una pesadilla.¹⁹

La heterogeneidad social fue uno de los problemas más difíciles con los que contó la sociedad independiente y, constituyó, además, una de las causas principales que frenó el anhelo ideal de progreso de los dirigentes mexicanos. El analfabetismo era extremo:

Siete millones en completa ignorancia, quinientos mil habitantes apenas sabiendo leer y escribir y muchas cosas inútiles.

¹⁹ Francisco Zarco, *Castillos en el aire* (México, Premia Editores, col. Matraca, 1988), p.44.

*Cuatrocientos mil con mejor instrucción y cosa de cien mil pedantes....*²⁰

Así la realidad social, una de las alternativas más prometedoras era la educación, mediante la que se lograría instruir al pueblo a ser libre y gozar de su libertad.

En general, la vida cultural siguió un curso semejante al del panorama socio-político. Podemos decir que se trataba de una cultura en busca de su integridad e identidad nacional y con una génesis cultural en proceso de maduración. Características que lejos de juzgar peyorativamente, hay que comprenderlas como condiciones naturales propias de una nación en proceso de consolidación cultural y nacional, integrada además, por una sociedad a la que todavía le pesaba demasiado la carga de represión y de presencia de las limitaciones impuestas por la cultura hispánica, que por trescientos años ejerciera celosamente su dominio en:

1. - El rigor de la censura civil y eclesiástica.
2. - El aislamiento cultural e intelectual dentro del que se obligó a vivir a los habitantes de Nueva España.
3. - La circulación bibliográfica y hemerográfica.
4. - Los límites de la alfabetización.
5. La administración política y económica.

Podemos advertir que la vida mexicana oscilaba entre el afán de modernización, de búsqueda e integración nacional, que se manifestaron en la preocupación de la mayoría de la sociedad mexicana, durante las tres décadas posteriores al grito de independencia. Preocupación que no comenzó a perfilar una respuesta sino hasta los años sesenta con el triunfo de la segunda república, bajo el conocido proyecto nacionalista cultural llevado a cabo por Ignacio Manuel Altamirano.

²⁰ Martha Robles, *Educación y sociedad en la historia de México* (México, s. XXI, 1989), p.50.

II.2.- SOBRE LECTURAS Y LECTORES.-

En el primer capítulo nos dedicamos a explicar el acto de la lectura, la relación cercana que guarda con los convenios sociales y con el contexto desde donde se prefigura, configura y refigura un texto. Advertimos también que el modelo de lector a seguir dentro del análisis de los textos citados será el lector real, apegado a las coordenadas específicas del aquí y del ahora al que perteneció. Por lo tanto, éstas serán las bases en las que descansarán las apreciaciones y puntos de vista de los hallazgos de la investigación.

Por otro lado, cabe advertir que en la medida de lo posible, el análisis que lograremos desde este perfil pretende inducir al lector de este trabajo a una mejor comprensión de estos materiales de lectura decimonónicos, pretendiendo los aprecie en, y desde los marcos enunciativos propios de su momento; por lo que la perspectiva de lector ideal (según el punto de vista de W. Iser), pasará aquí a un segundo plano²¹.

De la triada generada a partir de la actualización de un texto mediante la lectura (autor, texto, narrador), nos ocuparemos por el momento únicamente de los lectores y de los textos, ya que las alusiones relativas al autor serán tratados dentro del capítulo tres.

Dentro de la preocupación por la educación que mostraron tener la mayoría de los administradores del México independiente, se contempló a la lectura como uno de los canales más apropiados para propagarla. La lectura era vista por la mayoría de los ideólogos como medio eficaz para poder llegar a impulsar la conciencia y el compromiso nacional, tan urgente de infundir en las mayorías. De tal suerte que la lectura, mediante aquella pretensión de panacea, llegó a concebirse como el vehículo idóneo difusor de las nuevas costumbres, creencias, conceptos y, en general, de las nuevas formas de vida que,

²¹ Aunque los términos "lector ideal" y "lector real" los reconoce Iser como tradicionales, afirma: "en general, los mencionados tipos de lector se diferencian en que en unos, el ideal, se destaca más la construcción, y en el otro, más el sustrato empírico, con el fin de documentar los objetos del conocimiento, o la credibilidad de las afirmaciones realizadas acerca del efecto" W. Iser Op. Cit. p.56

necesariamente, debían pugnar por el destierro de toda imagen relacionada con la presencia cultural española.

Pero, ¿cuáles eran las lecturas que estuvieron más al alcance de los lectores de aquella época?

Este cuestionamiento nos lleva a hacer mención de la influencia que para las últimas décadas del siglo XVIII ejerció uno de los organismos más importantes de la vida colonial novohispana, la Santa Inquisición, ya que muchas de las mentalidades de los lectores de la época a la que nos referimos en este estudio fueron formadas dentro del rigor inquisitorial, que tanto control ejerció sobre la lectura y sobre los habitantes en general.

La Santa Inquisición era el único organismo colonial novohispano que aprobaba y promovía la circulación de ciertos títulos y, en general, de los materiales de lectura, consintiendo sólo aquellas posibilidades poseedoras de un alto índice moralista o religioso, mismas que eran leídas más que por una predilección de gusto, por imposición. Entre las lecturas que contaron con más aceptación por la Inquisición destacan:

- 1.- **Catecismos**, destacando entre ellos el del jesuita Jerónimo Martínez de Ripalda, uno de los más usados (mejor conocido como "el Catecismo del padre Ripalda").
- 2.- **Cartillas**, libros empleados para enseñar a leer, los cuales, en sus primeras páginas, contenían un silabario y el alfabeto, seguido de una parte impresa con oraciones religiosas, con la lista de mandamientos y sacramentos, para concluir (algunos de ellos), con el modo de enseñar la misa. Contadas eran las cartillas que dedicaban sus últimas páginas a las tablas de multiplicar.
- 3.- **Confesionarios**, lecturas dedicadas más bien a los eclesiásticos. En éstos, según Pilar Gonzalbo²², se determinaba lo que se debía considerar como pecado, las distintas formas de penitencia, las irregularidades del comportamiento sexual, idolatrías, hurtos, etc..

²² Pilar Gonzalbo, *La educación de la mujer en la Nueva España* (México, SEP-Caballito, 1985), p. 42

La censura inquisitorial, que severamente controló las oportunidades de lectura, fue causa de la debilidad, de la pobreza de pensamiento y en general de la formación de la sociedad receptiva. Mas, a pesar del cierre y las restricciones tan severamente controladas, fue posible la filtración de libros y artículos contenedores de las ideologías de la Ilustración, que llegaron solamente a un grupo reducido de intelectuales del momento. Estas oportunidades eran importadas clandestinamente (en su mayoría por los jesuitas), y su lectura se convirtió en las bases del pensamiento independentista y de la inspiración de libertad en la Nueva España.

La pobreza de posibilidades, aunada a la limitación de oportunidades de lectura, propiciaron el que la mayoría de los integrantes de la sociedad novohispana de fines de la época colonial contara con un buen número de mentalidades pasivas y cerradas, perfil que se convertiría, un siglo más tarde, en la génesis del modelo de individuo que formó parte de los primeros años del México independiente. que, de alguna manera, justifica el porqué fue tan paulatino el proceso de asimilación al cambio de mentalidad y de actitudes independentistas entre la población.

Dejando a un lado las referencias al siglo XVIII y regresando al comentario de las lecturas más promovidas durante la primera mitad del siglo XIX, advertimos una semejanza muy marcada, no tanto en las formas de expresión y oportunidades de lectura que se ofrecieron, ni en las restricciones para adquirirlas, sino en su contenido.

Entre los materiales de lectura que contaron con una mayor demanda y difusión entre los lectores del México recién independiente se encuentran:

- 1.- *Producciones literarias*, entre las que abundaban más las románticas, que ya comenzaban a formar lectores asiduos entre la sociedad mexicana.
- 2.- *Numerosos diarios periodísticos* que contaban con una demanda sorprendente de lectores.
- 3.- *Revistas*, alusivas a una variedad de temas y matices.

4. - *Oratoria sagrada*, como sermones, homilias, oraciones fúnebres, etcétera.
5. - *Cartillas y Silabarios* con un contenido semejante a los del siglo XVIII.
6. - *Textos sobre temas científicos* dentro de los que se encontraban un buen número alusivos a la Astronomía, la Física, la Química, la Agricultura y otras ciencias.
7. - *El género epistolar*, uno de los más leídos debido a la falta de medios de comunicación terrestre y marítima.
8. - *Historia de México*, que desde la influencia impuesta por los jesuitas del siglo XVIII, preocupados por descubrir la historia propia, siguió interesando a ciertos lectores.
9. - *Las revistas literarias*, uno de los materiales que contó también con mucha aceptación.
- 10.- *La novela por entregas* (o novelas de folletín) que motivó mucho la afición de las mayorías, a tal grado que, para la década de los cuarenta, las subscripciones rebasaron la cantidad de ejemplares.
- 11.- La iglesia también contribuyó a aumentar el acervo de posibilidades de lectura a través de publicaciones patrocinadas por ella, tendientes a la defensa de su hegemonía ideológica. Entre los materiales más connotados se encuentra el *Calendario de Galván* (aparecido por primera vez en 1827, editado, precisamente, por Galván) que salió a la luz anualmente a precio muy económico y, cuya finalidad, radicó en: "Fortalecer las creencias religiosas de los lectores, así como ampliar, sin lágrimas, los conocimientos culturales de los lectores"²³
- 12.- *Libros de lectura para niños*, cuya aplicación, por lo general, se hacía dentro de la escuela o bajo la vigilancia de algún instructor. Se empleaban para enseñar a leer, y algunos de ellos se incluían con las cartillas y silabarios. Estas lecturas eran determinantes para la formación social de la población de ese entonces, ya que constituían las bases paradigmáticas de las mentes en el pensamiento infantil.²⁴

²³ José Gutiérrez Casillas, *Historia de la iglesia en México* (México, Porrúa, 1980), p. 213

²⁴ Para 1880, Amado Nervo lamentaba el que no existieran libros infantiles nacionales. Afirma el haber tenido que formarse bajo en influjo de lecturas religiosas que generalmente constituían el porcentaje mayor de las lecturas en las cartillas. Cf. Josefina Zoraida Vázquez, *Historia de la lectura en México* (México, Colegio de México, 1988), p. 30.

Esta vasta variedad de lecturas no sólo refiere una mayor riqueza de posibilidades para la sociedad de principios del siglo XIX superior a las del virreinato, sino también habla de una apertura cultural que, a diferencia de la colonial, exigía más oportunidades, tanto para los autores como para aquellos lectores, ansiosos del conocimiento y crecimiento intelectual.

Ante esta variada reseña de materiales al alcance de los lectores del siglo pasado (primera mitad), para proporcionar una mejor visión sobre el tópico temático de la investigación, creemos conveniente ofrecer un breve comentario sobre las condiciones de las publicaciones, sobre las librerías y, en general, los sitios en donde podían adquirirse estos materiales.

Después de la Independencia, la imprenta proliferó de tal manera en nuestro país, que para mediados del siglo pasado, existían ya varias librerías distribuidas en los portales y en las calles céntricas de la ciudad. Entre las más famosas figuran dos, la *Librería del siglo XIX*, propiedad del impresor Ignacio Cumplido; y la *Librería Mexicana*. Había, además, unos establecimientos más pequeños llamados modestamente *Alacenas* de entre las que figuró como una de las más afamadas la de Don Pedro Castro.²⁵

Por lo general, las librerías se establecieron dentro de la localidad de una imprenta, y ambas (imprenta y librería) pertenecían al mismo dueño. En ellas se podían adquirir libros de texto, traducciones variadas de libros europeos, libros de historia, clásicos de la literatura mundial, libros de cocina, libros de ejercicios piadosos y religiosos, entre los más demandados.

Como promoción, se solía proporcionar a los interesados un catálogo de las obras en existencia, en el que se recomendaban los títulos más novedosos y se externaba una apreciación (misma que, de alguna manera podría considerarse como dato interesantes para la crítica literaria del momento). Mas una de las causas que limitó la adquisición de libros en las mayorías, fue el costo excesivo de cada impreso:

²⁵ Para mayor información, Cf. Vázquez, Op. Cit., p. 49.

Los libros tuvieron una venta relativamente limitada debido a su alto precio. Para dar algunos ejemplos, El arquitecto práctico obra útil a los arquitectos, consistente en un tomo con ilustraciones, costaba dos pesos. El Agrimensor práctico en dos tomos, costaba dos pesos cuatro reales. Dos tomos de las Cartas de Lord Chesterfield a su hijo costaban cuatro pesos. Y cuatro tomos de las Comedias de Calderón de la Barca costaban dieciocho pesos.²⁶

Y para que la cita anterior adquiera más relevancia, la complementaremos con la siguiente, que nos logra proporcionar una idea somera del valor de la moneda durante la primera mitad del siglo XIX:

Un catedrático universitario ganaba seiscientos pesos al año. Un rector podía ganar hasta mil doscientos. Un gobernador ganaba dos mil, pero un maestro de escuela de primeras letras recibía cien al año si estaba bien remunerado.²⁷

Así las percepciones financieras, podrá inferirse por qué económicamente, frente al libro, las publicaciones periodísticas estuvieron más al alcance de las mayorías y, por qué pronto cobraron importancia entre la sociedad (de la misma manera como cobraron para nosotros un interés especial dentro de esta investigación).

Retomando de nuevo el tópico de los materiales de lectura enumerados arriba, ¿quiénes eran sus lectores? Y quizás más

²⁶ Vázquez, Ibid. P. 65

²⁷ Gonzalvo, Op. Cit., p. 51

interesante aún, aunque también más difícil de precisar, ¿cómo eran leídas y afrontadas aquellas lecturas por ellos?

Responder quién leía y cómo se leía durante el siglo pasado, nos remite a hacer un breve comentario sobre el sistema de educación del momento, ya que a partir de éste nos podremos formar un criterio sobre el perfil de lector y sobre el contexto particular desde donde fueron procesadas esas lecturas. Es decir, que al hablar del entorno educativo, estaremos aludiendo a las condiciones reales²⁸, desde donde iremos reconstruyendo los "cotextos" particulares de cada receptor, en el que las habilidades, los métodos y, en general, los criterios educativos bajo los que los educadores moldearon las mentes de los lectores, juegan un papel determinante y esencial, por ser éstos factores motrices que fundamentaron ideologías y paradigmas, que caracterizaron la percepción y el pensamiento de aquella sociedad decimonónica naciente.

Al respecto, afirma Ignacio Manuel Altamirano:

La escuela antigua hubiera debido llamarse mejor el ensayo de la abyección, porque allí se instaura el sentimiento de la dignidad que expiraba palpitante y aterrado en medio de mil torturas ignominiosas, tormentos físicos y tormentos morales que martirizaban el cuerpo y que apagaban la divina chispa de la razón en el hombre acabado de nacer.²⁹

Un educando asistía durante los dos primeros años escolares a los centros de instrucción primaria para aprender a leer y a escribir, ya que en la mayoría de estos centros no se proporcionaba al alumno otro tipo de conocimientos. El método utilizado era cansado y , sobretodo, tardado. El alumno debía ceñirse al uso de un silabario, en el que conocía las primeras letras y las sílabas, se le adiestraba a

²⁸ Según terminología de la teoría sociocrítica de C. Duchet, expuesta en el primer capítulo de este trabajo.

²⁹ Ignacio Manuel Altamirano, *Obras* (México, Agüeros.1899), p.81

juntarlas mediante el deletreo hasta que, por fin, después de largo tiempo de insistencia, se lograba que leyera:

Seis meses de Cartilla, es decir, de estudiar el abecedario, de deletrear y de decorar, después de seis meses de Catón Cristiano o del Segundo libro, es decir, de un conjunto de lecturas fastidiosas, inútiles y erizadas de ejemplos corruptores y de cuentos ridículos de viejas, de máximas y de esclavitud. Después de lecturas en carta, para lo cual se hacía uso de la correspondencia de un clérigo, de una vieja, o de un infeliz padre que no siempre brillaba por su buena letra u ortografía, por fin se nos aprobaba en la prosodia de la lectura.³⁰

En estos centros de instrucción la lectura era una de las metas más cuidadas para los programas de educación, tanto, que había quienes llegaban a leer, primero que a escribir:

La escuela de Calderón sólo tenía como rival la de Chousal, eran las escuelas de la gente decente, los alamaclagos de los niños ricos. Otro maestro D. Rafael Pérez, era de bastante reputación.

Se enseñaba con dedicación a leer y a escribir las cuatro reglas generales de cuentas y un poco más, doctrina cristiana con toda perfección y, por convención particular, a algunos niños se les enseñaba dibujo por el maestro Zorraide.

La escuela estaba dividida en dos grandes secciones, la sala de lectura y la sala de escritura y explicaciones.³¹

A las mujeres, así como a las clases trabajadoras, se les relegaba de la oportunidad de aprender a leer y a escribir, puesto que se creía

³⁰ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos* (México, Porrúa Col Sepan Cuantos, 1985), p. 15

³¹ *Ibid.* p.8

que, debido a su condición de gente sometida, no eran esas actividades dignas de su solicitud.³²

Teresa Bermúdez en su libro *Bosquejos de educación para el pueblo*, muy semejante en su contenido al del primer párrafo de la cita anterior de Guillermo Prieto, nos refiere también sobre las condiciones y las oportunidades de educación para mujeres y trabajadores. En él, Bermúdez nos permite perfilar el problema del analfabetismo como uno de los principales retos por desterrar de la sociedad de principios del siglo XIX que, dominada por prejuicios clasistas, dejó al margen de la instrucción a la mayoría de los habitantes del México recién independiente. Causa por la cual ese ideal educativo cifrado en la lectura resultó un sueño y una utopía. Además, debido a esta falta de oportunidades es de inferirse que la mentalidad de las mayorías, lejos de estar predispuestas a la facultad de la argumentación razonada, a la crítica y a la reflexión, como lo exige la asimilación de una lectura para que pueda lograr un verdadero cambio social en los lectores. Siendo que la lectura argumentativa era el modelo requerido y anhelado por nuestra nación en ese momento, pero que resultó más bien lo contrario, ya que por su devenir, esas mayorías estaban más cerca de responder con la actitud de pasividad y de cierre.

Esta situación nos acerca a imaginar el perfil del "co-texto" desde donde leía, y cómo leía, la sociedad de la década de los veinte a la de los cuarenta, durante el siglo pasado

*Nuestra educación es más bien monacal que civil; muchas devociones, más propias de la vida mística que de la del cristiano, mucho encierro, mucho recogimiento, quietud y silencio, esencialmente incompatibles con las facultades activas propias de la juventud, y que deben procurar desterrarse en ellos muchos castigos bárbaros y humillantes.*³³

³² Si la mujer pretendía obtener una preparación, tenía como única alternativa la Casa de la Amiga. Teresa Bermúdez (Op. Cit, p94) explica con detalle en que consistían las Casas de la Amiga que, por motivo de no separarnos del tema a tratar, no explicaré ampliamente en este trabajo.

³³ José Ma. Luis Mora, *La educación burguesa en México* (México, U.N.A.M., 1984), p13

Ignacio Manuel Altamirano, hacia 1857, hablaba también sobre las condiciones sorprendentes de la educación limitada y cerrada que recibían los niños que contaban con el privilegio de asistir a la escuela, situación que acentúa más las características de aquellas mentalidades herméticas en formación:

El colegio era una gran casa parecida a un convento, en la que bajo la invocación de un santo cualquiera, se enseñaban las ciencias a la juventud. Esta gran casa tenía un espacio amable y propio para cultivar el espíritu de los muchachos.

Así pues, nuestra vida giraba en el eterno círculo del ayuno, del rezo, del estudio, de la contemplación y de la taciturnidad. A las cinco de la mañana, el toque de la campana nos despertaba del sabroso y pesado sueño. Una mano poco ceremoniosa abría la puerta de nuestro cuarto y la cabeza de Medusa del padre maestro y prefecto, abrigada bajo un virote negro y grasiento se introducía para gritarnos con voz cansada el sacramental ¡Arriba!.³⁴

¿Qué pasaba después de ese desagradable "¡Arriba!"?

Altamirano sigue relatándonos minuciosamente que había que persignarse y rezar en voz alta:

*Jam lucis sidere
Deum precemur suplices
ut in diurnis actibus
nos serves a nocentibus, etc.*

Softolientos y tiritando de frfo sallamos a repasar la lección del día. A las siete de la mañana un campanazo nos mandaba ir a misa. En la capilla nos aguardaba el capellán. Nos poníamos de

³⁴ Ignacio Manuel Altamirano, Op. Cit., p.126

rodillas y presenciábamos el Santo Oficio (...). De misa pasábamos al refectorio donde después que el padre maestro decía el Benedicete, circulaban las portaviandas(...). Después de la campana otra vez nos prescribía el estudio. ¡El estudio! ¡Ah! y entonces sí que se estudiaba Gramática Latina por Nebrija y por Iriarte, Lógica, Metafísica, Moral, poquillo de Matemáticas y Geografía en diez lecciones.³⁵

Después de clases, sigue explicando Altamirano, venía un rato de esparcimiento, a lo que entonces:

Algunos muchachos que amaban la lectura sacaban librillos sabrosos para devorarlos; novelitas francesas y algunos poetas españoles hacían el gusto. En casi todos los colegios había una biblioteca más o menos grande y buena, pero en ninguna de ellas se permitía leer a los estudiantes en los libros a él solo. ¡Feliz aquel que, a hurtadillas, podía recrearse con un clásico griego o latino! los estudiantes no debían saber más que lo que les querían enseñar.³⁶

Probablemente la extensión de las citas anteriores pueda tomarse como un abuso, mas intencionalmente las hemos seleccionado de esta manera ya que muestran mejor, por un lado, los libros escolares con los que se familiarizaban aquellos educandos; y por el otro, el cuidado esmerado que se tenía a la buena caligrafía, a la práctica de varios tipos de letra, al estudio de la gramática de Nebrija y otras disciplinas, así como al aprendizaje del latín. De tal suerte que la lectura, como un pasatiempo, gusto o entretenimiento, era una actividad dejada a iniciativa del educando.

³⁵ Altamirano, *Ibid.*, p. 71

³⁶ *Idem.* El subrayado es nuestro.

En el libro *Memorias de mis tiempos*, de Guillermo Prieto (escrito a fines del siglo pasado), aparece un indicio importante, característico de aquel momento, que si bien no tiene que ver estrictamente con la temática de las lecturas, sí ofrece una referencia reveladora del perfil de esa sociedad, cuyas actitudes de vida fueron producto de la educación escolar tan falta de oportunidades. El político y poeta mexicano, a partir del fluir de su memoria (que es la que le dicta el anecdotario sabroso que va escribiendo), recuerda no muy gratamente esa severa y tradicional educación que recibió cuando niño en la escuela, que posteriormente chocó con las actitudes de apertura que tuvo que enfrentar cuando adulto. Tal ambivalencia explica, por una parte, la causa de la configuración de esas mentalidades híbridas que conformaron una buena parte de la sociedad del México del momento, las que al igual que la de Guillermo Prieto se debatían entre la tradición y la modernidad; y por la otra nos ayuda también a comprender el porqué de lo difícil del establecimiento de un cambio de actitudes y mentalidades de toda esa sociedad, en la que los cambios internos resultaban más lentos que las transformaciones del devenir externo.

Al respecto, Paul Ricoeur en su libro *Ideología y Utopía* afirma que los cambios ideológicos y de pensamiento de una sociedad o grupo, cuando comienzan a implantarse dentro de un marco ideológico ya instaurado, funcionarán siempre primero como utopías en relación a los establecidos. Mas a medida que las formas nuevas van asumiéndose y reconociéndose por los individuos, éstas irán constituyéndose en ideologías, abandonando su carácter utópico.³⁷

Por otro lado, las citas anteriores de Altamirano y Prieto sobre la educación, también ayudan a formar una idea del perfil de lector pasivo, producto de aquellas modalidades y hábitos escolares con los que se formó aquella parte de la sociedad que gozó de instrucción escolarizada, y pueden ayudar a aclararnos el por qué aún el lector escolarizado, a consecuencia de su educación, estuvo más predispueto a reaccionar ante la lectura de un texto de manera pasiva.

³⁷ Cf. Paul Ricoeur, *Ideología y utopía* (Barcelona, Edit. Gedisa, 1989), pp.43-45

Pasividad que según las posibles actitudes generadas frente a la lectura, mencionadas por Bajtin en el capítulo primero de la tesis, este lector estaría dentro de la actitud repetitiva. Por otro lado, tales citas nos resultan también reveladoras para inferir el ámbito de experiencia cultural y de paradigma cosmovisivo desde el que esta fracción de lectores refiguraron los textos.

Así mismo, los fragmentos de los escritores mexicanos citados, nos permiten captar una idea sobre el colapso entre los paradigmas cerrados y los innovadores que, probablemente entre algunos miembros de la sociedad de la misma manera que en el caso de Prieto, chocaron formas tradicionales con nuevas, confundiendo su asimilación. Pese a ello, las ideas novedosas portadoras de la modernización, la integración y la superación del México independiente, fueron utopías que para hacer viable su propagación y funcionamiento, se confió en la educación y en la lectura, como los medios óptimos para alcanzarlas y llegar a conformar la nueva ideología independiente.

Esta dialéctica antagónica experimentada en la mayoría de la sociedad, producto del desfase entre su mentalidad heredada por la educación escolar, y la realidad en vías de transformación independentista, nos muestra claramente cómo entre la sociedad del siglo pasado latía un claro distanciamiento entre el querer y el hacer que, desde nuestro particular punto de vista, resulta un rasgo distintivo propio del siglo que nos ocupa: utópico e idealista.

Por último, y recapitulando todo lo expuesto hasta aquí, consideramos que dejarlo a la manera de síntesis en el siguiente diagrama, facilitará la comprensión de los capítulos siguientes.

EMISORES	MENSAJES	RECEPTORES
<ul style="list-style-type: none"> -Grupo en el poder: Conservadores. -Sociedad dividida en dos posturas ideológicas: Conservadores y Liberales. -Liberales: Tendencia a la apertura, a la educación laica, a la conciencia nacional, a la democracia, progreso y crecimiento. - Conservadores: Tendían a respetar modelos anteriores en los diferentes ámbitos de la vida. - Dinámica oscilante entre la apertura y el cierre. 	<ul style="list-style-type: none"> - Publicaciones, en su mayoría conservadoras debido a la hegemonía del partido conservador durante la primera mitad del siglo. -Las publicaciones del partido liberal, propagadoras de las nuevas ideas, proporcionalmente, a las conservadoras, eran menos demandadas. 	<ul style="list-style-type: none"> -Sociedad social y culturalmente. -Con tendencias enclavadas en los paradigmas tradicionalistas de la colonia.

CAPITULO III

ALGUNOS MATERIALES DE LECTURA DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

En el capítulo anterior hicimos mención de algunas posibilidades de lectura que estuvieron más al alcance de la sociedad del siglo pasado. Acerquémonos ahora a rescatar una imagen de éstas, a partir de la perspectiva de los lineamientos expuestos en el primer capítulo. Cabe apuntar que el único criterio que guió la selección de los materiales aquí expuestos, fue la presencia en ellos de una intención y una tendencia evidente a dos temas, la educación y la moral, que guardan afinidad y cercanía con las pretensiones del planteamiento de la hipótesis y con los propósitos por demostrar en esta investigación.

III. 1.- CARTILLAS Y CATECISMOS.-

Como advertíamos en el segundo capítulo, entre los materiales de lectura que encabezaban la actividad lectora de los educandos de la primera mitad del siglo XIX, se encontraban la *Cartilla* y los catecismos, entre los que destacaba el *Catecismo del Padre Ripalda*.

La *Cartilla* era un manual mediante el que se enseñaba al estudiante a leer y a conocer el alfabeto mediante el método silábico. Su contenido variaba según su autor, aunque generalmente coincidían en que las primeras lecciones se iniciaban casi siempre con la presentación de las letras (comenzando por las vocales y posteriormente las consonantes). Dedicaban una lección para cada letra, una vez que el interesado conocía el alfabeto, proseguían a ejercitarlo en las combinaciones de las consonantes y vocales formando con ellas uniones silábicas, y asimilada esta tarea, el aprendiz podía pasar a algunas

lecciones prácticas de lectura. A continuación veamos algunos ejemplos de estas lecturas tomadas del *Silabario del idioma mexicano*.³⁸

Lección 1

Luego que se levante por la mañana un niño bueno, se hincará y pedirá a Aquel por quien y en quien se vive no lo abandone en el día: que lo asista en todo para no caer en pecado.

Lección 2

El buen niño se abstiene de todo, está contento, si quiere algo pide a sus padres y se lo devuelve buenamente y con gusto. Si no le dan, con igual gusto, calla. Si no le dan todo lo que quiere comienza a estirarse de los cabellos, grita, llora, hasta que sus padres encolerizados le pegan con una vara.

Lección 7

Una mujer querida y amante es querida y apreciada por todas partes. Como el sol resplandece en el cielo, así brilla la hermosura dentro de su casa y en la consideración de todos.

Lección 8

La generosidad es una virtud nobilísima. Esta debe fijar en su corazón el buen niño. El que reparte entre sus semejantes una torta de pan que tiene, luego se conoce que es un niño noble y generoso. Pero el que quiere que todo sea para sí, ese es un gran mezquino y cicatero. No tendrá quien lo favorezca. Todos lo maldecirán y él todo lo perderá.

³⁸ Faustino Chimalpopocatl Galicia, *Silabario del idioma mexicano* (México, Imprenta de las Escalerillas Nº 7, 1849), p14

Así como estas lecciones, contenedoras de una tendencia marcadamente moralista, transmisoras o reforzadoras de conductas y paradigmas normativos, eran las de los demás silabarios que debían ser leídos, en su mayoría, por las mentalidades infantiles en proceso de descubrimiento y formación. Basta con revisar algunos de los títulos de dichas lecciones para ratificar su intencionalidad: "*Un corazón noble*", "*Las buenas compañías*", "*Jesús, amigo de los niños*", "*Amor fraternal*", (entre otros).

En "*Un corazón noble*", por ejemplo, es sorprendente observar la manera binaria como está estructurado el relato, cuyo desarrollo consiste en alternar, simultánea e ingenuamente, dos actitudes morales (bien y mal), que en la narración desenlazan en una clásica prevalencia del bien sobre el mal, que se recalca en el lector a manera de una moraleja. Observemos:

UN CORAZÓN NOBLE

1. *Enrique estaba jugando en la huerta de sus amiguitos*
-Vete a coger unas cerezas para nosotros, le dijeron
2. *Eso no, contesto Enrique, papá me ha dicho que no debo coger frutas en su ausencia; no quiero pues darle un disgusto.*
3. *¡Bah!, interrumpió uno de los amiguitos, no lo sabrá tu papá y aunque lo supiera, es tan bueno, que no te diría nada; bien puedes darnos algunas.*
4. *Lo que me aconsejas es muy feo, replicó Enrique, ¿he de ser malo yo, porque mi papá es bueno?*³⁹

³⁹ Mario Bruno, *Silabario y Catón* (México, Edit. Enseñanza, S.A., 1961), p.14

Entre los utensilios escolares que un estudiante debía portar consigo junto al acostumbrado silabario, no podía faltar el catecismo, que llegó a formar parte de otra de las alternativas de lectura cercanas a la sociedad infantil de principios del siglo pasado.

Precisa aclarar que el término "catecismo" no contaba en aquel tiempo sólo con la aceptación de "tratado sobre doctrina católica", sino que, rescatando la idea de la estructura lógica catequística lograda a base de preguntas y respuestas (a partir de las cuales se establece un diálogo entre el maestro y el alumno), se aprovechó en diversas actividades. De tal manera que aparecieron textos como: *El catecismo geográfico*, *El catecismo geológico*, *El catecismo científico*, y otros más.

El catecismo que constituyó el fundamento básico para la enseñanza de la doctrina católica fue, como hemos venido citando, el *Catecismo del Padre Ripalda*, contenedor de todas aquellas oraciones y disposiciones que un buen católico debía conocer, memorizar y respetar, según los cánones cristianos del momento.

Hubo algunos escritores de principios del siglo XIX que, dentro de sus relatos, llegaron a mencionar la importancia que este catecismo tuvo dentro de la sociedad en general. José Joaquín Fernández de Lizardi, por ejemplo, lo menciona en dos de sus novelas (*El periquillo sarniento* y *La quijotita y su prima*), en las que critica severamente la actitud respetuosa y de reconocimiento que la sociedad otorgaba al mencionado *Catecismo*. Lizardi lo concebía como un documento al que acudían sólo lectores ciegos, carentes de conciencia, quienes mediante una actitud mecánica se limitaban a repetir los principios allí expuestos⁴⁰. (Llegó a ser tanta su inconformidad por este catecismo, que la manifestó escribiendo un folleto titulado *Dudas del pensador consultadas a doña Tecla, acerca del incomparable catecismo de Ripalda*⁴¹)

El Catecismo cumplía con dos funciones bien determinadas; una, la de reafirmar la fe del incrédulo ilustrado, que exigía una explicación razonada de los misterios y preceptos propagados por la religión católica; la otra, la de reforzar la convicción moral de fe de quienes sí

⁴⁰ Cf. Lizardi, José Joaquín, *El Periquillo Sarniento* (México, Porrúa, Sepan Cuantos, 1959) Cap. VII.X

⁴¹ México, Imprenta de la Testamentaria de Ontiveros, 1827

creían, función esta última a la que se adhirió la mayoría de aquella fracción del pueblo no ilustrada.

III.2 TEXTOS CIENTÍFICOS.-

Un material más de lectura al alcance de los lectores del momento que nos ocupa, lo constituyeron los textos con temática científica, cuya lectura era un signo de modernidad.

A principios del siglo XIX, entre los intelectuales, había una especial preocupación por difundir los temas científicos a través de los medios periodísticos. Pese a esta inquietud, no se contó con una demanda numerosa de lectores al respecto, sobre todo si la comparamos con otras posibilidades de lectura contenidas en los periódicos, relativas al tratamiento y la presentación de temas ligeros.

A continuación, tomando aquí como modelo una carta de temática científica, acerquémonos a conocer las apreciaciones expuestas en ella con respecto al tema.

Debido a las condiciones tan limitadas en las que se encontraban las vías de comunicación terrestre, la carta constituyó un material de lectura importante entre la sociedad decimonónica. Es verdaderamente sorprendente ver la cantidad de epístolas recopiladas en los periódicos y, sobre todo, la riqueza de sus contenidos, que las colocan como una fuente de información y de conocimiento del momento. Las hay de temas muy diversos: amorosas, de negocios, familiares, amistosas (entre las que figuran con especial interés las cartas enviadas recíprocamente de políticos, artistas y científicos famosos). De esa variedad de posibilidades epistolares, tomamos unos fragmentos extraídos de una serie de cartas que Rafael Roa Bárcena escribió a su hermana, bajo el título de *Cartas a mi hermana Josefina*. En ellas, desde la introducción elaborada por el propio autor, asombra ya esa intención por formar e ilustrar al lector.

*Acaso este libro sirva de entretenimiento é instrucción de la juventud por los material útiles que he tomado de multitud de obras importantes y que he procurado ir acomodando a la capacidad de los niños.*⁴²

Este comentario de Roa Bárcena al principio de la compilación, sorprende por la marcada y deliberada presencia de su necesidad de instruir al receptor presente desde la parte preliminar a la antología de un género como la carta, tan distante de la propagación de fines educativos como función primordial. La tendencia educativa de la compilación se infiere por la marcada intención y responsabilidad latente de transmitir conocimientos que formaran e instruyeran al lector. Intencionalidad que, en el fondo, no era sino la respuesta a una disposición vigente dentro de la mayoría de los organismos institucionales admiradores de la ilustración, que para mitad del siglo, ya había adquirido presencia en México

La lectura del epistolario de Roa Bárcena, por ejemplo, resulta un tratado completo de astronomía, cercano a un modelo de manual pedagógico, capaz de transmitir conocimientos no sólo a los lectores pequeños (como lo asegura el autor de la introducción al mismo), sino a todo tipo de lector interesado por el conocimiento de la disciplina astronómica:

(CARTA IV)

México, noviembre 2 de 1861.

Leyes de la atracción.

Habrás de advertir, Josefina, que el magnífico globo que habitamos no fue lanzado acaso en el firmamento, sino que lo

⁴² Rafael Roa Bárcenas *Cartas a mi hermana Josefina*, (México, Edit. Díaz de León, 1869), p.4

*mismo que los demás astros, se sujetó desde el principio a leyes fijas y a movimientos regulares e invariables. El principio de estos movimientos consiste en la atracción planetaria....*⁴³

Este pequeño fragmento de una de las cartas de la compilación de Roa Bárcena, constata la erudición científica predominante en ellas.

Un ejemplo más dentro del género epistolar, con tonalidades eruditas, lo constituyen las cartas que escribió Alexander von Humboldt al párroco de Amsterdam, a propósito de su estancia en América, concretamente a nuestro país. En éstas vuelve a hacerse presente la preocupación transmisora de información y de conocimientos. Las cartas del viajero alemán, publicadas en el número cuatro de *La revista mexicana* (1835), resultan una monografía detallada de la población americana que, según los datos proporcionados por él, ascendía a 34,284,000 habitantes, especificando cuántos de éstos eran católicos, qué cantidad de protestantes, de independentistas no cristianos; qué tantos de blancos, qué de indios, cuántos de negros y qué cifra de las razas mixtas, la conformaban.

Cartas como éstas de Roa Bárcenas y de Humboldt resultan documentos valiosos debido a la riqueza de información de conocimientos que contienen y, en general, por sus comentarios, que fueron aprovechados en varias disciplinas, contribuyendo a cambiar el panorama dentro del campo del conocimiento científico de aquel entonces.

III.3 EL PERIÓDICO

Las revistas y periódicos fueron unos de los materiales más demandados a principios del siglo pasado (1812-1860). Haciendo una distinción entre estos dos géneros según María del Carmen Ruiz

⁴³ *Ibidem*, p. 39

Castañeda,⁴⁴ el periódico tiende a la información y la revista al análisis. De aquí el que la revista resulte otro más de los materiales interesantes para ser tratado dentro del corpus de los materiales para apoyar nuestra propuesta. Sin embargo, durante el periodo que nos ocupa (1810-1860), el periódico tuvo predominio frente a la revista, sobretodo durante los primeros años.

Existe una correspondencia entre el momento histórico y las tres primeras décadas realizadas dentro de la actividad periodística en nuestro país. De tal manera que la rivalidad bélica partidista sostenida por los conservadores y liberales, principalmente, en la que se centró el proceso del devenir socio-político de aquella época, se reveló en una marcada controversia intelectual en los periódicos. No fue sino hasta 1835, con la segunda reelección del General Antonio López de Santa Ana, cuando nuestro país entró en un período relativamente corto de paz y de tranquilidad, cuando vino a propiciarse una proliferación de la prensa especializada (la revista).

El periodismo jugó un papel muy importante durante la trayectoria del movimiento de Independencia, pues a pesar de la censura ejercida por el partido conservador (que dominó casi toda la primera mitad del siglo), la libertad de prensa respaldó un periodismo rico y controvertido ideológicamente, tanto, que llegó hasta a constituir en varias ocasiones, un órgano de ataque o de defensa, según el caso desde donde se configuraba el mensaje.

Este carácter polémico de la prensa fue una respuesta análoga a la acentuada lucha partidista bajo la que, históricamente, iba adquiriendo forma y se constituía nuestra nación recién independiente.

El periódico fue empleado en muchas ocasiones como arma ideológica a través de la cual se defendieron muchos intereses partidistas. Tal es el caso, por ejemplo, del periódico liberal aparecido en

⁴⁴ Cf. María del Carmen Ruiz Castañeda, *La prensa en México*. Según esta autora, hay algunas diferencias que pueden establecerse entre estos géneros. En la revista, por ejemplo, intervienen profesionales de las distintas disciplinas que no necesariamente tienen en el periodismo su actividad principal; esto hace que este tipo de periodismo se convierta, en muchas ocasiones, en el sustituto del libro o del maestro. El periódico, en cambio, suele acortar el tiempo entre la aparición de un número y otro, y el espacio designado para una información es mucho más corto que el que se designa al de la revista para el artículo, la que, en ocasiones, otorga hasta un fascículo íntegro para el tratamiento de un tema, causa por la cual la revista tiene una ventaja analítica, frente al carácter informativo del periódico.

1826: *Hay va ese hueso que roer y que le metan el diente* que ya desde su título anuncia el espíritu combativo del contenido de sus artículos, propagadores todos ellos de la secularización de los bienes eclesiásticos y defensores de la constitución.

O del *Quebrantahuesos*, aparecido exactamente el mismo año que el anterior. Un periódico de tendencia marcadamente conservadora con intereses estrictamente religiosos, que durante toda su existencia, se dedicó a defender y a desmentir un artículo titulado "*Nuestra ignorancia hace toda su ciencia*", previamente publicado en un periódico liberal, en el que se atacaba tanto al poder de dominio ejercido por la iglesia sobre la población aprovechándose de su ignorancia, como a la manera como la enajenaba cada vez más.⁴⁵

Entre algunas de las posibilidades periodísticas, al alcance de los lectores de aquel momento, podemos citar:

1. - Los periódicos de tendencia liberal que, evidentemente, eran los que, por lo general, criticaron severamente las posturas conservadoras dominantes (las que, en su mayoría eran publicaciones bien comprometidas con los intereses del clero). Tal es el caso, por ejemplo, del último de los periódicos de José Joaquín Fernández de Lizardi, *El correo semanario mexicano* (1826-27), en el que criticó tan severamente a los conservadores y que propició la aparición del órgano conservador *El defensor de la religión* (1827). O como *El Semanario Político* de José Ma. Luis Mora, producido con la franca intención de atacar la figura del emperador Iturbide. O el periódico *El Fenix de la Libertad* (1831), que tan celosamente veló por defender la libertad de prensa.
2. - Los periódicos respaldados por la ideología conservadora que, como ya dijimos, fue la fracción partidista que dominó durante casi toda la primera mitad del siglo XIX. Entre los que podemos mencionar a uno de los que contó con más aceptación: *El Sol*.
3. - Los periódicos de tendencia federalista como el *Cosmopolítan*.
4. - Los pertenecientes a los moderados como *El observador de la república*.

⁴⁵ Cf. *Hay les va un hueso que roer y que le metan el diente* (México, febrero, 1826), p. 12

5. - Los periódicos propagadores de la ideología masónica como *El águila mexicana*.

Durante la década de 1820 a 1830, el periodismo reveló una marcada inquietud por la defensa, la propagación y la exaltación de su ideología correspondiente según la intencionalidad de su emisor, y cuya apelación era un evidente compromiso con las circunstancias e intereses políticos de cada uno de los partidos que las producían. Motivo por el cual, frente a tal pretensión política prioritaria, los temas científicos y culturales pasaron a un segundo término. En algunas ocasiones, a pesar de que en los títulos de muchas de las publicaciones se sugería al lector un tratamiento extrapolítico, éste pasaba desapercibido por sus elaboradores como temática esencial. Tal es el caso, por ejemplo, del *Semanario político y literario*, o de la *Miscelánea política, literaria y científica* (entre otros).

Cuando en las páginas de algunas de estas publicaciones periodísticas se anunciaba la oportunidad del tratamiento cultural o humanista en su encabezado, su contenido como tal dejaba mucho que desear, sobre todo si lo comparamos con lo explícito, detallado y veraz que resultaron los espacios políticos. Un ejemplo de estos artículos lo es el caso del titulado "*Teatro*", aparecido en *El fenix de la libertad* del que ofrecemos un fragmento, el cual, por su título, un lector podría esperar una información esencialmente cultural alusiva a alguna puesta en escena del momento; o bien, disfrutar de la reseña sobre algún director o dramaturgo famoso; mas al leerlo, sorprendentemente descubrimos que su contenido refiere únicamente una situación anecdótica curiosa, acontecida durante una puesta en escena de alguna obra: "un apagón", que si bien habla del teatro, lo hace desde una actitud completamente diferente a la información cultural esperada:

Nos aseguran que el teatro está malísimamente iluminado y que, a media representación, los concurrentes quedan en tinieblas

*como el miércoles santo. Hemos preguntado la causa de esta escasez de claridad, y han contestado: un apagón.*⁴⁶

Esta falta de consistencia en el tratamiento y la presentación de temas humanistas, culturales, científicos y artísticos, refleja el perfil del devenir de una realidad más preocupada por resolver su situación de consolidación económica y política, que por atender necesidades de carácter cultural. Ya que desde la parte dedicada a su presentación, el mismo periódico citado arriba (el *Fenix de la libertad*), así lo constata:

*Apliquemos la imprenta, este moderno instrumento, investigador de los hechos y la verdad, para hacer y desbaratar las intrigas y arterias del poder (...). Tal es el verdadero objetivo de este periódico: Sólo nos animará el interés de la Patria, recordar que somos mexicanos y que debemos transmitir a nuestros hijos y a las futuras generaciones, el depósito sagrado de nuestra Independencia, Constitución y Libertad.*⁴⁷

Y si después de estas líneas revisáramos la totalidad de los contenidos de uno de los volúmenes de este mismo *Fenix de la libertad*, encontraremos un sumario donde artículos como: "Acusación hecha a la cámara de senadores", "La libertad de imprenta", "El congreso de la unión", "Manifiesto de los representantes de Jalisco a los pueblos del estado" (entre otros), resultan denotadores de esta intención periodística, inclinada más por la evidencia de una auténtica temática política.

Esa persistencia de contenidos políticos, unida a la variedad ideológica expresada en todos los periódicos, era recibida, en su mayoría, por una sociedad con un índice alto de pobreza intelectual, cerrados a la argumentación crítica, analítica y reflexiva. Por lo que

⁴⁶ el *Fenix de la libertad* México, enero 18, 1832), p.64

⁴⁷ *Idem.* (7 de diciembre, 1831) p. 1

consideramos que, más que ayudar a la población a estructurarse políticamente, la confundieron perdiéndola en la diversidad de posturas ideológicas, y aferrándola a aquellas que comulgaban más con la familiaridad heredada por la imposición colonial, alejándola de aquellas que les transmitieran un nuevo pensamiento.

III.4.- LA REVISTA (PRENSA ESPECIALIZADA)

A partir de la década de los años treinta aproximadamente, la revista especializada cobró auge en nuestro país. Fue tan diversa la variedad de ellas, que admiten la siguiente clasificación:

1. - Las revistas de corte afrancesado, generalmente escritas en lengua francesa. Tal es el caso de *El mosaico mexicano* aparecida en 1836.
2. - Las revistas dedicadas única y exclusivamente al "bello sexo", cuya intención radicaba en la educación y la instrucción de las damitas de la época, tales como: *El recreo de las familias* (1838), *La semana de las señoritas* (1840), *Semanario de las señoritas mexicanas* (1841), y *Panorama de las señoritas* (1842).⁴⁸
3. - Las revistas dedicadas a los niños, entre las que podemos citar *El diario de los niños* (1839) que, como podemos advertir en su introducción, tenían como meta fundamental instruir y encauzar el comportamiento moral de los infantes.⁴⁹
4. - Las revistas publicadas por la Iglesia, con las que ésta buscaba reforzar y propagar sus dogmas a los lectores. Durante las décadas de los años 50 y 60, la iglesia sufrió fuertes ataques por la ideología secularizadora del partido liberal, por lo que en este período, fue en el

⁴⁸ Publicaciones que representaron no sólo una innovación para el momento, por tomar en cuenta a la mujer, sino un indicio de modernización en cuanto que rompían con el estereotipo de que a la mujer debía separarse de toda oportunidad de educación e instrucción. Cf. información proporcionada en el capítulo dos del presente trabajo.

⁴⁹ Cf. el "Prospecto" de *El diario de los niños* (México, 1839) p. 1.

que más auge tomaron. Entre ellas podemos mencionar *La revista la cruz* (1855), *El católico* (1845) *El quebrantahuesos* (1853):

*En pocos días hemos visto disfrazados elogios de protestantismo, enconados ataques a la iglesia, enconados sarcasmos contra el clero (...) En estas circunstancias es un deber de todo católico aperebirse al combate y salir a la defensa; volver por la causa de la religión calumniada.*⁵⁰

5.- Revistas de creación y crítica literaria, como la afamada *El iris* (1826), que inicia en nuestro país el escritor cubano José María Heredia. *El Zurriago literario* (1839), *Miscelánea* (1829) y *Minerva* (1832), también producida por Heredia. En ellas se ofrecían diversos géneros de creación literaria (cuentos, poemas y fragmentos de novelas). En su presentación o introducción se advertía que, dentro de sus páginas, el tema político no estaría contemplado.

Nos interesa hacer notar que estas revistas de crítica literaria, al igual que los periódicos, reflejan la dialéctica ideológica que daba cauce a los procesos históricos políticos y culturales del siglo XIX, latente en la realidad y que, en el caso de estas revistas, manifestaron una dialéctica artística. Al acercarnos a ellas, es fácil palpar cómo en aquel entonces el reconocimiento de lo literario giraba alrededor de dos corrientes: neoclasicismo y romanticismo, cada cual defensora y difusora de un paradigma de literariedad. En el contenido de estas publicaciones (de la misma manera que en el periodismo político), es perceptible una lucha sustentada por la defensa de una marcada postura literaria alusiva a cada cual. Se puede inferir que el criterio preceptivo y normativo que cuidaba y reconocía como categoría artística el buen uso de la lengua, correspondía a las exigencias neoclásicas. Preceptiva que chocó con los principios de libertad y de ruptura con lo normativo (formal y temático), fundamentales para el reconocimiento de literariedad de los románticos, alejados de toda intención moralizante. Ya Francisco Pimentel advertía tal controversia en su primera historia de la literatura mexicana:

⁵⁰ *Revista la cruz*, "Prospecto" (México, noviembre 1855), p.1.

*En México no hay juicios críticos. aquí, para calificar a un autor, se atiende a su opinión política, de manera que los de su partido le ensalzan hasta el ridículo y sus contrarios le deprimen hasta el exceso.*⁵¹

Para hacer más explícita esta cita con relación a la expresión de Pimentel, "opinión política", podemos asociar (retomándolo de líneas anteriores) que, por lo general, el romanticismo estuvo cercano al pensamiento del partido liberal y el neoclasicismo, al conservador.

Para darnos una idea de la presencia dialéctica bajo la que se procesaba la historia de la literatura a principios del siglo pasado, revisemos dos criterios, uno neoclásico y otro romántico en torno a un poema del poeta José María Esteva titulado *La orgía*⁵².

*Reid, reid de la vida.
Y alrededor de esa mesa
Quemad vuestro loco incienso
A prostitutas bellezas.
Crujía en los labios el beso,
En tanto con luces bellas
Miradas os dan los ojos
Mintiendo placer en ellas.
Los que estáis en esta orgía
Cantad alegres, cantad
Mientras llorando en la calle
El infeliz huerfanillo
Con tono tierno y sencillo
Sufriendo está un desgraciado*

⁵¹ Francisco Pimentel, *Historia crítica de la literatura y de la ciencia* (México, Librería de la Enseñanza, 1885), p.325.

⁵² Tola, Fernando, *La crítica de la literatura mexicana* (México UNAM y Universidad de Colima, 1987, p. 30-31)

Pudiendo tan sólo
Sentir y llorar.
Cantad vosotros, cantad,
Cantad, cantad presurosos,
Que al ruido de vuestro canto
No se oye el continuo llanto
Del desdichado mortal.
Cantad, cantad mientras los otros lloran
Ofreced al deleite vuestras preces,
Y gozad, apurando hasta las heces
La copa del placer.
No penséis que tal vez a vuestro lado
Triste llanto se vierte de amargura,
Y brindando al amor y a la hermosura
Los licores bebed.
Gozad, estos momentos seductores
Que os brindan ilusiones y placeres
En los brazos de impúdicas mujeres,
Que quieren sin amor.

José Joaquín Pesado, escribe en 1843 la siguiente reseña crítica en el número 544 del periódico *Siglo XIX* (fragmentos):

Este va es malo, sin que se crea que nos mueve a pesar de este modo la gazmoñería, porque nuestro juicio es puramente literario, no moral, y lo fundamentamos única y exclusivamente en las leyes del arte y la buena lógica(...). Entrando en el examen de la propiedad del poema, el verbo crujir, no conviene al beso, porque crujir trae consigo la idea de un ruido áspero producido por la colusión de dos cuerpos, o por la rotura de uno de ellos(...). Hay además faltas de propiedad muy considerables en las palabras y en las ideas. El adverbio "donde", supone un lugar, y el sueño no es lugar, sino acto de dormir, o lo que finge la fantasía(...). El adjetivo "bella" usado como sustantivo para significar a una mujer, es un galicismo intolerable(...).

El alma del señor Esteva se inclina, según vemos, al romanticismo. No creemos que éste pueda consistir en la manifestación de ideas extravagantes ni en acciones indecorosas, o propias de locura.

Concluiremos encargando al señor Esteva lea con alguna desconfianza las obras poéticas de Zorrilla, porque no todo lo que contiene es bueno; y aprovechamos esta oportunidad para hacer igual encargo a todos los jóvenes estudiosos, ya que tan comunes se han hecho entre nosotros aquellas poesías.

Ahora veamos las apreciaciones de un crítico romántico sobre el mismo poema del señor Esteva, firmado por J.A.G. aparecido en 1852 en la revista *Biblioteca Mexicana y Económica*:

Si nosotros dijéramos que en la poesía del señor Esteva no se encuentran defectos, expresaríamos lo que no puede suceder con ninguna obra del hombre, pues la perfectibilidad es sólo dada a Dios; los tiene, pero o nosotros no los conocemos, o es que no queremos buscarlos, complacidos en admirar las bellezas.

El señor Esteva, debe ocupar un lugar distinguido entre los poetas de nuestra época, pues para haberlo ganado, son sus títulos más que suficientes.

Nosotros nos complacemos en tributarle elogios; porque elogios, y muchos, merece quien tiene el talento que el señor Esteva.⁵³

En las revistas de creación literaria, era común advertir la falta de crédito (o firma) de sus colaboradores, sobre todo en las primeras publicaciones aparecidas durante los años treinta. En ellas se ofrecían diversos géneros literarios y, desde su presentación, se advertía al lector la ausencia del tema político, acentuándosele su firme convicción por

⁵³ Fernando Tola, *La crítica de la literatura mexicana en el siglo XIX* (México, UNAM y Universidad de Colima, 1987), p.61.

instruirlos. Así, por ejemplo, podemos leer en el "Prospecto" de *El correo semanario de México* (1826):

*Conociendo lo útil que son los periódicos de las naciones civilizadas, pues por su medio y a poca costa se derrama la ilustración, he resuelto establecer este nuevo periódico que conducirá al público a la ilustración.*⁵⁴

O bien, advertir cómo en otros fragmentos tomados de *El recreo de las familias*, se observan mejor las tendencias mencionadas bajo las cuales se produjeron tales publicaciones, las que de igual manera, constituyeron los propósitos primordiales de muchas otras de las revistas especializadas:

*Con esta publicación creemos hacer un servicio a nuestros paisanos, quienes fastidiados ya de las publicaciones políticas buscan ansiosos algo que les deleite e instruya. La necesidad de instrucción, el amor a la verdad y el entusiasmo por todo lo que es grande y sublime, satisfacen nuestras publicaciones para todos aquellos que no pueden consagrarse al estudio*⁵⁵

En estas revistas se publicaba también algunas traducciones de novelitas francesas e inglesas (más que de autores mexicanos), primacía que si bien pudo haberse considerado como síntoma de modernidad, en el fondo, propiciaron un efecto transculturador entre sus receptores.

⁵⁴ *El correo semanario de México*, "Prospecto" (México, agosto 1826), p.1.

⁵⁵ *El recreo de las familias*, "Prospecto" (México, febrero 1816), p.1

Las citas anteriores, junto con otras recalçadas ya en el trayecto de este mismo capítulo, convergen una vez más en la inquietud por la educación, la ilustración y por la transmisión de conocimientos a los lectores, advertidas en diversas oportunidades de lectura, intención muy semejante a los intereses propuestos por la Ilustración en Francia.

Las inquietudes de instrucción y los parámetros de modernización fueron expresados a través de estos canales a partir de una tonalidad moralista, muy similar al estilo utilizado por la preceptiva religiosa. En la mayoría de estas revistas yacía implícito un concepto de "Ilustración" diferente al de la denotación francesa que promovía, sobre todo, la importancia del razonamiento como arma para hacer frente a los dogmas de la iglesia. El concepto de ilustración practicado en este momento en nuestro país fue tomado, simple y sencillamente, como una sed de saber, de conocer y de educar, más que el de una práctica reflexiva antidogmática.

Ligada a esta preocupación iluminista, en las revistas especializadas podemos percibir una constante más: la tendencia a fomentar en los lectores una conciencia y una identidad nacional, encauzada a privilegiar el rescate y la apreciación de lo propio. Esta tendencia nacionalista, a pesar de su empeño, por lo general, fue tratada en su mayoría muy superficial y descriptivamente por sus autores, quienes demostraron una ausencia de postura crítica o analítica de aquellos motivos nacionales trabajados. La insistencia por esta temática propia, nacional, quedó restringida en la mayoría de los textos a descripciones de regiones geográficas, al tratamiento biográfico de personalidades mexicanas o extranjeras connotadas, a la reseña de algunos episodios históricos relevantes, o a la reproducción de la obra de algún escritor. Leamos esta estampa costumbrista de uno de los barrios de la ciudad de Puebla:

DEFINICIÓN DE PUEBLA

*Necios supersticiosos un enjambre,
por fuera algunas monjas encerradas.
Hipócritas familias muy pagadas*

*de robusta virtud, y es un arambre.
Algunos mercaderes con su fiambre,
los pobres en las calles á bandadas,
expuestos a ser malos por el hambre
porción de forlipones muy erguidos,
serviles con bajezas adulando,
cuatro monopolistas escondidos
que sólo en su interés están pensando,
los pocos liberales abatidos,
¿Y podrá así Puebla ir progresando?.*⁵⁶

La actitud nacionalista fue muy bien acogida, era un símbolo de reencuentro con lo propio, síntoma muy natural del pueblo mexicano después de haberse sometido a la represión ejercida por España. Lo que representaba un reencuentro con lo suyo como lo eran: su *historia, sus tradiciones, su religión y, en general su cultura*, eran una respuesta natural del pueblo mexicano. Sin embargo, a pesar de este reencuentro con lo propio, fueron muy pocas las revistas que practicaron una actitud crítica o analítica sobre motivos nacionales, el tratamiento que frente a estos mostraron los materiales periodísticos especializados, fue totalmente constatativo y descriptivo.

En relación a la abundancia de temas científicos y políticos, la ausencia de temas literarios es otra constante característica presente en las revistas. Y cuando los temas poéticos llegaban a aparecer, se ubicaban dentro del romanticismo o el neoclasicismo, estilos que por antagónicos eran admisibles de persistir dialécticamente, análogamente al devenir de las dos ideologías políticas del momento, las que por su actitud, como advertíamos líneas arriba, pudimos asociarlas de la siguiente manera: las ideas políticas conservadoras, afines a la postura de los escritores defensores del estilo neoclásico; y las liberales, a la de los románticos.

Una temática moralista abocada a la propagación e insistencia en ciertos esquemas de comportamiento de las familias, mujeres, niños y jóvenes, fue otro motivo recurrente dentro de las publicaciones

⁵⁶ *Calendario de Jalván (México, 1837)* p.48.

especializadas. En sus páginas, por lo general, se hacía hincapié en promover modelos de comportamiento a través de los cuales se imponían a los lectores maneras y formas de conducta que exaltaban y estimulaban comportamientos ejemplares del ser humano, garantizando que su práctica elevaría no sólo el éxito, sino la aceptación de los lectores que las asumieran y repitieran tal y como se mostraban en aquellas narraciones. Basta con mencionar algunos de los títulos de éstas para constatar esta actitud: "La modestia", "La leyenda de la abuela", "Instrucción paternal", "La sonrisa del pudor", "Sacrificio de un padre", "los doce apóstoles", etc. Debido a su carácter dogmático, transmisor de una moraleja, es quizás por lo que en estas publicaciones hayan sido tan demandados ciertos géneros literarios moralizantes, tales como la fábula, las máximas y las vidas ejemplares.

La presencia de esta intención moralizadora en las publicaciones, empeñadas en transmitir e imponer ciertos modelos de comportamiento se dio, incluso, hasta en el tratamiento de artículos que, aparentemente, nada tenían que ver con el manejo de fines moralistas, pero que sin embargo, al leerlos, tal intencionalidad quedaba manifiesta al lector como uno de los objetivos primordiales de la lectura. Un ejemplo de estos artículos lo es "La finalidad de la historia" aparecido en *El recreo de las familias* (abril, 1838.p. 13)

Pero a cualquier parte que se dirijan las lecciones de la historia, siempre su moral debe ser una, pues se debe fundar siempre condenando las guerras impuestas, ya se decreten por una muchedumbre frenética o un corto número de principios fundamentales, porque toda ciencia es siempre, respecto a la religión, amor al país y a las instituciones, fidelidad a los tratados, amor al orden y a la paz.

Esta tendencia por la publicación de géneros literarios con intención dogmática implícita, aunada a la recurrencia por la implantación de ciertas formas de vida y de conducta, se hizo más evidente en las publicaciones especializadas dedicadas al "bello sexo". En ellas (de la

misma manera que en las revistas femeninas actuales, como *Buen hogar*, *Kena* u otras más), se adiestraba y se recomendaba a las mujeres cómo lograr una mejor aceptación para llegar a ser una damita reconocida. El secreto de esta virtud, según estas revistas, radicaba en : ser hogareña, abnegada y comprensiva. Además de estas modalidades, se ofrecía igualmente dentro de ellas recomendaciones de cómo mantener la limpieza y la belleza del hogar, recetas prácticas de cocina, advertencias para conservar la buena figura y algo más. Por ello no es de extrañar encontrar anuncios como éste:

Con el fin de que las señoritas sepan bien el arma que usan, he establecido una academia para el adiestramiento de las jóvenes en el ejercicio del abanico como arreglo a los aires que más se han estilizado en la corte. ⁵⁷

Como éste, en las revistas femeninas aparecían artículos muy semejantes: "Cómo renovar el terciopelo", "Para blanquear y limpiar el marfil", "Para blanquear las perlas" (entre otros), en los que se proporcionaban a las lectoras los lineamientos de feminidad, indispensables para que reconocieran las maneras de prestigio social.

El tema sobre la mujer y su mundo fue muy recurrente en muchos otros materiales de lectura. Antes de pasar a hacer un comentario sobre las narraciones literarias, nos gustaría dejar una semblanza más amplia sobre el mismo, tomado de las revistas dedicadas a las "damitas".

Premia editores publicó recientemente una compilación de ensayos y artículos, que en su mayoría aparecieron por primera vez en aquellas revistas especializadas referentes al tema de la mujer y su mundo: *Sobre mujeres, amores y matrimonio* de Manuel Payno, *El placer conyugal y otros textos similares* de Guillermo Prieto, y *Castillos en el aire* de Francisco Zarco. Documentos escritos durante las dos últimas décadas de la primera mitad del siglo XIX (1840-1850), período en el que estos

⁵⁷ Fragmento del artículo "El uso del abanico", *La semana de las señoritas mexicanas* (México, octubre 5, 1842), p.181

autores, según lo revelan ellos mismos, contaban ya con una visión amplia sobre el tema femenino para poder ofrecer una actitud reflexiva, crítica e irónica. Pese a ello, el estilo de muchos de éstos guarda una tonalidad dogmática alrededor de ciertos tópicos relacionados con el bello sexo.

Acerquémonos a conocer más de cerca el criterio de estos tres autores, estableciendo contacto con algunas de sus apreciaciones en torno a la temática de la mujer, y del papel que ésta debía cumplir dentro del matrimonio y del hogar. Por ejemplo, esta semblanza de Guillermo Prieto:

*Por fin Panchete se casó, casamiento fulminante y de pavor. Ya no es el mozuelo escribiente de oficina, cortejo de deidades y de munición, tañedor de vihuela, chispa rabis y promovedor de posadas y de bailes. Es un Don Francisco que fuma puro, que habla pausado, que aparta los ojos de una enagua insurgente y economiza los placeres conyugales porque siempre el matrimonio es el estado religioso que tiene la precaria suerte de que no alaben a los recién casados.*⁵⁸

Ahora revisemos, de Manuel Payno, este otro fragmento sobre el papel de la mujer y su actividad dentro del hogar.

Así pues, luego que el marido se vista y se salga de casa, tendrá cuidado la esposa de hacer que se repare el desorden ocasionado la víspera en los muebles y ropa. El suelo debe barrerse, haciendo desaparecer todas las suciedades arrojadas en él. Los muebles sacudirse, de suerte que no se estropeen o pierdan su barniz; las vidrieras continuamente estarán limpias, las ropa del marido cepillada y en orden, y en cuanto a sus

⁵⁸ Guillermo Prieto, *El placer conyugal*, p. 37

*libros y papeles (si los tiene), será mucho mejor que se conserven, aunque con polvo, en los términos que él los dejó.*⁵⁹

O este otro de Francisco Zarco sobre las apariencias en la estabilidad del matrimonio:

¿Qué posefa, qué encanto tiene el hogar doméstico de Carlos?, la influencia de la mujer es la más poderosa en el hogar doméstico, donde ella reina esparciendo cansancio, placer y desesperación.

*El hogar doméstico es también el teatro de esos dramas íntimos y terribles en que juegan todas las pasiones perversas, y todas las debilidades. Bajo el techo doméstico nacen esos inextinguibles odios de familia por cuestiones de interés. Allí se ven los perniciosos ejemplos de una mala educación. Allí se consuman esas faltas que emponzoñan la vida. Hay algo más grave que el amor de la juventud; los deberes de la edad adulta y las obligaciones que impone la familia. El hogar doméstico puede, pues, ser un paraíso o un infierno. Parece incuestionable que uno u otro consisten en la mujer. Ellas son ángeles o son demonios.*⁶⁰

Mientras los fragmentos de Guillermo Prieto y Manuel Payno refieren un cuadro que alude al prestigio social del matrimonio, y a la manera como la esposa debe responder a su papel conyugal para obtener un reconocimiento y un prestigio entre la sociedad; las líneas de Zarco mediante esa tonalidad irónica que caracterizó a sus escritos, pone en tela de juicio tales valores. Éste afirma que efectivamente (las apreciaciones referidas por sus colegas) resultan principios recibidos y practicados por miembros de una sociedad pequeño burguesa, que sólo persisten entre ellos de manera aparente, ya que, como lo recalcan sus

⁵⁹ Manuel Payno, *Sobre mujeres, amores y matrimonio* (México, Premia Editores, Col. Matraca, 1984), p.

⁶⁰ Francisco Zarco, *Castillos en el aire* (México, Premia Editores, Col. Matraca, 1985), p. 66

textos, en la vida real tales preceptos se practican a la inversa en los hogares.

Desde luego, esta visión de Zarco constituye una mirada diferente y personal, lograda por una observación minuciosa que realizó en torno a esas conductas matrimoniales, seguida de una reflexión sobre las consecuencias y las causas que ocasionan, tanto su rechazo, como la necesidad de aparentar vivir con ellas. Esta postura lo separó en mucho del estilo dogmático de sus contemporáneos, principalmente de Manuel Payno:

Los manteles sucios dan pésima idea de la educación de la mujer.

El aceite de comer en botella corriente de vino se usa sólo en las casas de los pasantes y retirados, a quienes jamás pasa la Comisarfa.

El guisado y la sopa, servidos en cazuela, además de conocer que no hay platos, indica también una absoluta nulidad de buen gusto y educación.

Los vasos empañados y con señales de los labios al borde, dan la idea más cabal de la indolencia de la mujer.

Cuando una mujer permite que su marido se ponga la camisa hecha por la costurera, es prueba de que no lo ama tanto como debiera. Por regla general, no deberá consentir que las mascadas y corbatas que use el marido, sean bastilladas por manos de modistas o costureras. Una mujer que no sabe coser y bordar es como un hombre que no sabe leer ni escribir.⁶¹

Desde luego que las narraciones que predominaron dentro de las revistas especializadas dedicadas a la mujer más que críticas, fueron descriptivas e imperativas de los modelos a seguir. Basta con revisar la

⁶¹ Manuel Payno, *Ibidem.*, p.37.

sintaxis gramatical de estos artículos, para aseverarlo (como lo veremos en el capítulo cuarto de la investigación) Sin embargo, pese a esta imagen transmisora de los parámetros reconocidos dentro de las formas de vida de la época que nos ocupa, es necesario destacar que estas publicaciones dedicadas al sexo femenino, eran ya en nuestro país un prestigio de modernidad y de apertura al avance del reconocimiento social de la mujer.

III.5. NARRACIONES LITERARIAS

Dado que, como advertíamos en el primer capítulo, por el enfoque sincrónico de esta investigación se atiende más al mensaje como acto comunicativo, que como documento estrictamente literario, el comentario que proporcionaremos dentro de este apartado sobre las narraciones literarias, enfatiza la tríada acreditada por el proceso comunicativo: autor-mensaje-lector, haciendo mucho más hincapié en los dos últimos factores que lo integran.

La perspectiva que presentamos de los materiales literarios comentados, no pretende tampoco un análisis exhaustivo y minucioso de la forma y el contenido de los relatos, ni tiene el propósito de valorar su literariedad. Nuestra intención es buscar, hasta donde sea posible, un acercamiento que nos permita comprender estos textos desde su propio ámbito enunciativo para llegar a destacar: qué, por qué, para qué y cómo estas lecturas se convirtieron en medios transmisores de estereotipos a los lectores del momento que nos ocupa.

En líneas anteriores, hacíamos alusión tanto a la poca difusión con la que contaron los materiales literarios, como a la prevalencia del neoclasicismo y del romanticismo como los estilos característicos en la literatura del momento. A pesar de la recurrente indiferencia del crédito autoral, las historias de la literatura contemplan una buena relación de narradores pertenecientes a la primera mitad del siglo XIX, de entre los cuales hemos elegido a cinco. Estos escritores seleccionados resultan cercanos debido al tratamiento análogo que hacen en torno a la temática del bello sexo, y a las actitudes tan parecidas tomadas frente a éste. Actitudes que les llevaron a plasmar criterios similares a los juicios

proporcionados en los materiales alusivos a este tema, referidos anteriormente. Ellos son José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), Manuel Payno (1810-1894), Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842), José María Roa Bárcena (1827-1908) y Juan Díaz Covarrubias (1837-1859).⁶²

Además, como narradores, estos cinco escritores guardan una similitud que se explica por el hecho de haber vivido una serie de experiencias similares durante el México de aquel entonces. Por ejemplo, se puede observar que:

1. Su cronología de vida puede ubicarse perfectamente dentro del período histórico que nos interesa. (Primera mitad del siglo XIX)
2. Los cinco, cercana o lejanamente a los hechos, estuvieron vinculados al movimiento de Independencia Nacional.
3. Su formación cultural y su educación resultan muy semejantes entre uno y otro, sobre todo durante su niñez.
4. En sus narraciones presentan una temática relativamente semejante.

Con excepción de Lizardi,⁶³ los escritores mencionados, durante su infancia transcurrida durante el período que va de 1820 a 1830, fueron formados dentro de los paradigmas de una educación marcadamente tradicional, conservadora a la manera descrita en el capítulo dos por Guillermo Prieto y Altamirano, instrucción que constituyó la base a partir de la cual nuestros escritores fueron asimilando su identidad, a pesar de la presencia que ya para ese entonces, hacían las ideologías de libertad francesas.

Estas estructuras primarias de la infancia de nuestros autores, con el tiempo, se encontraron con las propagadas por el pensamiento moderno impulsadas por muchos de los intelectuales, que pretendían un

⁶² Otros de los criterios bajo el que elegimos a estos autores es su fecha de nacimiento y el que escribieron dentro del lapso de tiempo que enmarca la investigación.

⁶³ Aunque cronológicamente es anterior a los demás, lo hemos tomado porque la temática de su narrativa literaria es afín a la de los otros cuatro escritores. Además por el hecho de haber sido el primero que publica sus novelas en el periódico.

cambio radical en nuestra trayectoria de vida independiente. Encuentro que coincidió en la etapa de juventud, o en la de madurez de los escritores, motivo por el cual consideramos que ésta es la razón por la que muchos de sus relatos presentan este carácter híbrido.

En la personalidad de estos escritores es notorio, además, observar un desfase entre la teoría y la praxis, y entre el pensar y el hacer. Por ejemplo, en el fragmento que a continuación reproducimos, Prieto explica perfectamente el origen de esta desvinculación, cuando nos comenta sobre el paradigma que la sociedad aceptaba como reconocimiento de un niño que debía ser modelo y bajo el cual obviamente, fue formado:

*El ideal de un niño consistía en que se estuviese quietecito horas enteras, en saber un buen trozo de catecismo de memoria, en oficiar el rosario en las horas tremendas, comer con tenedor y cuchillo, dar las gracias a tiempo, besar la mano a sus padres y decir que quería ser emperador, santo, sacerdote, o cuando menos, mártir de Japón.*⁶⁴

O esta otra que resulta también una cita reveladora de los parámetros de conducta que seguramente fueron propagados a los escritores cuando niños, durante su proceso de formación escolar o familiar.

*La parte religiosa era lo esencial de la vida, ésta estaba a cargo de la dirección de mis señores padres, cada uno a su vez tenía a su padre confesor. Pero el entusiasmo cristiano era uno, único: el entusiasmo por las cosas divinas.*⁶⁵

⁶⁴ Guillermo Prieto, Op. Cit., p.9

⁶⁵ Idem. p.10

Si a esta manera tradicionalista como fueron educados los infantes, contraponemos la semblanza histórica del contexto de la época, es fácil observar un distanciamiento entre ambos. Por un lado, encontramos entre la población un deseo insistente de cambio y de controversias partidistas (que ratifican la visión ricoeuriana del proceso de instauración de una ideología en la sociedad),⁶⁶ y por otro, advertimos el conflicto interno que representó para aquella sociedad el desfase entre la condición convenida de ser en la que se hallaban enclavados (arraigadamente conservadora), y la inquietud de romper totalmente con ella. Guillermo Prieto comenta sobre lo difícil de este choque contrastante en su libro *Memorias de mis tiempos*.

Creemos importante que el lector de estas líneas tenga en mente la presencia generalizada de este contexto particular experimentado por los autores, advirtiéndole que bien pudo presentarse de igual forma entre muchos de los sujetos lectores de la época que nos ocupa. Es decir que tomando en cuenta estas consideraciones, podremos inferir con más facilidad las modalidades de ese espacio contextual moral desde el que hablan, reciben, conceptúan, valoran y se expresan todos aquellos principios expuestos en los relatos (literarios y no literarios).

Debido a que los materiales literarios representan una posibilidad más dentro del corpus del trabajo, tomaremos sólo una obra narrativa de cada uno de estos escritores. De José Joaquín Fernández de Lizardi: *La quiijotita y su prima* (novela), de Manuel Payno: *El doctor* (cuento), de Ignacio Rodríguez Galván: *La hija del oidor* (cuento), de José Ma. Roa Bárcena: *La quinta modelo* (novela) y de Juan Díaz Covarrubias: *Sensitiva* (cuento).

Los comentarios que daremos en torno a ellos estarán enfocados a destacar los contrastes y las constantes ideológicas expuestas en cada una de las narraciones.

⁶⁶ Cf. Paul Ricoeur, *Ideología y utopía*, (Gedisa, Barcelona, 1986), PP 11-41 11-41

La quijotita y su prima: novela costumbrista publicada en 1818.

Argumento:

La novela gira en torno a la preocupación de dos parejas (Eufrosina y Dionicio, Matilde y Rodrigo) por proporcionar una buena educación a sus hijas (Pomposita y Prudenciana, respectivamente) que asegure su éxito y felicidad en la vida. Para ello, Lizardi va refiriéndonos las formas de educación que utiliza cada pareja para lograrlo, haciendo hincapié en las relaciones familiares de la parejas y en la de los padres con sus hijas respectivas para desenlazar, cada una de estas historias paralelas pero diferentes, con el reconocimiento de la vida recatada de Prudenciana, y el rechazo de la vida disoluta de Pomposita, quien queda destruida como consecuencia del modelo educativo impuesto por su familia. El escritor termina trágicamente la historia de Pomposita y de su madre con el fracaso; mientras que la historia de Prudenciana, con la obtención del éxito y la felicidad, no sólo para ella, sino también para quienes la rodean, producto de la atinada visión educativa de sus padres.

Ideología:

De acuerdo a algunos aspectos de la Sociocrítica de Claude Duchet mencionados en el primer capítulo, presentaré aquí únicamente los resultados que el análisis previo practicado a la novela de Lizardi nos revelaron ⁶⁷

Desde el espacio y el tiempo de la enunciación propia de la novela del Pensador Mexicano, podemos destacar cuando menos, tres discursos ideológicos alrededor del tema de la educación de la mujer en el libro:

⁶⁷ Quiero remarcar que en las narraciones de los otros cuatro escritores propuestos, utilizaré el mismo mecanismo: la manifestación del resultado del análisis de cada relato.

1. La ideología que corresponde a lo real, o contexto social del momento del acto escritural de *La quijotita y su prima*, la que, como como se advierte, en el momento de su aparición (1818), estaba más identificada con los criterios conservadores y coloniales.
2. Otra ideología más, aún no manifiesta por escrito en los referentes del "sociotexto" de Lizardi, que podemos reconocer como el "pre-texto" y que la inferimos por esa actitud paradójica a lo tradicional, deshechada por Lizardi en la novela, desde el momento que no reconoce el éxito de la conducta de Pomposita y su familia.
3. La ideología del autor localizada mediante las marcas o referentes textuales (o "co-texto" según términos duchetianos), que es posible advertir desde el mismo prólogo de la novela, donde Lizardi externa su intención por "Educar a las mujeres" y que, por la manera de tratar y desenlazar las acciones que van tejiendo el argumento del relato que al final terminan con el éxito y bienestar de la vida de Prudenciana, nos revela su posición ideológica, simbolizada en la recomendación que subyace alrededor de la historia de esta protagonista que, frente a la de Pomposita, resulta más moral y, por tanto, la representativa de su modelo educativo.

Con relación a este último discurso, conviene hacer notar dos aspectos:

1. La intencionalidad de educar a la mujer, que ya debe reconocerse como una actitud moderna compatible con la de las revistas dedicadas al bello sexo. Mas este concepto de educación está limitado por el propio aquí y ahora de su producción, que difiere de la apreciación de mujer que concebimos a fines del siglo XX.
- 2.- Un determinismo implícito, bajo el que se sustenta la recomendación de los modelos a seguir, propio del carácter autoritario y unilateral del pensamiento epistemológico moderno. Podríamos decir, a la manera de Mijail Bajtin, que esta imposición de la voz autoritaria del autor en la

novela, la convierte en una narración “unívoca” (en la que la voz del autor determina y se impone frente a las otras voces).⁶⁸

Ante estos cuatro discursos ideológicos y según la fenomenología, que da vital importancia a la participación del lector, considerando la competencia de los lectores del momento, viene al caso preguntar ¿cómo reaccionaron los receptores de la época frente a aquellos argumentos educativos en torno a la mujer?, indudablemente la respuesta tentativa es: desde las condiciones de socialidad de las mayorías y desde su perspectiva de lectores reales (según W. Iser) , asumiendo el éxito e identificándose con el discurso de Prudenciana , no sólo por aspirar al triunfo y al reconocimiento social que representó su comportamiento frente al de Pomposita, sino por evitar el castigo a su conducta impuesto por Lizardi. El miedo a la autodestrucción y el rechazo es la técnica psicológica utilizada en la novela para convencer a las lectoras de ser y seguir siendo Prudencianas, y a los lectores, de continuar teniendo preferencia por el mismo paradigma .

La hija del oidor (cuento largo publicado en 1831)

Argumento.-

Juanita, hija del oidor, mantiene amoríos clandestinos con un sujeto de no muy buena reputación moral que se hace pasar por el Licenciado Verdad. Cuando los amantes planean huir después de que Juanita comunica al licenciado la noticia de su embarazo, son descubiertos por el oidor, quien ordena la inmediata aprehensión y la muerte del amante. Juanita, al enterarse de las intenciones de su padre, le implora perdone la vida de su amante argumentándole que es el padre del hijo que espera. Mas el oidor, invadido por la rabia que la noticia de la maternidad de su

⁶⁸ Cf. M. Bajtin *Problemas de la poética de Dostoiévsky* (México, FCE, Breviario 471, 1988), pp. 15-71.

hija le propicia, mata a Juanita con su puñal y, posteriormente, ordena la muerte inmediata del burlador.

Ideología:

Como podemos ver, nos encontramos de nuevo con otra trama en la que el tema y los esquemas en torno a la mujer se repiten. Aquí vuelve a aparecer de manera implícita una ideología moralista, que subyace, no mediante la sobreposición de un modelo sobre otro como en el caso anterior, sino mediante el énfasis de una conducta transgresora femenina que es castigada con la muerte.

Dentro del contenido del relato destacan algunos valores importantes relacionados con el tema de la feminidad, tales como la deshonra, la virginidad, así como otros conceptos en torno a la mujer, la mujer hija, y la de la irrefutable hegemonía del padre en un hogar. A pesar de la advertencia hecha líneas arriba, de que el énfasis de la estructura del relato no radica en la confrontación de dos modelos de comportamiento, ni en la prevalencia de uno sobre otro, sino en el castigar con la muerte una acción transgresora a las normas morales que atentaban contra el deber ser. Nuevamente en esta narración de Rodríguez Galván, aparece una evidente insistencia por convencer y recomendar un modelo dogmático y preestablecido del "ser mujer" a través del castigo. Modelo que se asocia perfectamente bien a las características convenidas de lo que ellas debían ser dentro de aquel contexto social :

- No debía salir sola a la calle.
- No era libre de elegir su pareja.
- Debía seguir al pie de la letra las órdenes de sus padres.
- Alejarse de toda diversión .
- Admitir que su único paseo era ir los domingos a la iglesia.

Características que guardan una cercanía análoga a la de los paradigmas tradicionalistas coloniales (como, de hecho, lo sugiere el tiempo histórico del ambiente de la narración).

Este mismo cuento de Rodríguez Galván comentado desde los criterios de la teoría de las funciones de Roman Jakobson, encontramos que en la narración predomina una intención "apelativa", ya que dentro del mensaje del cuento sobresale una intención por convencer al receptor, como tarea principal la que, en el caso concreto de la narración de Rodríguez Galván, se advierte mediante la muerte de Juanita y la de su amante, castigos que refuerzan ciertos modelos de comportamiento, contemplados apriorísticamente por el autor.⁶⁹

La conducta transgresora de Juanita como mujer libre, que lucha por conseguir lo que quiere, segura de sí misma, que se enfrenta al padre y a los prejuicios sociales y religiosos, para los lectores de la primera mitad del siglo XIX, representarían en el cuento, además de un discurso transgresor, otro innovador que, por tal, resultó castigado por Rodríguez Galván con la muerte, la infelicidad y el dolor. Consecuencias que, inconsciente o conscientemente, aquel lector real del siglo XIX rechazó, previendo con ello el que su vida llegara a tener un desenlace semejante al de la historia, si adoptaba alguna de las conductas de Juanita.

El doctor, cuento, 1842.

Argumento.

En esta narración, Manuel Payno refiere la dramática historia de un doctor que se enamora de Cecilia, su paciente, mujer joven desahuciada por él. Durante el trayecto narrativo del relato, el lector va familiarizándose con el dolor que aqueja al doctor al saber que cada vez se hace más lejana la recuperación de Cecilia y, por consecuencia, más

⁶⁹ Cf. Roman Jakobson, *Estudios sobre lingüística* (México, Seix Barral, 1981), pp. 347-398.

difficil la realización de una relación con ella. La protagonista termina muriéndose y dejando al doctor hundido en la desilusión.

Ideología:

En la narración de Payno, a diferencia de las anteriores, nos encontramos ante una estructura narrativa tradicionalmente lineal. Aquí no hay ni oposición a un modo particular de ser, ni castigo a una transgresión, ni represión a una ideología repudiada. A pesar de la sencillez de la trama, en el cuento subyace una ideología en torno a la mujer y su mundo.

Philippe Harman, en su libro *Texto e ideología*, afirma que en todo discurso existe una ideología producto de la experiencia particular, o competencia lingüística del emisor. Esta concepción individual, explica Harman, en relación con la visión hegemónica instituida y convenida por una cultura, guarda un tipo de relación que sobresale en el discurso de cada sujeto mediante la aceptación o la negación de los estereotipos impuestos por las mayorías, reacción revelada en un texto mediante la empatía o el rechazo de su autor frente a ellos. En relación a este discurso hegemónico podemos establecer ya una posición de igualdad: ($A=B$), de franca desigualdad: ($A > B$) o de desigualdad relativa: ($A < B$).⁷⁰

El ideal de mujer: religiosa, buena, sensible, pura, dulce y resignada del cuento de Payno, en relación a la ideología dominante del momento, guarda una postura de igualdad según el criterio de Harman, ya que la imagen de mujer referida en el cuento, no admite ninguna posición controvertida del autor, sino que ésta está presente como una constatación o referencia del modelo existente, tal y como se da en la realidad de fuera del texto.

⁷⁰Cf. Philippe Harman, *Texto e ideología*, (Argentina., Hachette, 1980, PP. 35-50.

Sensitiva, cuento, 1850.

Argumento:

Melodrama romántico en el que se nos cuenta la historia de Luisa, campesina ingenua y bella enamorada de Fernando, quien la admira. Pese a esta atracción, éste prefiere a Isabel, mujer frívola y libertina con quien acaba contrayendo matrimonio. Más tarde arrepentido y, decepcionado de Isabel, busca de nuevo a Luisa y al encontrarla, la halla moribunda. La historia termina con la muerte de Luisa, el remordimiento de Fernando y la desolación de Isabel.

Ideología:

De nuevo nos encontramos ante una constante temática en torno al discurso femenino, muy cercana a la expuesta en *La quijotita y su prima* de Lizardi.

En *Sensitiva*, Juan Díaz Covarrubias construye su argumento formado por dos historias contrastantes, también dos ideologías diferentes alusivas a la conducta femenina. Nuevamente el lector, al poner en actividad el texto, le afloran cuatro discursos, como en el caso de la novela de Lizardi:

1. - El predominantemente conservador.
2. - El de Isabel, representativo del liberalismo femenino y castigado al final del relato con la desolación.
3. - El de Luisa, modelo de abnegación, pureza y bondad.
4. - El del autor, referido en los castigos que otorga por un lado a Isabel por su comportamiento seductor indebido; y por el otro, la desilusión de Fernando por traicionar a Luisa.

Más a diferencia de la novela del Pensador Mexicano, la narración de Díaz Covarrubias presenta una complejidad mayor. Aparece, por ejemplo, el discurso de Fernando, quien representa un modelo de comportamiento masculino, el del hombre que es capaz despreciar los parámetros de integridad moral femenina representativos de la época, (personificados por Luisa) para dejarse guiar por los encantos seductores de Isabel. Su arrepentimiento, propiciado a la muerte de aquella, le hace recapacitar y descubrir lo efímero de la frivolidad de ésta.

Arrepentimiento, desolación e infelicidad son las estrategias entrelazadas que apoyan la advertencia ideológica en *Sensitiva* que tal vez, más inconsciente que conscientemente, fueron las que sirvieron para producir una aceptación convincente en el lector, predisponiéndolo a no asumir la conducta efímera, marcada por el arrepentimiento del protagonista en la narración.

Quinta modelo, novela, 1857.

Argumento:

Comparada con los melodramas anteriores, *Quinta modelo* resulta más rica en posibilidades y con la presencia más clara de una intención argumentativa que Roa Bárcenas ofrece al lector no sólo mediante una historia amorosa, sino también con una propuesta ideológica.

El relato nos familiariza con Gaspar, personaje que tiene en mente implantar en su hacienda una forma de vida liberal compatible con su ideología política. Su propósito se ve obstaculizado por causas determinantes:

- La familia.
- La inconsciencia ideológica de sus colaboradores.

- Y sobre todo, por el mal empleo que todos sus colaboradores hacen de la libertad.

Estos factores impiden la realización del ideal de Gaspar, motivo por el cual sufre una crisis de depresión que le lleva al borde de la muerte. Sin embargo la paciencia y abnegación de su mujer, ayudan al protagonista a salir de la crisis, a recuperar su hacienda, su familia y, por consiguiente, su estado anímico, logros que nos encaminan a un desenlace feliz de la historia.

Ideología:

La novela está construida alrededor de dos temas principales: la familia (en la que destaca la mujer como el centro importante de la misma, ya como madre, ya como esposa), y el tocante al sueño liberalista de Gaspar. En cuanto al primero, Roa Bárcenas hace énfasis en el modelo femenino representado por la esposa de Gaspar, quien a base de sacrificio, abnegación y comprensión, salva a su esposo, a la familia y su patrimonio. (este discurso vuelve a familiarizarnos con el de la temática de las narraciones anteriores). Por lo que concierne al proyecto liberalista, el énfasis ideológico de la novela estriba en su fracaso que, consecuentemente, produjo tantos perjuicios a la familia del personaje y a éste mismo, al grado de conducirlo a la desintegración familiar y a provocar casi la muerte.

Recurriendo nuevamente a las consideraciones enunciativas que Claude Duchet señala como básicas de detectar para acercarnos al contenido sociocrítico de un texto, en *Quinta modelo* podemos ubicarlos de la siguiente manera:

Momento histórico real

La novela alude al México de entre los años 1840 o 50 aproximadamente, época en que las ideas liberalistas en nuestro país

comenzaban a fortalecerse políticamente, y en el que el lema positivista "amor, orden y progreso" comenzaba a inquietar a la sociedad, alternando con las corrientes liberalistas y democráticas heredadas por el pensamiento de los enciclopedistas franceses. Sin embargo quedaban aún muy presentes reminiscencias conservadoras que se negaban a perder el poder de varios años.

"Socio-texto".-

Particularmente, Roa Bárcenas destaca aquí toda la entrega, renuncia a ciertos puestos políticos, reconocimientos, familia, etc. que Gaspar, protagonista principal de la obra, realiza para poder llevar a cabo esa especie de comunidad liberal que representaba, para él, el éxito de toda administración. Tras el discurso liberador y la actitud de empeño revolucionario de este personaje, van insertándose otros discursos más correspondientes a socialidades diversas según los personajes de quien se trate, encontramos por ejemplo, el del patrón, el de los administradores, el de los trabajadores. Aunque el discurso liberalista de Gaspar, eje del inicio de la novela, funciona de maravilla durante los capítulos de la novela donde lo da a conocer al lector, la concepción equivocada de libertad ejercida por sus colaboradores (que bien puede advertirse como otra línea ideológica en la novela), no sólo va provocando rivalidad entre ellos, sino induciendo poco a poco a Gaspar a la quiebra de la hacienda, único patrimonio de su familia. Al final termina solo.

"Co-texto".-

Según Duchet, el término alude a la visión y experiencia particulares del autor plasmadas en el sociotexto, desde donde éste, consciente o inconscientemente, manifiesta en su creación su propia cosmovisión en torno al asunto planteado en la novela. Desde luego, en *Quinta modelo* es importante señalar esa actitud de fracaso, de pérdida y de desilusión vivida por Gaspar en la novela y que, por la disponibilidad negativa y el derrotismo que transmite al lector, producto de los ideales

inalcanzados por el protagonista, anuncia el detrimento de las posturas liberalistas reales. Es decir que se infiere y predispone al lector sobre los peligros de un posible cambio, y de antemano se le advierte que éste lo lleva incondicionalmente al fracaso. Sin tener dato alguno de la biografía de Roa Bárcena, podemos reconocer que su ideología comulgó en general más con las posturas conservadoras.

Con relación al tema familiar, es curioso observar cómo desde el "co-texto" del autor, Gaspar rompe con ciertos modelos familiares establecidos en el ámbito de la vida real: el relacionado con el modelo establecido del "ser padre", "jefe de familia" y "esposo". Ya que el protagonista, apartándose de sus deberes, abandona a sus hijos, a su esposa y, en general todas las responsabilidades que le conciernen como padre de familia, por la ilusión de llevar a cabo su proyecto liberalista. La alteración de esta conducta modelo, curiosamente, ocasiona un caos en el núcleo familiar, único espacio de recogimiento y refugio del protagonista, que lo acoge en su infortunio. Este amparo en y con el hogar en la novela de Roa Bárcenas, vuelve a apelar una vez más a los lectores sobre una conducta aceptable, la del hogar y la familia, digna de aprecio y seguimiento.

Retomando una vez más las consideraciones de Philippe Harman, y buscando concluir esta red discursiva que José María Roa Bárcenas maneja en su novela, ésta podría esquematizarse de la siguiente manera:

ESTEREOTIPOS DEL MUNDO DE
DE LA NOVELA

ESTEREOTIPOS DEL MUNDO
DE FUERA

Proyecto liberalista

1. Importante señalar que, como idea, resulta muy consistente, nueva y progresista	1. En contra de los intereses conservadores
2. Engloba muchos de los aspectos de la ideología liberal sobre la	2. Semejante a la del partido liberal

administración del país	
3. Como práctica en la novela, no tuvo éxito	3. La praxis no era manifiesta. Las ideas liberales eran sólo utopías

ESTEREOTIPOS DEL MUNDO DE LA NOVELA

ESTEREOTIPOS DEL MUNDO DE FUERA

Estereotipo familiar

1. El hombre debe ser responsable de sus deberes en el hogar para bienestar y felicidad de sus miembros	1. El hombre debe ser responsable de su papel como sostén económico y moral de la familia.
2. Se violan los parámetros del hogar, según modelos establecidos.	2. Un hogar debe ceñirse a los parámetros de reputación impuestos.
3. Los hijos son imagen de la vida de los padres.	3. Si un hogar funciona mal por los padres, los hijos resultan una proyección de su éxito o su fracaso.
4. Muy importante es la conducta del hijo de Gaspar que transgrede el esquema impuesto del ser hijo.	4. Un hombre como hijo no debe faltar a sus responsabilidades en el hogar
5. La conducta abnegada de la madre que vela por el bienestar de todo.	5. La mujer debe velar por su hogar .
6. Mujer pilar del hogar	6. La mujer importante en el hogar.

Antes de terminar con los comentarios alusivos a destacar ciertas categorías morales y actitudes, nos gustaría concluir subrayando sus convergencias, manifiestas a lo largo de los materiales revisados en este capítulo. Si bien ya hemos venido remarcando algunas, un resumen de éstas dará nitidez a los propósitos de la investigación. Las sintetizaremos en los incisos siguientes :

1.- La tendencia educativa, que tomó diferentes matices según el caso del material de lectura. A veces aparece muy cercana a la intención

de "instruir", de "educar", de "enseñar" tal es el caso de algunas revistas especializadas y periódicos, donde la intención de instruir era lo que constituía el objetivo fundamental. En otras ocasiones esta tendencia se presentó como un franco deber ser, imponiendo su ejecución directamente a los lectores, dentro de éstas podemos considerar a los catecismos, algunas narraciones de los silabarios o de revistas dedicadas a los niños, a las familias y al bello sexo.

2.- Otro aspecto en el que coinciden ideológicamente los textos presentados es el predominio de una postura conservadora frente a la liberal, sin dejar de reflejar la dialéctica partidista en torno a la cual se pugnaba por la defensa hegemónica de alguna de ellas que, como se puede observar durante las décadas del siglo que nos ocupamos en el trabajo, el tradicionalismo suplantó a las ideas novedosas de las mentes liberales, las que no tomaron fuerza ejerciendo su dominio sino a partir del triunfo de la república.

3.- El determinismo que permea estos materiales, sobre todo en aquellos que transmiten una convicción moral, resultan otra constante más. En éstos, el lector no encuentra otra alternativa más cercana que aquella que le delega la facultad de responder a los planteamientos expresados por el razonamiento argumentado en las historias y actitudes expuestas en ellos, que prevén las consecuencias de conductas indeseables, transgresoras de los convenios de virtud y dignidad humana.

Estas constantes, que afloraron como primera y quizás única referencia en los lectores del XIX, nos lleva a precisar dos aspectos importantes de considerar para las conclusiones de la presente investigación :

a) Que todo discurso guarda un compromiso estrecho con el momento real del cual proviene, y que este se fundamenta, a su vez, en una corriente epistemológica que afecta los ámbitos del pensamiento humano y, al mismo tiempo a la pragmática del mismo, como una herencia de esos paradigmas epistemológicos en torno a los cuales se construyen y se reconocen las distintas actitudes humanas. Kuhn, en su libro *La estructura de las revoluciones científicas*, explica esta instauración de paradigmas que construyen los modos de vida, de la ciencia y, en

general, de las visiones del mundo; pero también describe cómo cuando el paradigma instaurado no responde más a las necesidades e inquietudes de sus practicantes, éste necesita ser reemplazado por otro que responda a los nuevos cuestionamientos.

Una vez instaurado un paradigma, obliga a los científicos a investigar alguna parte de la naturaleza de una manera tan detallada y profunda que sería inimaginable en otras condiciones (...) Mas cuando comienza a cambiar, los científicos empiezan a comportarse de manera diferente, al mismo tiempo que cambia la naturaleza de sus problemas de investigación. Sin embargo, hasta que el paradigma no se aplique con éxito, los problemas no podrán ser resueltos a partir de él.⁷¹

A la manera de Kuhn, el momento que nos ocupa revela estar pasando por este tránsito de paradigmas. La apertura al mundo, la ruptura con España, la vida independiente, el contacto con las ideas de los enciclopedistas, el deseo de saber, etc. propiciaron nuevas formas de responder a las necesidades desde estos mismos postulados, que chocaron con los parámetros tradicionalistas, que comenzaban a no resolver los planteamientos de muchos intelectuales. De aquí que este período de la vida mexicana no deba concebirse unilateralmente, sino asumiendo esta génesis de nuestra historia controvertida, tal y como la experimentó la sociedad de ese entonces en vías de reinstauración.

b) Los contrastes característicos del momento provocados por el cambio de paradigmas por los que atravesaba nuestro país que, sintéticamente, son consecuencia del aquí y el ahora específicos desde el que cada sujeto (ya codificador, ya decodificador de los mensajes) respondió ante aquel panorama. Contrastes que sumados a la situación tan heterogénea de las condiciones socioculturales, agrava la situación, dándonos una idea de su complejidad, motivo por el cual, hablar del efecto que la lectura de tales materiales provocó en los lectores (al que nos referiremos en el

⁷¹ Cf. T. S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, (México, FCE, Breviario 213, 1991), pp. 9-20.

próximo capítulo), lo abordaremos enmarcados en el contexto real de los convenios sociales. Aludiremos muy poco a la competencia de sus codificadores, pero siempre tomando en cuenta que la respuesta frente a los materiales de lectura de los receptores, será analizada más desde los fundamentos de la voz perteneciente al sujeto social, constructor de los parámetros de identidad social de los lectores de aquel entonces.

Los efectos que tales lecturas motivaron como "habla"⁷² en cada uno de los lectores, como posibilidad de apropiación arbitraria de las imposiciones y conceptos preestablecidos, los trataremos someramente durante el desarrollo del próximo apartado, ya que profundizar sobre ellos será más bien motivo de otra investigación.

⁷² Utilizo "habla" haciendo una analogía con el sentido que la lingüística de Saussure introdujo a los estudios de la lengua, es decir, como uso particular que cada hablante hace de su lengua. En este caso connota la lectura particular de un lector.

CAPÍTULO IV

LOS MATERIALES DE LECTURA Y SU EFECTO EN EL LECTOR DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

IV. 1 CONSIDERACIONES PREVIAS.

Como el subtítulo del apartado lo anuncia, es necesario retomar algunos conceptos teóricos expuestos al principio de la investigación, en los que fundamentaremos el presente capítulo tendiente a hablar sobre la influencia que las lecturas tuvieron en los receptores del momento que nos ocupa.

Aquí, los mensajes, estarán contemplados más como actos de decir (expresiones de sentido), que como actos de hacer (expresiones formales). Es decir, nos enfocaremos a tratarlos como procesos transmisores de un contenido que, sin embargo, para tener acceso a ellos, el receptor, necesariamente, debió partir del registro de la escritura, único medio evocador de sentido y sustento del proceso comunicador.

Dentro del acto de la lectura, las palabras son la única posibilidad con las que cuenta un lector para construir sentidos y significados. Viene al caso, entonces, retomar algunos de los criterios expuestos en el inciso "sentido y significación" (capítulo I), en donde, haciendo referencia a la distinción de tales términos de acuerdo a la teoría de Ullman, explicábamos cómo la decodificación de una palabra llega a su receptor, primero, con toda su carga de sentido; para después, mediante todo el cúmulo de experiencias vividas por éste, pasar al plano de la significación.

El proceso de identidad que vincula al hombre con el mundo se da a través del sentido de convenio de las palabras. Esto lo explica muy

claramente Mijail Bajtin cuando asegura que el hombre, al nacer, el mundo le llega dado mediante todo ese otorgamiento cultural y de sentido manifiesto mediante el lenguaje. De manera que este convenio (facultad por la que una grafía se convierte en signo) es nuestro primer sentido de, y con el mundo.⁷³

En los textos a los que aludiremos dentro del presente capítulo, leídos durante la primera mitad del siglo XIX, dejaremos a un lado la "significación" (o habla) del texto, por ser un plano más pertinente a la zona de abstracción del sujeto, alusiva a su experiencia, y nos concentraremos más a rescatar el plano de "sentido"⁷⁴ (o lengua) expuesto en estos mensajes, que por su carácter de convenio será más revelador para vincularnos con el aquí y ahora específicos de los mismos.

Por otro lado, debido a la condición de heterogeneidad social que constituyó a la sociedad de principios del siglo XIX., y de acuerdo a la delimitación del planteamiento por demostrar en este trabajo, la perspectiva individualista de significación (o cotextual como lo llama C. Duchet), no será tampoco objeto primordial del capítulo (aunque de vez en cuando recurriremos a él cuando sea necesario). Aquí, el sujeto receptivo, y por consecuencia el código lingüístico, serán contemplados en su condición comunitaria, como generalidad, como voces preestablecidas por el "sentido común" impuesto y aceptado.

*Es muy obvio y conocido que dos clases de obstáculos se encuentran en la lectura que se realiza en una comunidad; y si por un lado éstos son causa de sus deficiencias, en otro inciden en los intentos por corregirlas. Éstos suelen articularse en torno a, o como prolongaciones activas de una idea o concepción que acerca de lo que la comunidad desea ser, fijan los sectores sociales, o simplemente poderosos, a través de políticas determinadas.*⁷⁵

⁷³ Cf. Mijail Bajtin, *Teoría y estética de la novela* (Madrid, Taurus, 1989), pp. 125-136

⁷⁴ Los términos: "sentido" y "significado" están basados en la explicación que de ellos se hizo en el Cap. I de la tesis (PP 11-12), según el criterio de Ogden-Richards

⁷⁵ Noé Jitrik, *Lectura y cultura* (México, UNAM, Biblioteca del editor, 1987), p.27, el subrayado es nuestro

De acuerdo a la visión de sentido de Ullman, todo mensaje es leído primero desde una preceptiva semántica convenida por la comunidad y, una vez asimilado de esta manera (como lo afirma la cita de Jitrik), podrá emprender la tarea de ser corregido ¿Cómo?, mediante la reacción del lector, ya de oposición, ya de aceptación a los preestablecidos expuestos en el mensaje. Tomando en cuenta que para que la primera reacción se imponga, debe ser seguida de una reflexión analítica previa del lector, mediante la que descubra la ineficacia que representa seguir aceptando los paradigmas impuestos.

Por tanto, el tipo de receptor al que nos referiremos será al lector perteneciente a un aquí y un ahora simultáneos a la creación del texto, sin aludir (salvo en contadas ocasiones) al lector extemporáneo al acto escritural.

Ya en el capítulo primero de la investigación hacíamos mención a las cuatro distintas respuestas señaladas por Bajlin, que pueden darse en el lector frente al texto leído (estar o no de acuerdo, completarlo, aplicarlo, prepararse para su ejecución). Debido a sus condiciones sociales, el lector real del siglo XIX estuvo más cercano a reaccionar como ejecutor y repetidor de las ideas contenidas dentro del discurso del mensaje leído, como lo explicaremos a través del desarrollo de este apartado.

Esta reacción irreflexiva resulta más constatable cuando a este modelo de lector decimonónico, sumamos el carácter de los textos posibles a su alcance que, como quedó visto en el capítulo anterior, eran en su mayoría lecturas con muy poca variedad de contenido, tendenciosas, dogmáticas, preocupadas por educar y moralizar al lector, que funcionaron y actuaron en él como un refuerzo a su pensamiento hermético.

En relación a esto, comentamos también (segundo capítulo), sobre las condiciones tan limitadas existentes dentro de la educación mediante la que se formaron los educandos de las primeras décadas del siglo pasado, sobre la dificultad que existió en el pueblo mexicano para tener acceso a la alfabetización; y sobre cómo, precisamente durante las primeras décadas del siglo y debido a las circunstancias históricas, a su formación y educación, la mayoría del pueblo de México estuvo más

cerca de las estructuras de represión coloniales. Por lo que los textos contenedores de una ideología distinta al común denominador del pensamiento impuesto a las mayorías, es decir, los textos de ruptura y de conscientización al cambio, resultaron ajenos y eran lejanos a este tipo de lector real. Afirma W. Iser:

El hecho de que en el curso de la lectura vivamos acontecimientos que no nos son familiares, no significa que estemos en situación de comprenderlos. Significa, más bien, que estos actos de comprensión se producirán en la medida en que, gracias a ellos, algo se exprese en nosotros. Los pensamientos de otro no pueden expresarse en nuestra conciencia más que si la espontaneidad que el texto impulsa en nuestra consciencia, adquiere forma”⁷⁶

La condición social del lector real es pues determinante dentro de la triada a la que nos referimos, autor-obra-lector, ya que, como dice Iser, aunque los emisores busquen el cambio mediante la ruptura de los estereotipos instaurados y convenidos, éstos sólo serán comprendidos, valorados y asimilados por una minoría.

Paul Ricoeur en su libro *Ideología y utopía*, a estos sistemas de pensamiento innovadores y transgresores, reconocidos sólo por una minoría de los miembros de una comunidad, les da el nombre de “utopías”, puesto que constituyen, más que sistemas cerrados de reconocimiento del pensamiento de una mayoría, son representaciones utópicas que a medida que van siendo asumidas por la generalidad, van perdiendo también su arraigo de utopía, para convertirse en una “ideología”, recobrando todo su don de pertenencia e identidad de una forma estereotípica y cerrada entre la sociedad.⁷⁷

⁷⁶ Wolfgang, Iser, *El acto de leer* (Madrid, Taurus, 1987), pp. 55-70, el subrayado es nuestro

⁷⁷ Cf. Paul Ricoeur, *Ideología y utopía* (Barcelona, Gedisa, 1989), pp. 43-45

Con relación a la lentitud con que se generó este tránsito de la utopía a la ideología, y del reemplazo de paradigmas viejos por nuevos en el lector durante el proceso de la lectura, volvamos a citar a Jitrik:

El primero de estos obstáculos en la comprensión es de naturaleza social y tiene que ver, ante todo, con el sistema productivo en general en la medida en que de éste dependen posibilidades e imposibilidades culturales y aun de identidad; también con la cuestión étnica en países como México, evidentemente en el orden de valores que produce la sociedad y, finalmente, con los ritmos de aculturación de los diferentes grupos sociales; juntos o por separado, estos factores gravitan en el apartamiento, la marginalidad, o la tangencialidad en el que están bastos sectores en lo que concierne a proyectos culturales y también a la lectura en particular en su doble aspecto, el de acercamiento a los textos esenciales, como el de eficacia con que se pueda hacer.⁷⁸

Por lo regular, una manera de vida sujeta a formas estereotipadas comunes, responde a modelos prejuiciados y a esquemas que, precisamente por tener varios años de reconocimiento y aceptación, forman parte ya de un sistema consuetudinario, que los familiariza con una costumbre y con una tradición específicas.

Estas consideraciones, por su enfoque y consistencia, nos obligan a insistir sobre la imagen y el perfil de la sociedad lectora de aquel momento, que nos permite comprender mejor los efectos que le produjeron aquellos materiales de lectura.

Pasemos ahora a comentar algunos aspectos sobre este factor receptivo, integrador indispensable del acto de leer.

⁷⁸ Noé Jitrik, Op. Cit., p. 28

IV.2 CARACTERÍSTICAS DE LA SOCIEDAD DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

No podemos hacer referencia a una realidad social de principios del siglo XIX sin llegar a precisar sus vínculos con las condiciones políticas del momento. Haciendo una retrospectiva histórica del periodo independentista, da la impresión de estarnos refiriendo a una etapa de triunfo y reconquista de la vida mexicana. Mas al revisar consciente y detenidamente este momento, nos encontramos ante una época sumamente difícil, compleja y desequilibrada.

Desde el punto de vista sociológico, México, durante el período que va de 1810-1850, estuvo constituido por una población totalmente heterogénea entre la que predominó la pobreza y la ignorancia, sobre la abundancia. La carencia fue, básicamente, la condición social más general sobre la que se pretendía construir el naciente territorio mexicano. Hacia 1820 se calcula que nuestra población llegó a ocho millones de habitantes, y para constatar los atributos de pobreza y de atraso social, es necesario asentar que de éstos, seis millones eran indígenas que, por lo general, vivieron inmersos en una sociedad a la que sirvieron, pero a la que no entendieron.

Como advertimos en capítulos anteriores, las condiciones de educación escolar estaban sumamente atrasadas. Cuando la instrucción tuvo la oportunidad de llegar a los estratos marginados, se mostró más preocupada por la enseñanza de la doctrina católica, por los rezos y las oraciones, que por los conocimientos. En la provincia, por ejemplo, afirma Francisco Larroyo⁷⁹ que esta preocupación se mantuvo debido a que el profesor encomendado para la enseñanza, era impuesto y contratado por, y bajo la supervisión estricta del cura del lugar. A mediados del siglo XIX las clases populares (constituidas por trabajadores mineros y por campesinos) eran en su mayoría analfabetas; lo que permite inferir lo difícil, pero también lo urgente que resultaba poner en práctica el pretendido plan educativo oficial, y el porqué los anhelos de alfabetización política.

⁷⁹ Cf. Francisco Larroyo, *Historia de la educación en México* 9a. Edic. (México, Porrúa S.A.) pp190-206

Pablo González Casanova explica cómo para esta época en las ciudades sólo una mínima parte de la población había asimilado la influencia del liberalismo francés pugnante por la libertad, los derechos del hombre, la lucha contra la iglesia, la soberanía popular y las ideas de la ilustración en general; causa por la cual era esta fracción a la que se opusieron radicalmente los grandes terratenientes, así como un considerable número de los miembros del clero, que tanta influencia ejercieron sobre los indios y mestizos.⁸⁰

Los terratenientes y el clero eran los que, por lo general, integraban la clase hegemónica, propietaria de la mayoría de los bienes materiales y de casi todo el territorio geográfico mexicano, quienes, ideológicamente, estaban más comprometidos con el partido conservador y defendían los paradigmas coloniales.

Los blancos (españoles principalmente, algunos criollos y mestizos) constituían la población dominante, no en número, sino en oportunidades económicas e intelectuales y, en relación a las demás clases (indígenas y mulatos sobre todo), su actuación era ventajosa en varios aspectos.

En su mayoría, la clase media estaba constituida por los criollos, entre los que figuraraban los apenas incipientes comerciantes y, en general, los pocos profesionistas que luchaban insistentemente por ocupar un sitio reconocido dentro del estrato social, así como en la administración pública.

Éstas, más una buena parte de indígenas, fueron principalmente las fracciones que integraron la estratificación social de la población de principios del siglo XIX. De ellas, la que mostró una mayor movilidad social a través de todo el siglo fueron los criollos, quienes para la época del México independiente, podemos identificarlos con la naciente pequeña burguesía que, desde su aparición, fue configurándose a la luz de modelos extranjeros y que no llegó a consolidarse como tal sino hasta fines del siglo, con el porfiriato.

⁸⁰ Cf. Pablo González Casanova, *Un utopista mexicano* (México, SEP., *Lecturas Mexicanas*, 1987), pp.12-23

Según el criterio de Theotonio Dos Santos, cada una de las clases sociales mencionadas tenía intereses particulares "en sí" y "para sí",⁸¹ ya que al pugnar cada cual por reafirmarse como comunidad "para sí", lograban integrarse también como "clase en sí". Intereses que cada una fueron manifestando e integrando tanto en el orden político como en el social.

Así, la semblanza de los rasgos distintivos que constituyeron a los diferentes estratos de la sociedad del siglo XIX, precisa ahora hacer mención de dos hechos históricos que, a través de la investigación, resaltan como demarcadores del siglo que nos ocupa:

1. El primero, que va de 1830 hasta antes de la reforma juarista, durante el que se hace notoria la persistencia del grupo conservador en el poder.
2. El que va de la instauración de la segunda república a la crisis porfirista, durante el cual la ideología liberal estableció su dominio.⁸²

Desde luego, el período cartabón de nuestro trabajo, se ubica dentro del primer momento, en el que es preciso señalar tanto el predominio de la fracción conservadora en el poder, como la pugna insistente que comenzaron a mostrar los criollos por conseguir un reconocimiento que los vinculara con la clase dominante (tomando como referente las dos clases totalmente instauradas, la clase alta o dominante, y la clase baja o relegada).

Afirma Gabriel Careaga que, una vez consumada la independencia en la Iglesia de la Profesa, en 1821:

⁸¹ Cf. Theotonio Dos Santos, *El concepto de clases sociales* (México, ENAH, 1974), pp. 25-28

⁸² Una vez que se integra la clase media como unitaria, es decir, como un horizonte social claro, sus intereses propios, aunados a su afán de movilidad social y, sobre todo su interés político, la convertiría, según Marx, en la clase sin clase. Cf. Carlos Marx, *Sociología y filosofía social* (España, Península, 1969), p.211

*Los criollos lucharon en forma abstracta en contra de los moldes del siglo de la colonia. Por eso la clase media empieza a nutrirse de las nuevas formas de pensamiento de la sociedad industrial. La clase media está en busca de identidad, unas veces afirma su pasado, otras lo niega, en otras inventa su futuro, siempre soñándolo, nunca haciéndolo. Parece decir: "no soy el que soy; soy el que seré, soy el que he elegido ser". Esta situación le crea una necesidad feroz de colocarse en la nueva sociedad creando nuevas formas de organización.*⁸³

Ya hacia 1850, los criollos (futura clase media) comenzaron a dar muestra de una consolidación como clase "en sí" y "para sí". Es fácil advertir, en los intereses por los que perseveraron, ciertos rasgos que los identifican ya con los de las clases medias:

- Respetabilidad, cimentada tanto en la formación profesional de los individuos, como en la familia. Profesión y hogar fundamentaron el prestigio social de esta clase.
- Modas y costumbres practicadas a la manera extranjera.
- Viven más de ilusiones que de realidades.
- Desinterés por la realidad política del país.
- Inclinación por las apariencias materiales.
- Su preocupación máxima, el dinero.⁸⁴

Desde luego que aunque estas características son más fáciles de detectarse durante la segunda mitad del siglo XIX ya en la primera mitad hacen su aparición, dando origen a gérmenes configuradores de lo que constituirían la preceptiva de aquella clase criolla en transición, en vísperas de formar lo que sería, como advertíamos arriba, la incipiente clase pequeño burguesa.

⁸³ Gabriel Careaga, *Mitos y fantasmas de la clase media* (México, Joaquín Mortíz, 1980), p.53

⁸⁴ Gabriel Careaga, *Ibidem.*, pp. 58-61

El afán que mostraban muchos criollos por combatir toda imagen colonial para sustituirla por otra completamente moderna, basada en la democracia y la educación, era una de las características que unificaban a este grupo social como uno de sus principios "para sí"; mientras que el afán por constituirse como clase, y la persistencia por definir su identidad, los fundía como clase "en sí". En relación a esto, afirma Careaga que durante las primeras décadas del XIX :

*Se estaba formando este hombre que va siendo transformado por las ideas exteriores, que está siendo educado en una tradición de honradez, de moral estricta, de buenas maneras, en una palabra, del hombre que, aunque es pobre, quiere dejar de ser ignorante, vestir y comer bien, tener educación.*⁶⁵

Esta incipiente clase criolla (futura clase media) que, con la Independencia advertía la oportunidad de encontrar un reconocimiento y fortalecimiento de dominio (de los que permaneció vedada durante la colonia), para la última década del siglo, adquirió ya mucho más presencia y sus inquietudes, amenazadoras de los primeros años posteriores al movimiento de Independencia, cobraron consistencia.

El escritor mexicano José Tomás de Cuéllar, alrededor de los años setenta, en sus novelas resulta ser vivo ejemplo de uno de los mejores rescatadores y críticos de esta clase. Cuéllar no sólo convierte a este estrato medio criollo en protagonista principal de sus obras, sino que la postura irónica que utiliza para criticar muchos de sus hábitos y sus costumbres, es ya signo de la consolidación de este grupo en la sociedad. En la introducción a su *Linterna mágica* Cuéllar dice:

Yo he copiado a mis personajes a la luz de mi linterna, no en drama fantástico ni descomunal, sino en plena comedia humana, en la vida real, sorprendiéndoles en el hogar, en la

⁶⁵ Gabriel Careaga, *Ibidem*. p.55

*familia, en el taller, en el campo, en la cárcel, en todas partes, a unos con la risa en los labios y a otros con el llanto en los ojos; pero he tenido especial cuidado en la corrección de los perfiles del vicio y la virtud; de manera que cuando el lector, a la luz de mi linterna, ría conmigo y encuentre el ridículo de los vicios y de las malas costumbres, o goce con los modelos de virtud, habré conquistado un nuevo prosélito de la moral y la justicia.*⁶⁶

Desde el siglo XVIII, a pesar de toda la cautela por evitarlo, los criollos comenzaron a robustecerse, muchos de ellos identificándose con el pensamiento de los enciclopedistas franceses, a quienes tomaron como modelo y fundamento de la nueva ideología. Por lo que, tal como lo explica Careaga en la cita puesta arriba, una vez lograda la independencia, era de esperarse que este grupo generador del cambio, advirtiera la necesidad inmediata de acogerse a los modelos y formas de vida demandados por los países avanzados.

Fue así como comenzó a conformarse nuestra naciente clase media dentro de la vida independiente, principalmente a la imagen de las formas francesas ajenas a nuestra idiosincrasia, pero a partir de las cuales los criollos pugnaron (inconsciente o conscientemente) por lograr su instauración, que configurarían la identidad propia de la clase pequeño burguesa. Características que, por otro lado, se mezclaron con la romántica y también pretendida "identidad nacional" tan anhelada en los contextos de la vida social. A veces, dentro de esta búsqueda, los criollos negaban el pasado cultural, sintiéndose europeos; a veces lo reafirmaban, pero siempre llevando en mente el logro de una realidad y una historia propias.

Mas, a pesar de este espíritu nacionalista, lo que unificó a los grupos criollos fue la inquietud por consolidarse como un grupo con entidad propia y, entre ellos pueden distinguirse claramente :

⁶⁶ José Tomás de Cuéllar, *Baile y Cochino* (México, Porrúa, Escritores Mexicanos, 1987), p.9

La clase media tenderá a oponer al orden existente otro orden antagónico en su mundo imaginario. Así, a las distintas situaciones corresponderán actitudes diferentes: mientras el criollo privilegiado tratará de adaptar a la realidad social una teoría política inadecuada, la tentativa del criollo medio será exactamente la inversa: negar la realidad existente para elevarla a la altura de la teoría que proyecta. Desde ahora, podemos percibir el punto de partida de dos actitudes que perdurarán a lo largo de toda la revolución y se prolongarán, inclusive, durante la larga pugna de conservadores y liberales.⁸⁷

En una sociedad con tantos contraste culturales como mostraba ser la nuestra en el contexto independentista, las facciones rurales que habitaban las zonas agrestes se mantuvieron alejadas de todos los cambios y de todas las influencias extranjeras, de la educación y, en general, del progreso de la naciente urbe, en la que se comenzó a acentuar el centralismo y su reconocimiento que, un siglo más adelante, daría lugar al gran fenómeno de modernidad en el que la ciudad se convirtió en un símbolo de triunfo y reconocimiento.

Dentro de la administración pública, el grupo que predominó en el poder fue el conservador. Y con relación a ello, vale la pena hacer alusión a ciertos criterios del sociólogo francés Pierre Bourdieu, que explican cómo la cultura de una sociedad es generada, impuesta y protegida por el grupo en el poder. En su teoría sobre la autoridad cultural y artística en una sociedad, afirma Bourdieu que es el grupo dominante en el poder el que ejerce bajo su control la economía, los medios de comunicación y, en general, el mando, al que se someten las ideas, la ciencia, la producción artística y todo lo concerniente al corpus cultural. Bourdieu engloba a cada uno de estos espacios de dominio formando un todo, refiriéndose a ellos como campos y explica la manera que los diferentes rangos de niveles socioculturales que integran a una sociedad, son semejantes a las capas que forman una cebolla, una superpuesta a la otra.⁸⁸

⁸⁷ Luis Villoro, *El proceso ideológico de la revolución de Independencia* (México, UNAM, 1983), p.21

⁸⁸ Cf. Pierre Bourdieu, "Campo de poder, campo intelectual", en revista *Criterios* (México, UAM-X, 26-28-XII, 1950), p.20

CAMPO DE PODER

CAMPO INTELECTUAL

CAMPO CULTURAL

Esta manera de explicar la injerencia del grupo en el poder sobre los diferentes campos de su dominio ilumina la situación, no sólo del estadium de "lo real" duchetiano, sino a la vez del valor y la vigencia de los "co-textos" y, por consecuencia, de los "socio-textos" característicos de aquel momento.

A principios de la vida independentista, la facción conservadora defendía celosamente sus raíces españolas (las que poco a poco fue sustituyendo por algunos modelos franceses), rendía culto al despotismo, confiaba en la validez del dogmatismo, de la verdad absoluta de la religión católica, defendía la enseñanza religiosa anticientífica difundida por la iglesia, privilegiaba las fuerzas de ésta y las heredadas por la realeza española; principios que, obviamente, contrastaban con los de los partidos liberales inspirados en las ideas políticas francesas pugnantes por la educación laica y científica, por la libertad de expresión de pensamiento, por la soberanía popular, la abolición de fueros y privilegios, y por la instauración de una república.

El predominio en el campo del poder del grupo conservador durante la primera mitad del siglo XIX, explica, de alguna manera, por qué la mayoría de los habitantes vivían acosados por la herencia de los modelos coloniales, la causa de la lentitud con que las nuevas ideas fueron acogidas por las mayorías, así como el motivo de la

desvinculación tan evidente entre el querer y el hacer de muchos de los pensadores del momento.

Esta panorámica dominante justifica, además, el porque de la desarticulación en la ideología de algunos escritores y, en general, de pensadores e ideólogos liberales de aquella época deslumbrados por el cambio y ansiosos de una identidad nacional, y de una participación mundial. Ideología que, al llevarla a la práctica, no se consolidó como tal; o bien no fue comprendida. Lo que vino a retribuir en un perfil de ideólogos liberales idealistas y apasionados por una propuesta verbal, muy distante de una pragmática. Esta característica desarticulatoria es de suma importancia tomarla en cuenta para acercarnos al comentario que haremos más adelante sobre el efecto de los materiales de lectura en la sociedad de principios de siglo, ya que nos permitirá comprender esos espacios tanto impuestos por la historia, como individuales, desde los que leyó el lector de aquella época.

Un buen número de los integrantes de la sociedad del siglo XIX, capaces de reaccionar al cambio, lo hicieron desde una actitud de asombro y desconcierto, debido a la confusión que les ocasionaba oscilar entre la tradición (que les impedía la comprensión objetiva de su realidad histórica) y cambios de modernización del momento. Actitud que consciente o inconscientemente se proyectaba en muchos de sus actos, como es el caso de los relatos literarios comentados en el capítulo anterior. Recordemos por ejemplo, las contradicciones bajo las que está construida la trama de sus relatos y, sobre todo, la reacción que muestran los escritores (a través de los protagonistas) frente a ciertas formas de conducta nuevas e ideologías liberales, respondiendo con el castigo o la represión, para terminar exaltando las conductas tradicionales. Argumentos en los que la misma contradicción revela las posturas antagónicas prevalentes en ciertos sectores de la sociedad: un espíritu de ruptura, pero a la vez, de continuidad en el pasado.

Y es que la primera mitad del siglo XIX fue un momento de transición entre la modernización y la continuidad de los modelos coloniales, los que a pesar del rompimiento político con la metrópoli española, quedaron presentes en el espíritu y el carácter de la gente, como una forma de su idiosincrasia.

Bajo estas circunstancias surge la imagen al exterior de un México que se dispone a apreciar un mundo diferente y deslumbrante con el que ansiaba alternar, pero que, aunado a su ambición por delimitar su imagen propia, le produjo serias contradicciones.

Nuestro México de 1820 había roto con la cabeza (España), con el centro, y había que reconquistarlo desde nosotros mismos. Pero... ¿Quiénes éramos nosotros?: un país pobre, con grandes problemas sociales, herederos de una cultura compleja, con una gran creencia en la religión y en la iglesia, y un espacio político en el que se debatían el ansia de dominio los conservadores y liberales, ¡pero eso sí! ambos con un claro sentido de confianza en la educación como la plataforma y sustento idóneo para estructurar el futuro social del país.

Si consideramos a la actividad educativa como la herencia a través de la cual las generaciones jóvenes retoman el estilo y los paradigmas de las generaciones adultas, "educar" resulta, consecuentemente, imponer en los educandos una serie de legados que, cuando menos, guardan cincuenta años o más de atraso. Es obvio que a las generaciones jóvenes estos parámetros les resulten distantes, ajenos; como lo fue la educación, durante las primeras décadas del siglo XIX, para algunos educandos que reaccionaron de manera semejantes.

Y si a ello sumamos el predominio del partido conservador en el poder, todas estas características nos van despejando mejor la causa de la lentitud con la que el pueblo fue familiarizándose con las nuevas formas y con el sometimiento al cambio.

Ciertos conceptos en torno a la educación referidos por algunos ideólogos, aparecidos en la época inmediata a la Independencia, expresaban ya esa necesidad de reformar la educación heredada por España. Entre ellos están los del estadista Lucas Alamán, defensor de los ideales monárquicos conservadores, quien expresaba que, sin educación, no podía haber libertad, por lo que proponía que ésta debía ser pública.

Sin instrucción no hay libertad, y cuanto más difundida esté aquella, tanto más sólidamente cimentada se hallará ésta. La convicción íntima de esta verdad ha empeñado al gobierno a procurar todos los medios posibles destinados a este importante objeto, luchando con las escasezes en que nos hallamos(...)

La educación moral y política debe ser el objeto de la enseñanza pública, y no sólo la mecánica de la lectura y la escritura. Debe proponerse quitar lo superfluo y establecer lo necesario; dedicar cada uno de los establecimientos a un ramo particular de la enseñanza, y dar una dirección uniforme a ésta.⁸⁹

Otro pensador preocupado por la educación fue José Ma. Luis Mora, doctor en Teología, opositor de Iturbide y de ideas liberales, quien atacó severamente el dominio que tuvo la Iglesia sobre la educación. Afirmaba que era urgente acabar con la educación monacal que se había venido practicando desde hace 300 años. Proponía imponer un nuevo modelo de educación libre, acorde al México Independiente:

Las tendencias del clero son perniciosas a la educación pública e impiden su difusión y mejorla porque las masas mejor educadas, tienden a emanciparse del dominio sacerdotal en que han estado tres siglos(...). Se cree que la educación nacional sea propiedad exclusiva de los ministros del clero y que esté basada sobre reglas monásticas(...). Se quiere que las materias que se enseñan sean las de los claustros, disputas teológicas que han pasado de moda hace medio siglo y de las cuales hoy nadie se ocupa; y se rehusa la enseñanza sobre la cual deben formarse a hombres públicos que tan grande falta hacen al país.

La educación de los colegios es más bien monacal que civil; muchas devociones, más propias de la vida mística que del cristianismo, mucho encierro, mucho recogimiento, quietud y silencio, esencialmente incompatibles con las facultades activas propias de la juventud (...). Al educando se le habla mucho, por

⁸⁹ Lucas Alamán, "Educación pública" aparecido en el periódico *Sabatina Universal* (México, 28 de septiembre de 1828), p.9

*los eclesiásticos sus instructores, de los deberes religiosos; se le recomienda imitar la vida de los santos. Nada se le habla de patria, de deberes civiles, de principios de justicia y honor; no se le instruye en la historia. De esta manera se falsea y desnaturaliza la enseñanza que es para conocer la verdad.*⁹⁰

Lorenzo de Zavala, ferviente federalista, renegaba del sistema educativo rígido y tradicionalista heredado de España, e insistía que la república necesitaba educar de otra manera a sus jóvenes. Como Alamán, creía que la educación era uno de los mejores resortes para lograr el progreso y el desarrollo del pueblo; pretendía cambiar la mente pasiva y obediente de los mexicanos y estuvo siempre en contra de una educación elitista.

La educación es uno de los resortes más poderosos para el gobierno de los pueblos. He observado que tres quintos de la población fueron eternamente abandonados a un género de vida puramente animal.

*En general, nada se enseña ni se aprende bajo la rutina de un rector que cuida únicamente de la misa, del rosario y de la vestimenta talar de sus colegiales. Lo que es necesario y considero como el fundamento de la sociedad en los Estados Unidos Mexicanos, es que se multipliquen las escuelas de primera enseñanza y se inviertan en ella todos los fondos que se desperdician en otra cosa.*⁹¹

Aunque largas, las citas anteriores nos proporcionan tanto la visión de la educación tradicional repudiada, como el perfil de la aspiración de una nueva educación que, evidentemente, para antes de la segunda república, resultaba una utopía. Por otra parte, nos permiten observar,

⁹⁰ José María Luis Mora, *El clero, la educación y la libertad* (México, Empresas Editoriales, S.A. 1949), pp. 107-128

⁹¹ Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones* (México, SEP., 1845), p. 22

además, esa inquietud latente por la educación que existía entre los ideólogos de cualquiera de las facciones políticas. Pero, sobre todo, nos ofrecen una imagen del espíritu tan incipiente y limitado que formó parte de la mayoría de la sociedad de principios y mediados del siglo XIX, como consecuencia de la práctica de una educación tan limitada.

La insistencia en la educación muy pronto fue canalizada a través de la lectura, aprovechando la proliferación periodística como medio accesible a las mayorías (motivo éste por el que nos inclinamos a convertirla en tema de esta investigación), ya que para mediados del siglo, la pugna educativa logró integrar dentro del sistema educativo:

- La creación de la compañía Lancasteriana.⁹²
- La reforma legislativa y educativa, emprendida bajo la administración de Valentín Gómez Farias (1833).
- La Constitución de 1857, que declaró en su artículo tercero la libertad de enseñanza.
- En 1867 la instauración que hace Don Benito Juárez del deber y derecho a una educación laica y gratuita, impulsando así la escuela primaria y preparatoria.⁹³

Mas antes de la instauración oficial de estos logros (1810-1860) las categorías básicas de la educación estuvieron circunscritas a los moldes coloniales. Al respecto afirma José Luis Martínez:

No obstante que los cambios culturales del XIX nunca se realizaron como una transformación violenta, o una ruptura, y a

⁹² Fundada por Bell Lancaster con el propósito de difundir en México la enseñanza mutua, este sistema suplía la falta de profesores, ya que consistía en que el maestro en lugar de ejercer de modelo director su tarea de instructor, aleccionaba a los alumnos más aventajados, quienes posteriormente transmitían la enseñanza a los demás niños. Cf. Francisco Larroyo, *Historia comparada de la educación (México, Formas, 1986)*, p.22

⁹³ Cf. Julio Castillo Salas, *La educación como una decisión jurídica. política fundamental* (México, tesis, Fac. Derecho, UNAM, 1975), pp.21-23

*pesar de los obstáculos y las limitaciones que siempre tuvieron las actividades culturales, la evolución que se efectuó de un extremo a otro del siglo, fue enorme.*⁹⁴

Así la situación del contexto del momento y la disposición de los lectores para enfrentarse a la lectura, velemos ahora cuál fue el legado y el papel que ejerció la lectura en la configuración del mundo de sus lectores.

IV.3 EL EFECTO DE LA LECTURA Y SU PARTICIPACIÓN EN LA FORMACIÓN SOCIAL DE LOS LECTORES DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX MEXICANO.

La exposición somera sobre las condiciones de vida del momento que nos ocupa, ofrecidas en el apartado anterior, resultan comentario indispensable para tener una visión más clara del momento real y del "contexto" que sirvieron de marco a nuestra investigación. Sin el acercamiento de estas condiciones que filtrándose dentro del ambiente perfilaron la vida de los sujetos sociales, no podríamos encontrar sentido al presente inciso en el que abordaremos aspectos sobre la contribución que tuvieron las lecturas para la sociedad de la primera mitad del siglo XIX.

Como advertimos en el espacio dedicado a mencionar las consideraciones teóricas necesarias para fundamentar esta parte del trabajo, el perfil de lector que tomaremos en cuenta para hablar del efecto que causaron en él los materiales de lectura analizados será (como quedó dicho anteriormente), el del lector perteneciente al propio aquí y ahora del acto escritural, lector real.

Los materiales de lectura que nos servirán de apoyo serán los descritos en el capítulo anterior, nos concentraremos en el comentario

⁹⁴ José Luis Martínez, "México en busca de su expresión", en *Historia general de México*, Tomo III (*México, Colegio de México, 1976*), p. 283-

específico de uno de los géneros que integran dichos materiales y en el tratamiento de uno de sus temas:

- La mujer y su mundo (tema)
- El artículo, o ensayo periodístico (género)

Tomando en consideración que los principios que se establezcan sobre el efecto que produjeron (este tema y esta lectura específicos) en la formación del pensamiento de sus lectores, es análogo a como funcionaron algunos otros temas en los demás materiales.

Como se pudo observar, el tema sobre la mujer y su mundo constituyó un motivo recurrente tanto en las revistas dedicadas a la mujer como en los relatos literarios, los silabarios y los catecismos.⁹⁵

Aunque en relación al pensamiento actual, los materiales de lectura revisados refieren las limitaciones que tenía la mujer de principios del XIX en casi todos los ámbitos de la vida de aquel entonces; en muchos de ellos su tratamiento advierte, además, ciertos indicios de modernidad, presentes no sólo en cuanto al hecho mismo de permitir que el tema femenino (tan relegado) ocupara espacios publicables, o contara con números periodísticos especiales sino, sobre todo, por la cosmovisión que algunos de sus tratamientos ofrecen en torno a una nueva imagen del ser mujer.

A un siglo de distancia de la producción de los materiales estudiados, resulta interesante traer a colación el libro de Donald Lowe *Historia de la percepción burguesa*, en el que se nos ofrece, a manera de retrospectiva, los cambios diferentes por los que a través de la historia (antes y durante la instauración de la burguesía) ha transitado el paradigma del ser mujer y el de su misión en el mundo. Visión que resulta interesante de considerar en esta parte del trabajo, ya que en ella explica Lowe claramente cómo los conceptos de las relaciones del hombre y de la mujer en el hogar fueron cambiando hacia la forma de las sociedades burguesas (en contraposición a la sociedad feudal) que se fueron

⁹⁵ Sobre todo en aquellos que, al final, incluyeron una vida ejemplar de algún santo.

imponiendo y limitando espacios pertinentes a ella. Sobre esta dinámica que sufrieron los estereotipos de mujer, pareja, hombre, etc. afirma Lowe que, dentro de las formas burguesas, el cambio de valores que trajo consigo la implantación de estructuras capitalistas produjo una visión plenamente diferente a las instauradas por los modelos feudales.

En la *Historia de la percepción burguesa*, explica su autor que, al instaurarse las formas burguesas, los espacios se delimitaron severamente cambiando tanto para el hombre como para la mujer. El espacio dentro del hogar se destinó a la mujer y el de fuera al hombre. Y junto a este designio, se impusieron también los papeles que cada cual debía desempeñar en su respectivo espacio:

La sociedad burguesa consolidó la intimidad, promovió la superación del lugar de trabajo y del hogar (...) La diferencia de los papeles sexuales corrió paralela a la separación del lugar de trabajo y la familia privada. El varón se iba a trabajar, mientras la hembra se quedaba en el hogar (...)

La aguda demarcación de los espacios públicos y privados en la sociedad burguesa institucionalizó la oposición contemporánea entre razón y sentimiento y entre hombre y mujer. De hecho el hogar burgués se convirtió en el lugar del sentimiento feminizado. Pero ni el sentimiento ni la feminidad fueron completos, cada uno tenía su bifurcación burguesa; la otra cara de la moneda de los conceptos igualmente deformados de razón y masculinidad.⁹⁶

Muchas de las lecturas del siglo XIX alusivas al tema presentan ya gérmenes de estas vivencias pequeño burgueses expuestas por Lowe y, sobre todo, la aparición de un intento notorio por reforzar la imagen del nuevo papel de la mujer en el nuevo espacio que vino a designarle el sistema moderno: la casa. En el fondo, su papel resulta muy familiar al de ciertas conductas tradicionales, heredadas desde arquetipos coloniales

⁹⁶ Donald Lowe, *Historia de la percepción burguesa* (México, FCE, Breviario 430, 1986), p.139

muy vinculados con los valores del cristianismo. *La influencia de la mujer es decisiva, es la más poderosa en el hogar doméstico, donde ella reina esparciendo cansancio, placeres y desesperación*, decía Francisco Zarco en uno de sus ensayos.

Aunque al leer las líneas de este fragmento que en torno a la mujer ofrece la Enciclopedia Británica (1842), nos parecerían desde hoy obsoletas, constataremos que son muy semejantes a las que conforman nuestros textos estudiados y, aún más, todavía presentes dentro del contexto neoliberal actual.

*El hombre, audaz y vigoroso, está calificado para ser protector; la mujer, delicada y tímida, necesita protección. Por tanto, el hombre nunca admira a la mujer por poseer fuerza física y valor personal. Como protector, el hombre ha sido designado por la naturaleza a gobernar; la mujer, consciente de su inferioridad, está dispuesta a obedecer. Los hombres tienen penetración y juicio sólido que les capacita para gobernar, las mujeres tienen entendimiento suficiente para presentar una figura decente bajo un buen gobierno; una proporción mayor provocaría una peligrosa rivalidad entre los sexos que la naturaleza ha evitado dándoles distintos talentos. Las mujeres tienen más imaginación y sensibilidad que los hombres, lo que hace sus goces más exquisitos, al mismo tiempo de estar mejor calificadas para comunicar un goce.*⁹⁷

En relación a los conceptos cerrados que refiere esta cita, advertimos que en algunos materiales de lectura estudiados aparecen ya (consciente o inconscientemente) indicios de apertura y la muestra de una inquietud implícita por abrirse al mundo, propagando así los gérmenes de los nuevos parámetros modernos, bajo cuya lectura se iba transmitiendo poco a poco la configuración de esa nueva sociedad recién nacida a su autonomía.

⁹⁷ Enciclopedia Británica, volumen trece Tr. Juan José Utrilla (Chicago, William Benton Publisher, 1968) p5377

Desde luego, la sociedad lectora, seguidora o no de estos nuevos paradigmas femeninos, era mínima. Sólo aquellas élites que dentro de sus alcances y posibilidades sociales, económicas y culturales, lograban tener acceso a las lecturas eran las que se integraban a ellos. Pero, aunque minoría, sí podemos ubicarlos ya como promotores germinales de estas nuevas maneras de vivir, que no llegaron a instaurarse en su totalidad sino hasta el siglo XX, momento en el que podemos advertir no sólo su presencia, sino su crisis y destructividad, sobre todo a partir de los años sesenta.

Así, como el tema en las lecturas vinculado con la mujer y el hogar, homológamente se fue dando el proceso de cambio de otros paradigmas más en la sociedad lectora de la primera mitad del siglo XIX. Iniciándose entre la aceptación de un núcleo social reducido y exclusivo de la sociedad, hasta introducirse poco a poco como las nuevas maneras que regirían las formas de vida. Tal fue el proceso que siguió la mentalidad monetarista que ahora nos invade, que comenzó a generarse con la admiración y la necesidad por el dinero asumido éste, en su primer momento, como símbolo moderno connotador del confort y prestigio social pequeño burgués, modalidad hallada también dentro del tratamiento de ciertas publicaciones en los materiales que nos ocupan. Varios artículos lo expresan, al igual que ciertas narraciones literarias, en donde se alaba ya al dinero como signo de confort, de buena educación y de reputación social. Categorías que pronto propiciaron la conformación de una pauta de vida a seguir, de las mayoría de un grupo social, caracterizado por una vida mediocre y aparente que, como advertíamos en el capítulo anterior, fue una de las particularidades de las nuevas clases pequeño burguesas.

José T. Cuéllar y Francisco Zarco aluden irónicamente a este materialismo, y sus apreciaciones ya pueden considerarse proféticas para el momento en que fueron escritas:

Siendo el dinero el gran fin de los deseos de los hombres de todas las clases y condiciones, bien merece un lugar en esta obra.

*Bien puede cualquiera tener novias y queridas y después mujer, y gozar de tranquilidad conyugal, y tener fama de literato, y de valiente y de patriota, y de santo, y tener muchos amigos, y es muy elocuente, y ocupar grandes empleos, y ser socio de todas las academias y de todas las instituciones del mundo; pero si no tiene dinero, ¿Qué será de él? Nada, absolutamente nada, y ni fama, ni gloria, ni talento, ni el valor le proporcionarán medios de vivir tranquilo y satisfecho, es decir, en su casa cómoda y bien amueblada, con buena mesa, con muchos criados, y pudiendo comprar mil bagatelas que de nada sirven pero que son bonitas a la vista. Para tener esto, es preciso tener dinero.*⁹⁸

Desde luego, estos principios traían consigo una nueva forma de percibir la vida, de vivirla y de asumirla, los que poco a poco fueron instaurándose dentro de la sociedad hasta imponer su dominio (durante todo un siglo), configurando la historia de las clases medias, tan diversas y diferentes, según los distintos espacios y culturas a los que pertenecían.

Independientemente de considerar algunos de los textos referidos transmisores de dichos paradigmas a los lectores, estos mensajes, en sí mismos, resultan una huella de modernidad naciente (sobre todo durante la primera mitad del siglo XIX), contenedores ya de marcas que fundamentarían la afluencia de estos parámetros; cimientos de nuestra sociedad recién libre e independiente de aquel entonces.

Sin poseer dato alguno que nos familiarice con su contexto (siglo XIX), al leer la cita anterior, y la que ofreceremos a continuación de Francisco Zarco, también relativa al dinero, seguramente muchos de los lectores caerían en la cuenta de que se trata de un mensaje que refiere nuestras condiciones actuales de vida capitalista.

El mundo aplaude cuando se presentan bienes de fortuna y nunca indaga qué medios se emplearon para adquirirlos. El

⁹⁸ Francisco Zarco, Op. Cit., p. 45

*mundo tiene una juiciosa filosofa: todo lo que es apariencia le entusiasma; así, el que quiere su admiración, debe procurar estar muy bien vestido y tener un aire de extraordinaria petulancia. En el gran mundo, conviene hacer mucho ruido, un ruido que aparente, haciendo cosas notables que llamen la atención, no importa que sean buenas o malas.*⁹⁹

*Creéis conocer a mucha de la gente que lucha por mantener su posición. Pues os engañáis, porque sólo conocéis apariencias, sólo veis la parte exterior del hombre, y si queréis estudiarlo a fondo, preciso es que lo sigáis al hogar y lo espiéis por las hendiduras de la alcoba (...). El matrimonio es una carga pesada para él. Ella tiene lujo, tiene criados, se pasea, se divierte, recibe visitas, el mundo cree que es feliz, pero ella que es casada, no tiene marido. El marido y la mujer viven como extraños.*¹⁰⁰

Desde luego cualquier tipo de comparación resulta peligrosa, ya que automáticamente nos remite a establecer juicios o jerarquizaciones. Sin embargo, desde las primeras líneas de este trabajo señalamos que éstos no serían nuestros propósitos particulares. Lo que sí podemos advertir, a partir de esta comparación, es la movilidad y el devenir de los seres humanos, según las particularidades co-textuales, y la conciencia ideológica de cada cual. Pues mientras en el siglo pasado las condiciones expuestas en los artículos de Zarco comenzaban a instaurarse, y sólo pertenecían a las aspiraciones de vida de un número reducido de la sociedad, en la actualidad nos resultan familiares debido a su práctica generalizada. De aquí que la lectura de estos ensayos en el siglo pasado, por su escasa presencia pudo haber generando sentidos diversos en la comprensión de sus lectores, dictados por el contexto social y particular de cada cuál. Y según las características propias de la socialidad y subjetividad de los lectores, el texto iba presentando más cambios que entre los receptores actuales. De aquí que las reflexiones

⁹⁹ Ibid. p.39

¹⁰⁰ Ibid. p.40

proféticas de Francisco Zarco, externadas en torno a ese nuevo grupo social en proceso de formación, al ser leídas desde nuestro contexto actual, nos parezcan (al igual que las del tema de la mujer y su mundo, comentado líneas arriba) tan familiares y, hasta probablemente, obsoletas.

En el inciso anterior del presente capítulo, hacíamos alusión a las características que Gabriel Careaga atribuye como propias de la clase media, cuya génesis, afirma, surge precisamente en aquella época y dentro de las condiciones a las que nos hemos venido refiriendo. Orígenes que, efectivamente, podemos observar en muchas de las maneras expuestas en los artículos del periodista Francisco Zarco y que, debido a la metamorfosis social sufrida por esta clase entre el siglo pasado y el nuestro, hoy en día nos permite leerlos reconociendo sus esquemas como discursos totalmente actuales, quizás hasta ya superados por una buena mayoría de lectores de nuestro momento que, a pesar de ello, les resultan cercanos.

Desde las condiciones de lector real, esta movilidad vuelve a hacerse presente cuando atendemos al aspecto relativo a la heterogeneidad extrema de la sociedad de nuestro México durante la primera mitad del siglo XIX. Como ya habíamos advertido, dentro de este momento las condiciones de analfabetismo constituyeron uno de los problemas mayores por resolver. Un México en el que la mayoría de su población estaba compuesta por indígenas aún no incorporados a las formas de civilización, en el que el acceso a la educación era privilegio de unos cuantos, y en el que deambulaban tantos prejuicios en torno a la educación de las mujeres, no podía ser un país homogéneo en oportunidades. Esta heterogeneidad, repito, es la que nos permite perfilar las particularidades y diferencias de contextualización de ese sujeto social, enmarcador de esa variedad de discursos que correspondían a distintas condiciones.

Si a este perfil de lector real (o sujeto social) sumásemos las restricciones particulares de cada lector, las condiciones de lectura se tomarían cada vez más inasibles. Mas, aun conscientes del relativismo que implica tomar la categoría del lector real como representación cerrada y única, dentro de la triada (autor-lector-obra) aquí utilizada, lo haremos de acuerdo al criterio que W. Iser, quien distingue como lector

real a aquel receptor del momento perteneciente al espacio específico donde la creación fue generada. Tales límites nos conducen de nuevo a preguntar ¿cómo leyeron los lectores del siglo XIX estos textos? y ¿qué legado formativo les dejaron esas lecturas?

Desde luego entre quienes sí leían, como privilegio de su condición social, hubo quienes lo hicieron desde la actitud de asumir y aceptar las nuevas formas, de practicarlas, de proponerlas e instaurarlas como símbolos de modernidad y de apertura. Hubo otros que, si bien las aceptaron, lo hicieron demostrando con ciertas reservas respondiendo a su experiencia particular, tan arraigada aún a las categorías tradicionales. Pero hubo otros más que respondieron negativamente a esos nuevos parámetros desde una actitud de franca renuncia a su sometimiento.

En síntesis, estas fueron las tres posibles formas de respuesta que en torno a los materiales de lectura tuvieron los lectores del siglo pasado, las que según fuesen recibidas, ya por un lector con ideología liberal, o por otro más conservador, los principios expuestos en sus páginas eran rechazados o aceptados plena o relativamente, según el caso.

Según los pormenores políticos y sociales tan cercanos a la postura conservadora (como hemos venido perfilando como prevalente en la mayoría de los miembros de la sociedad de la primera mitad del siglo XIX), de las tres posibilidades de respuesta frente al texto mencionadas anteriormente, es natural que predominó aquella que se opuso a toda muestra de transformación radical en cualquiera de los ámbitos de la vida. Actitud que cambió a medida que el dominio de los liberales cobró presencia, hasta quedar semirrelegada. Este proceso nos remite de nuevo a advertir lo complejo que resulta el poder referimos unilateralmente a los cuestionamientos planteados sobre quienes leían y quienes escribían durante la primera mitad del siglo XIX, que afronte y explique las preguntas con una visión unívoca y precisa.

Esta misma característica de desplazamiento y de inestabilidad se nota también en la manera como están escritos los materiales de lectura. Curiosamente, dentro de las primeras décadas del siglo, descubrimos cómo los textos empleaban un estilo y un tono totalmente imperativo, condicionante, tendiente a destacar una preceptiva que exalta los

criterios moralistas, promotores de ciertos valores propagados mediante un tenor muy cercano al deber ser. Mientras que, para fines del siglo, encontramos textos de ciertos autores, cuyo tratamiento y estilo resulta más bien crítico e irónico, alrededor de tales principios.

Por consecuencia, por lo que a los emisores concierne durante la trayectoria del siglo XIX, los materiales de lectura, ya conservadores, ya liberales (según fuesen respaldados por el campo de poder vigente ¹⁰¹), se debatían entre la ruptura y la continuidad, según se tratase de un lector liberal o de uno conservador.

Acerquémonos a explicar la interacción texto-lector procesada por la sociedad y la cultura del siglo XIX, tomando en consideración algunos criterios de W. Iser.

Aunque los criterios del teórico alemán, en su obra *El acto de leer*, están más encaminados a explicar los efectos estéticos experimentados en el receptor a partir de su contacto con la obra de arte literaria, tomaremos de esta preceptiva sólo algunos de sus principios, compatibles con la de los enfoques coincidentes a los comentarios alusivos en este espacio.

A lo largo de su propuesta fenomenológica, Iser habla de los "vacíos de indeterminación". Según él, el distanciamiento producido entre el acto creativo y el acto de la lectura de un texto forma un vacío. Es decir, que entre el momento de la terminación de la escritura del libro y el momento en que un lector lo activa mediante la lectura, pasa un lapso de tiempo considerable, que es lo que él denomina "vacío de indeterminación".

Este vacío tiene que ser llenado por un lector, más o menos lejano al acto escritural, haciéndolo desde sus propios parámetros o competencia lingüística que propician que un texto no sea uno, ni único, cada vez que admite ser leído.¹⁰²

¹⁰¹ Según la gama de superposiciones de campos generados a partir el campo de poder, explicados en las PP 87-88 de este capítulo

¹⁰² En el caso de un "Lector real" (como es el modelo tomado para el enfoque de la tesis), estamos frente a un lector menos lejano de las condiciones enunciativas de la creación. En el caso de un "lector ideal" se trata de un receptor más lejano contextualmente al texto.

Este criterio iseriano admite un comentario más explícito sobre los dos elementos que producen el vacío indeterminado: entre el texto y el sujeto lector. Roman Ingarden explica esta unión, aparentemente bifurcada: texto-lector, de la siguiente manera:

*La obra literaria posee dos polos que se podrían denominar el polo artístico y el polo estético. El polo artístico designa el texto creado por el autor y el polo estético designa la concretización efectuada por el lector*¹⁰³

Independientemente del distanciamiento dado en un discurso, un texto, desde su polo artístico y desde su disponibilidad de objeto creado por palabras, representa y alude siempre a algo. El significado que las palabras representan existe a pesar de las diversas reacciones que puedan provocar en los distintos lectores. Un texto ni puede reducirse a un significado determinado y único, ni someterse al testimonio de su propio contexto, sino que éste es moldeable a muchas otras posibilidades de tiempo, de espacio y de mentalidades. Esta es la razón por la que, desde un principio, hemos venido insistiendo que en este trabajo tales características, en las que fundamentamos los criterios de nuestra investigación, son concretamente: "el lector del aquí y del ahora del acto enunciativo".

Mas, limitado de esta manera el lector receptivo al que nos referiremos, resulta aun peligroso llegar a comentarios generalizadores debido a las condiciones de heterogeneidad sociales y culturales que caracterizaron a la población del México de ese momento.

Para que la interrelación comunicativa entre texto y lector se establezca de algún modo, la actividad generada en el contexto de abstracción del lector a partir de la lectura, debe ser motivada e inspirada por, y desde el texto. Los dispositivos que propician la secuencia de decodificación deben, tanto iniciar la comunicación, como controlarla. Es

¹⁰³ Cf. Gerald Nyenhuis, *Roman Ingarden y la obra de arte literaria* (México, edición particular, 1985), p. 23

decir, que la comunicación propiciada por el texto en su totalidad es regulada por éste, a partir de estrategias implícitas o explícitas, y encubiertas o reveladas de sus componentes. Las marcas reveladas, manifiestas y explícitas del discurso serán las que, generalmente, controlan la comunicación específica o preestablecida de éste; y las señas implícitas, latentes y encubiertas, la ambivalencia, la apertura y la libertad del texto, en relación a las marcas que lo cierran .

Un discurso en el que predominan las formas abiertas, bien podría tomarse como prototipo de lo que Roman Jakobson denominó "función poética", y aquel en el que abundan los recursos cerrados estaría más cerca de propiciar una función referencial, la apelativa e, incluso, la metalingüística.

Blancos y negaciones controlan el proceso de comunicación cada cual según su manera particular: Los blancos dejan abiertas las conexiones entre perspectivas del texto, impulsando al lector a coordinar esas perspectivas, -en otras palabras, inducen al lector a realizar operaciones básicas en el texto. Los distintos tipos de negación invocan elementos familiares y determinados sólo para descartarlos. Lo que se descarta queda a la vista produciendo de esta forma modificaciones en la actitud del lector hacia lo familiar o determinado- en otras palabras, se le conduce a adoptar una posición en relación al texto.¹⁰⁴

La cita anterior de Iser ilustra más claramente cómo la interpretación de la lectura se origina a partir de las propias estrategias expuestas en el texto, que van motivando y generando ideas, así como reviviendo experiencias en su lector evocadas por el repertorio mismo del discurso. Sin embargo, es interesante tomar en cuenta esta otra consideración iseriana:

¹⁰⁴ Wolfgang Iser, *El acto de leer*. Op. Cit, p. 157., el subrayado es nuestro

La estructura de un texto no podrá cumplirse cuando el lector rehusa a que acontezcan cambios en él mediante los espacios abiertos; en otras palabras, cuando no está preparado más que dentro de las formas y normas ortodoxas que corporeizan un sistema que cubre todo los aspectos de la vida, que por tal, no pone nada en cuestión. (...) Transforma así los segmentos del texto en proyecciones recíprocas, las que a su vez organizan el punto de vista del lector en un campo referencial. Es entonces cuando el punto de vista del lector no puede proceder arbitrariamente, ya que siempre actúa como un ángulo desde el que es difícil hacer una interpretación selectiva.¹⁰⁵

Durante el capítulo uno de la investigación, aludimos a los cuatro modelos de lectores propuestos por Mijail Bajtin, y dijimos que, de éstos, fueron dos los que predominaron entre los lectores del siglo XIX: Los que se limitaron a aplicarlo, y los que se prepararon para la ejecución de una orden allí implícita.

Aunque sabemos que es imposible y peligrosa una generalización de este tipo, la prevalencia de lectores real que asumimos aquí como única, respaldada por las circunstancias socioculturales del momento y por el tipo de textos a los que tuvo acceso, es la de un lector que podemos encajonarlo dentro de estos dos modelos pasivos de recepción bajtinianos (el que aplica órdenes, y el que se prepara para su ejecución), y, a su vez, inferir que la comprensión de las lecturas a las que tenía acceso la hizo más superficial y pobre, atrapado en la línea del convencionalismo social.

La graduación receptiva de un texto se genera de la superficialidad de la lectura a la profundidad del lector, y depende de la calidad formativa y de las características culturales de los lectores. El lector real del siglo que nos ocupa como hemos venido observando, a pesar de su oportunidad y privilegio social como "público lector", estaba más cercano a aprehender sus lecturas desde los parámetros de censura y encierro coloniales, como respuesta a una formación y una educación

¹⁰⁵ Wolfgang Iser, *Ibidem.*, p.163, el subrayado es nuestro

severamente cimentadas por principios tradicionalistas, casi monacales, como bien lo afirma José María Luis Mora.

Por otro lado, al observar las estrategias compositivas de los materiales de lectura expuestos en el capítulo anterior, podemos destacar cómo en todas ellas persiste una constante educativa y moralizadora evidentes y capaces de atrapar y persuadir a los lectores. Quienes al contacto con las mismas quedaban presos fácilmente, frente a aquellos textos carentes de espacios en blanco (o espacios de indeterminación) que les brindaran la oportunidad de participar a su antojo en la significación de su lectura, quedando así inmersos en la intencionalidad del autor. Es decir, que las propias expresiones formales de los textos propiciaron a sus receptores hacer una lectura denotativa, la que, a manera de paráfrasis, tendió a quedarse en ellos más con su sentido de convenio cultural, que como una lectura abierta, rica y reveladora de afluencias ideológicas particulares.

Por otro lado, las condiciones culturales jugaron un papel muy importante en el lector, ya que las situaciones y convenciones sociales de éste eran desde las que, precisamente, se imponían y regulaban las marcas que se iban generando tanto de los espacios vacíos, como de los cerrados del texto. Por lo general, estas marcas suelen estar guiadas y resueltas por la serie de paradigmas apriorísticos, que van definiendo la lectura a partir de un marco de referencias culturales comunes, producidas por la interacción social de un sujeto lector pero que a su vez admiten ser trascendidas.

Cada época histórica y cada espacio geográfico imponen un sentido propio a cada una de sus producciones artísticas, que serán pasadas por alto y distorsionadas por receptores posteriores. Mas a la luz de este sentido cultural, es bajo el que se propicia en un texto lo que Jauss ha llamado "el potencial de sentido", el cuál va variando según la sociedad o la competencia lingüística del lector, quien va desterrando la existencia única de posibilidad de decir de un texto, para crear el suyo propio. Es así como la palabra, por medio del habla, divide al texto en textos, y al lector en lectores. Sin embargo, afirma Bajtin:

*El diálogo interno social de la palabra necesita la revelación del contexto social concreto de la misiva que define toda su estructura estilística, su "forma" y su "contenido" pero no desde el exterior, sino desde el interior, porque el diálogo social es la palabra misma en todos sus elementos, tanto contextuales como formales.*¹⁰⁶

Esta relación de la palabra con el contexto social es en la que descansa el motivo de muchas de las estrategias empleadas en las estructuras de los materiales de lectura del siglo XIX, que van desde un peculiar uso de letras hasta ideologías, pasando por frases y palabras, tales como:

- Letras (muger)
- Palabras (damitas)
- Frases (bello sexo)
- Enunciados (condicionales, sentencias)
- Ideologías (categorías éticas en torno a: bondad, maldad)
- Estructuras (transgresión = castigo)

Estrategias que se convierten en vertientes conductistas explícitas y herméticas, o bien abiertas, pero que en la mayoría de los lectores del siglo XIX resultaron contar con muy pocas posibilidades para poder ser evadidas o argumentadas, enjuiciadas o valoradas por ellos, sobre todo en un momento en el que la conciencia y convicción del público lector, se debatía entre el asombro y la ambivalencia, la inseguridad a la apertura y el cierre, ante los deseos enormes de transformación.

Toda esta reflexión en torno a ciertos conceptos receptivos fenomenológicos, relacionados con la interacción lector-texto, son la base para comprender el comentario final de este trabajo: ¿Qué provocó

¹⁰⁶ Mijail Bajtin, *Teoría y estética de la novela*, Op. Cit., p.117

la lectura en las mentes y el pensamiento de los lectores, durante la primera mitad del siglo XIX?

A través del desarrollo del tercer capítulo del trabajo nos referimos a señalar qué leía la sociedad mexicana durante el período 1810-1850. En el inciso dos de este mismo capítulo y en el segundo de esta investigación, dimos respuesta a las interrogantes, sobre quiénes y desde qué contexto leyó el público durante esa primera mitad del siglo. Toca ahora ofrecer una respuesta sobre la consecuencia de esas lecturas, y su injerencia en la formación social de los lectores.

Desde luego que, dentro de estas consideraciones finales, vamos a retomar los siguientes presupuestos fundamentales:

1. Que, debido a las circunstancias históricas del país, la sociedad lectora fue un número reducido, que podemos ubicarlo mejor entre la clase acomodada económicamente.
2. Que dentro de la vasta posibilidad de lecturas generadas por la interrelación texto-lector, tomaremos la más cercana a la transmisión de sentidos convencionales, alusivos a las referencias de sentido lineal dogmático, y que, debido a las estrategias del texto y al perfil de lector de aquel momento, provocaron en éste muy poca reacción de apertura y controversia frente a las categorías expuestas, debido a que, como ya lo señalamos, la actitud crítica y polémica fue más evidente después de la segunda mitad, y a fines del siglo XIX .
3. Que el lector al que nos referimos en el término de estos comentarios finales será el que hemos venido ubicando como lector real, según las propuestas iserianas.
4. Que los comentarios sobre la interacción texto-lector las contemplaremos desde los propios horizontes enunciativos socioculturales del contexto en el que se propició tal interacción.

Según el panorama de vida descrito a lo largo de este trabajo, durante la primera mitad del siglo XIX, nuestro país pasaba por un período de cambio y ambivalencia, oscilante entre la tradición y la

modernidad. El nacimiento a la vida independiente significó para México la ruptura con la Metrópoli Española, pero también un nacimiento y una asimilación de la modernidad europea. Acontecimientos que, entre otras cosas, incrementaron en la sociedad el deseo de regreso y búsqueda de lo propio y del reencuentro con sus raíces y con su identidad nacional.

La apertura al mundo, impuesta por el seguimiento de modelos franceses e ingleses, se antepuso a las visiones y maneras feudalistas instauradas por España durante la colonia. Tal cambio tan drástico, chocó con el compromiso de la estructuración política de México como país independiente, terreno en el que, desde luego, para lograrlo, se debatió entre las dos posturas ideológicas interesadas por construir y administrar el país: conservadores y liberales. Era de esperarse que el grupo conservador tomara la delantera sobre el liberal, ya que contó con características más poderosas que se impusieron mediante su dominio económica. Pese a ello, estas formas hegemónicas no fueron asumidas ni acatadas sumisa y llanamente por la sociedad en general. Muestra de ello es el relativismo presente en los materiales de lectura analizados, que no podemos reducirlos exactamente a un único modelo; así como ni a los distintos tipos de lectores. Mas aludiendo a las constantes educativas, moralistas y preceptivas permeadas como temas característicos de muchos de los textos analizados, y tomando como modelo al lector real, que por sus raíces formativas quedaba ubicado más cerca de la tradición que de las nuevas formas, podemos afirmar que dichos textos tuvieron mucha influencia en los lectores.

¿Cuáles eran estas nuevas formas? Obviamente aquellas que no eran identificables con las tradicionales ya existentes y las cuales, por sus características, correspondieron a las nuevas categorías de percepción pequeño burguesas recién exportadas, tales como: reconocimiento de la mujer, importancia del hogar y del matrimonio para arraigar el prestigio de la vida del hombre, el atractivo por el valor del dinero, la apariencia y superficialidad en los conceptos y actuaciones de vida que desemboca en la conformación de valores materialistas, la delimitación de los espacios de trabajo según los géneros, el nuevo prototipo de mujer, etc. que en el fondo, formaron en conjunto el germen de los nuevos parámetros pequeño burgues, gérmenes del perfil de la clase media que tendrá durante dos siglos la dirección de la vida social y cultural de México.

Desde luego, esas nuevas formas fueron asumidas tal cual por los receptores sin alguna reflexión o consideración previa, que tuvieron que predisponerlo a una disposición en la que preponderaron las formas y actitudes sentenciosas con las que se expresaron estas categorías en los textos,¹⁰⁷ las que por su intención implícita, al ser leídas, se acataron inconscientemente como sinónimo de prestigio, de modernidad y de cambio. Sobre todo cuando consideramos el perfil general de la sociedad lectora de aquel momento, cuyos rasgos distintivos persisten aun en clases medias de la época actual.

Resumiendo, desde ese espacio contextual tradicionalista, producto inmediato de una cultura colonial que legó a las generalidades el común denominador de los paradigmas medievales desde los que, por su cercanía, fueron base receptiva de las formas nuevas pequeño burguesas, por la connotación novedosa que tales formas representaban para la sociedad, se vincularon en el fondo con la necesidad de romper e innovar muchas instancias de vida, instaurándose sin la oposición, o reacciones contrarias de las muchedumbres. Acogimiento en el que tuvo que ver el ambiente de libertad y de predisposición al cambio, esperado e inspirado por muchos de los sectores de aquella población en proceso y vísperas de construcción.

El asentamiento de estas nuevas formas (punto de partida de las futuras perspectivas modernas y pequeño burguesas), no fueron auspiciadas únicamente mediante la imposición de la lectura, sino que podemos decir que ésta sólo contribuyó en parte para su instauración, pero, ¿qué con las formas tradicionales, tan severamente arraigadas en el contenido de los discursos de esas lecturas? Su presencia viene a demostrarnos, precisamente, ese período tan importante de transición del pensamiento mexicano que experimentó la sociedad de la primera mitad del siglo tan similar a su devenir histórico que, entre otras cosas, viene además a demostrarnos lo difícil que resulta la asimilación de un cambio de paradigmas,¹⁰⁸ sobre todo durante ese lapso de mutación, oscilante entre el destierro y el cambio, proceso propiciador de un estado de incertidumbre y de ambivalencia en la experiencia interna de quienes

¹⁰⁷ Cf. Capítulo tres y página anterior de éste.

¹⁰⁸ Explicado a la manera de Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas*, Op. Cit. cap. I-III

lo vivieron, que es lo que, precisamente, caracterizaría a la sociedad de ese momento como híbrida.

En el México de la primera mitad del siglo XIX, integrada por receptores más vinculados al pasado español, algunos ortodoxamente tradicionalistas, y otros más cuyo asombro ante la modernidad les deslumbraba chocando con aquellos de una mentalidad prejuiciada ante las formas heredadas, los textos fueron asimilados desde un contexto más enclavado en su pasado que en el presente. Y, como acentuábamos líneas arriba en una cita de W. Iser, *cuando el lector no está preparado más que en las formas y normas ortodoxas que corporeizan un sistema que cubre todos los aspectos de la vida (el lector) no pone nada en cuestión*,¹⁰⁹ el lector del siglo XIX asumió sin cuestionar.

Sin poner en tela de juicio los nuevos principios, asimilándolos junto a las estructuras de herencia tradicional, fue como las nuevas formas de vida moderna fueron: primero, compartiéndolas con las conservadoras, remplazándolas poco a poco hasta llegar a instaurarlas en su totalidad dentro de las sociedad, para después de un siglo y medio de arraigo (o antes, como mostramos con algunos de los autores analizados), comenzar a ser criticadas e ironizadas, como una manifestación de repudio y de cansancio por sus practicantes.

¹⁰⁹ Wolfgang Iser, Op. Cit., p.163.

CONCLUSIONES

Como advertimos en la parte introductoria de la investigación, nuestro propósito no fue llegar a establecer apreciaciones estrictas de literariedad, juicios de valor, o puntos de vista críticos sobre las obras y los autores trabajados. Nuestra propuesta expone los hallazgos producidos a través de la interacción propiciada entre el lector, el texto y los materiales de lectura seleccionados de la primera mitad del siglo XIX.

Para lograr nuestros propósitos, acotamos que no nos concentraríamos únicamente en textos literarios, sino que, en base a la etimología del término "literatura", proveniente del vocablo latino "Litterae" (que designa todo lo elaborado mediante la letra, palabra), incluiríamos también algunos materiales elaborados mediante el código lingüístico.

Para el análisis de los materiales seleccionados, nos apoyamos en dos de las corrientes epistemológicas de actualidad: La Fenomenología (concretamente, en la escuela de Constanza) y la Sociocrítica (que presta especial importancia a la evidencia del contexto enunciativo propio del texto por analizar), a través de las cuales pudimos llegar a revelar una serie de consideraciones, comprendidas siempre dentro del marco del México independiente a principios del siglo XIX. Primera mitad del siglo en que nuestro país atravesaba por el devenir de la experiencia de un cambio notable de vida, consistente en el tránsito de la visión medieval feudalista legada por la cultura colonial, a la moderna, que le ocasionó una nueva forma de percepción y de apreciación de la vida.

Como quedó demostrado, este cambio no se instauró de inmediato, sino que fue un procesamiento largo que necesitó casi todo un siglo antes de ser aceptado por la mayoría de los habitantes del México de aquel entonces. Motivo por el cual, la vida y el pensamiento de los mexicanos se alteraron doblemente a consecuencia de: por un lado, la desintegración y la ruptura de todo aquello que por trescientos años había constituido la identidad de la población; y por el otro, por la necesidad que implicó tener que desterrar el arraigo de esas raíces hispánicas, para construirse como entidad moderna, libre y progresista.

Curiosamente, a la inversa de como se van aceptando las innovaciones de los acervos lingüísticos en la normatividad de una lengua (que se originan en los estratos bajos de la sociedad hasta llegar a los que velan por la normatividad de la lengua), los cambios paradigmáticos que rigen las costumbres y el pensamiento de una sociedad son impuestos por las clases sociales con mayor privilegio de poder que, al imponerlas como formas de prestigio, de reconocimiento, de confort y de buen vivir, van siendo imitadas y acogidas paulatinamente por los demás grupos sociales. Como se pudo observar, en el caso concreto del planteamiento de nuestro trabajo, la clase media, pequeño burguesa (o criolla) fue quien se convirtió en protagonista modelo, introductora y difusora de tales paradigmas, que no llegaron a implantarse en nuestra sociedad sino hasta finales del siglo XIX.

Por lo que respecta a la aplicación del sustento teórico del trabajo, lo más relevante estriba en habernos llegado a revelar y a proporcionar, una visión nueva de comprender, estudiar y de difundir nuestra historia y, en general, nuestras manifestaciones culturales, diferente a la perspectiva lineal, permanente, hegemónica y unilateral, bajo la que se han estudiado la mayoría de los textos del siglo pasado. Así mismo, este sustento teórico aplicado a los materiales de lectura del momento, nos permitió verificar la movilidad de actitudes cosmovisivas, tanto sociales, como experimentadas por sus autores y plasmadas en los textos.

Desde el punto de vista de relevancia del sujeto, otra de las posibilidades revelada a través de la investigación fue la de poder haber llegado a relativizar la visión determinista que circundó el pensamiento decimonónico (como aparece en muchos de los textos descritos en el capítulo III). Movilidad que, según el "co-texto" del sujeto (ya elaborador, ya lector de los textos), va transformando el testimonio real de la circunstancialidad histórica, motivo por el cual, podemos advertir el peligro que nos resultaba el poder llegar a proporcionar una versión única y cerrada, sobre los efectos que tales lecturas propiciaron en sus lectores.

A través del seguimiento sociocrítico de la investigación, pudimos advertir la importancia que representa en un texto lo que Duchet nombra en su teoría como "lo real", que bien puede considerarse como una voz que habla y participa dentro del discurso,¹¹⁰ como si se tratara de un sujeto elíptico más analizable (el sujeto social¹¹¹) que, debido a su carácter convencional, tiende en la mayoría de los casos de lectores pasivos, a reforzar las posibilidades de sentido de las que es portadora. Sin embargo, es a partir de este sujeto social, a través del cual los integrantes de un grupo o entidad común, conforman su identidad originaria, se reconocen y se aceptan como miembros pertinentes.

Mijail Bajtin afirma que es esta voz del convenio social la que construye al hombre debido a la facultad que tiene de pertenencia sobre el ser humano desde el momento de su nacimiento. Voz estandarizada que estructura las generalidades, a las masas, reprimiendo su capacidad de reaccionar controvertidamente frente a la fuerza que ejercen las condiciones reconocidas sobre ellas. Debido al carácter inherente al individuo, esta voz formará parte concomitante de cualquiera de sus expresiones discursivas, por lo cuál Duchet concibió a todo mensaje escrito como un sociotexto, capaz de entrañar y desentrañar una socialidad.

En torno a esta voz es como se van constituyendo los diferentes paradigmas que integran un grupo y reconoce una comunidad (explicados por T. S. Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas*), mismos que, a su vez, marcarán e impondrán las características del devenir de un aquí y un ahora específicos, y sin los cuáles no es posible percibir y reconocer: ni los cambios, ni los modelos específicos instituidos, regentes en la vida científica, cultural y artística de una cultura.

Mediante esta instauración de paradigmas es como advertimos en nuestro trabajo el devenir y la dialéctica de los cambios profundos del espíritu que, dentro del contexto independentista, sorprendieron, motivaron y dominaron paulatinamente la vida y la sociedad mexicana de la primera mitad del siglo pasado, hasta llegar a instaurarse totalmente a

¹¹⁰ Tomada bajo el criterio bajtiniano especificado en el capítulo tercero del trabajo.

¹¹¹ Término empleado por Gilberto Giménez. Cf. *Poder, estado y discurso*, México, U.N.A.M. 1983, Cap

finales de este siglo. La sustitución de paradigmas de carácter medieval por los que se introdujo el pensamiento moderno a través de la apertura y la inspiración de las formas extranjeras, se intersectan con los parámetros deseosos de reconstrucción nacional, acentuando una actitud de ambivalencia. Esta confusión llegó a permearse en todos los ámbitos y estructuras de la vida y de la sociedad de aquel momento, hasta llegar a los textos según quedó visto en el capítulo tres del trabajo.

La reacción que trajo consigo esta desavenencia a la población, provocó una desarticulación en el querer y el hacer (ideología y praxis) de las mayorías. Desajuste que podemos señalar como una de las características fundamentales que manifestó, en muchos de sus ámbitos, el México de la primera mitad del siglo XIX, y nos atreveríamos a decir que durante todo el siglo. Ejerciendo, durante su proceso de reconstrucción como país independiente, un dominio sintomático característico, difícil de digerir en un momento de por sí, de tanta perturbación histórica conflictuado por el destierro y el resurgimiento de formas culturales.

Esta anarquía y desconcierto bajo el que se inició nuestra vida mexicana como país libre, explica el cómo y el porqué de nuestras raíces nacionales culturales, así como el espíritu de nuestro pueblo, vinculado a un México de dualidades funestas, configurado como dijera José Emilio Pacheco "de agua y de aceite", híbrido.

Por lo que concierne al fenómeno de la lectura, a la que los intelectuales del momento concibieron una panacea, acreditándola como un medio ideal para hacer llegar la educación a la población, y poder encauzar mejor y más rápido la conciencia del cambio independiente, pudimos percatarnos que, a pesar de que a principios del siglo XIX nuestro pueblo comenzó a gozar de una apertura de oportunidades de lectura en relación a la represión de siglos anteriores, no pudo ser realizada por la mayor parte de la sociedad debido al perfil heterogéneo de su conformación. De esta manera, la "palabra" pensada se transformó en el canal idóneo para fomentar la conciencia del nuevo mexicano no pudo cumplir los cometidos deseados, salvo en una parte reducida de la población. Sin embargo, es interesante observar cómo para los primeros años de la vida independiente, se percibía y se creía ya

en la palabra y en los medios de comunicación masiva, como canales funcionales de transmisión ideológica, como lo ha venido a ser, a finales de milenio, el fenómeno moderno de la comunicación de medios, reemplazados ahora por la imagen virtual (como podemos constatarlo hoy en día) Sustitución que, dicho sea de paso, vuelve a revelarnos la dialéctica de los cambios paradigmáticos en la vida y la cultura del hombre y la sociedad, cuyo síntoma se está dejando sentir en varias de las facetas de la vida actual.

Durante el trayecto de nuestra investigación pudimos advertir, además, la fuerza y creencia del hombre en la palabra y la influencia que ésta ha seguido ejerciendo en su devenir, percatándonos de su magia que, como dijera F. Nietzsche "sostiene y construye al hombre."¹¹² En el caso del siglo XIX, el periodismo, más que otras posibilidades literarias, se constituyó en la potencia transmisora de las formas de vida moderna, impulsando y fortaleciendo su presencia en el espíritu de la vida mexicana recién ingresada a la modernidad.

Sin reconocer precisamente en nuestra investigación la presencia de las condiciones reales sociopolíticas en el texto como reflejo de un aquí y un ahora específicos, pudimos llegar a reconocer que éstas dialogan con su propio contexto social a través de la experiencia del sujeto ya codificador, ya receptor del discurso. Es este diálogo con el perfil del momento real, el que funciona, además, como límite totalizador del sentido y del convenio de estos materiales de lectura, ya sea de su expresión formal o de su contenido, motivo por el que podemos explicar por qué un texto admite convertirse ,tal y como lo afirma Claude Duchet, en un "Sociotexto", que al ser escrito o leído, acepta una revelación de las huellas del co-texto que lo integran. Un texto, pues, es transmisor por un lado, de sus propias limitantes sociales; es decir, de sus facultades que lo integran lingüísticamente como "lengua"; pero también, guardará dentro de esta posibilidad de estar confeccionado con palabras ("litterae"), la posibilidad de plasmar un sentido co-textual particular¹¹³ del autor, que, dentro del texto, constituye otra voz más dentro del sociotexto que, por su carácter individual, configuraría lo que podemos ubicar como el "habla" del discurso.

¹¹² Cf. Friedrich Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Edit. Tecnos, 1990.

¹¹³ Ver diagrama de la tesis: Capítulo I, p. 23

Las consideraciones anteriores se complican cuando un lector, o decodificador se enfrenta al texto desde su lengua y su propia habla, la que le lleva a apropiarse de éste alterando su intencionalidad y acabamiento para convertirlo en relativo. Al respecto, podemos concluir que, desde las perspectivas sociocrítica y fenomenológica, éste relativismo debe ser respetado. Es decir, que para categorizar cualquier elemento implícito en el texto analizado, tendrá que hacerse desterrando cualquier parámetro impositivo del lector que lo explique previamente, procurando una comprensión integrativa, es decir, como lengua y como habla.

La influencia de las lecturas de la época ejercida en los lectores, se reduce a una élite. A ese reducido grupo pequeño burgués que fue identificándose poco a poco con los nuevos modelos, hasta llegar a implantarlos paulatinamente a las mayorías. Trayecto de asimilación y aceptación que nos permitió destacar algunas de las siguientes reacciones: crisis, inseguridad, sorpresa o indiferencia, las que, según el cotexto de cada uno de los miembros de la sociedad, y la forma como se presentaron en cada uno de los lectores, provocaron el predominio de una u otra, según el caso particular de cada cual, originando el recibimiento de estas lecturas un patrón de conducta según su socialidad. específica.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles, *El arte poética*, 11a. Edic., México, Espasa-Calpe 1992.
- Altamirano, Ignacio Manuel, *Obras* México, Agüeros, 1899.
- Bachelard, Gastón, *Formación del espíritu científico*, México. Siglo XXI. 1983.
- Bal, Mieke, *Teoría de la narrativa*, (tr. Javier Franco), España, Cátedra S.A., 1985.
- Bajtín, Mijail, *Estética de la creación verbal*, (Tr. Tatiana Bubnova), México, Siglo XXI. 1985.
- Teoría y estética de la novela*, (Tr. Helena kriúkova y Vicente Cazcarra), Madrid, Taurus, 1989.
- Problemas de la poética de Dostoievski*, (Tr. Tatiana Bubnova), México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Bermúdez de Brauns, Teresa, *Bosquejos de la educación para el pueblo*, Méxic, SEP, 1985.
- Block de B., Lisa, *Una retórica del silencio*, México, Siglo XXI, 1984.
- Bruno M, *Silabario y catón*, México, Edit. Enseñanza, 1961.
- Bubnova Tatiana, *Delicado puesto en juego*, México, UNAM, 1985.
- Cardoso F., Ciro, *Formación y desarrollo de la burguesía en México*, 2a. Edic, México, Siglo XXI, 1981.
- Córdova, Arnaldo, *Sociedad y estado en el mundo moderno*, México, Grijalbo, 1984.

Cortés, Jaime E., *Antología del cuento mexicano del siglo XIX*, México, Ediciones Ateneo S.A., 1978.

Cuéllar, José Tomás de, *Baile y cochino*, 4a. Edic., México, Porrúa (Escritores mexicanos), 1982.

Cuéllar, Tomás de, *Las jamonas*, México, Promexa (Colección Clásicos de la Literatura Mexicana), 1985.

Chimalpopócatl Galicia, Faustino, *Silabario de idioma mexicano*, México, Imprenta de las Escalerillas No. 7, 1849.

Díaz Covarrubias, Juan, *El diablo en México*, México, Promexa, (Colección Clásicos de la Literatura Mexicana), 1985.

Duchet, Claude, *Apuntes sobre Sociocrítica*, Tomados en el Seminario de Creación Literaria, a cargo del Dr. Gilberto Giménez en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 1984.

Le projet sociocritique ensayo donado por el autor para el Seminario de Sociocrítica, impartido por él durante el mes de julio en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 1984.

Eco, Umberto, *La obra abierta*, (Tr. Rosa Bardogue), México, Edit. Artemisa (Col. Obras maestras del pensamiento contemporáneo), 1984.

Franco, Jean, *Historia de la literatura hispanoamericana*, (Tr. Carlos Pujol), 3a. Edic., México, Ariel, 1980.

Fernández de Lizardi, *La Quijotita y su prima*, 5a Edic., México, Porrúa (Escritores mexicanos), 1982.

El periquillo sarniento, 5a Edic., México, Porrúa (Escritores mexicanos) 1963

Frías y Soto Hilarión, *Álbum fotográfico*, México, Promexa (Colección Clásicos de la literatura mexicana), 1985.

García de S., Vicente Nicolás, *Silabario nuevo*, Impreso por Galván, 1849.

García Cubas, Antonio, *Cuadros de costumbres* México Promexa (Col. Clásicos de la Literatura Mexicana), 1985.

Giménez Gilberto, *Poder, estado y discurso*, México, UNAM:(Instituto de Investigaciones jurídicas), 1983.

González, Cesar, *Función de la teoría de los estudios literarios*, México, UNAM (Investigaciones filológicas), 1982.

González Casanova, Pablo, *La literatura perseguida*, México, SEP: (Cien de México), 1986.

Gómez Gil, Orlando, *Historia crítica de la literatura hispanoamericana*, México, Edit.

Iser, Wolfgang, *El acto de leer*, (Tr. Juan Almeda), Madrid, Taurus, 1987.

Jitrik, Noé, *Lectura y cultura*, México, UNAM (Coordinación de humanidades), 1987.

Jakobson, Roman, *Ensayos de lingüística general*, (Tr. Juan Almeida), México, FCE:, 1973.

Kuhn, Thomas, *La estructura de las revoluciones científicas*, (Tr. Agustín Contin), 8a. Edic, México, FCE (Col. Popular), 1991.

Larroyo, Francisco, *Historia comparada de la educación en México*, 19a Edic., México, Porrúa 1986.

Lowe, Donald M., *Historia de la percepción burguesa* (Tr. Juan José Utrilla), México, FCE. (Breviario 430), 1989.

Heller, Agnes, *Historia y vida cotidiana*, México, Grijalbo S.A., 1985.

Martínez, José Luis, "México en busca de su expresión", en *Historia general de México*, T III, México, Colegio de México, 1945.

Mignolo, Walter, *Romance Langes*, Michigan University, 1979.

Millán Ma del Carmen, *Historia de la literatura mexicana*, México, Esfinge, 1962.

Millán, Antonio, *El signo lingüístico*, México, ANUIES, 1973.

Moreno, Roberto, *Ensayos de bibliografía mexicana (autores, libros, imprenta, bibliotecas)*, México, UNAM:, (Instituto de Investigaciones bibliográficas), 1986.

Mora, José Ma. Luis, *La formación de la conciencia burguesa en México*, México, UNAM, 1984.

Payno, Manuel, *Sobre mujeres, amores y matrimonios*, México, Premia Editores S.A., 1984.

Perales, Alicia, *Asociaciones literarias mexicanas del siglo XIX*, México. UNAM, (Centro de estudios literarios), 1957.

Pimentel, Francisco, *Historia crítica de la literatura y de la ciencia*, México, Librería de la Enseñanza, 1885.

Prado, Gloria, *Creación, recepción y efecto de la obra literaria*, México Edit. privada, 1988.

Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos*, México, Porrúa, (Sepan cuantos), 1985.

"*La sociedad mexicana*" en *Atentamente...*, Selección y prólogo de Carlos Monsiváis, México, Clásicos de la literatura mexicana, 1972.

Pozuelo y Vancos, José Ma. *Teoría del lenguaje literario*, España, Cátedra, 1989.

Ponce, Aníbal, *Educación y lucha de clases*, México, Editores unidos, 1988.

Rall, Dietrich (compilador),(Tr. Sandra Franco y otros), *En busca del texto, teoría de la recepción*, México, UNAM, 1987

Rabasa, Emilio, *Introducción a la historia de México*, México, UNAM., 1986.

Reis, Carlos, *Fundamentos del análisis literario*, España, Gredos, 1967.

Ricoeur, Paul, *Ideología y utopía*, (Compilado por George Taylor), (Tr. Alberto L. Bixio), Barcelona. Gedisa, 1989.

Freud: una interpretación de la cultura (Tr. Armando Suárez), México, Siglo XXI, 1987.

Roa Bárcena, José Ma., *Cartas a su hermana Josefina*, México, Edic. Díaz de León y White, 1869.

Quinta modelo, México, Premia editores, S.A., 1984.

Robles, Martha, *Educación y sociedad en la historia de México*, México, Siglo XXI, 1988.

Ruiz Castañeda, Ma. del Carmen, *La prensa en México en el siglo XIX*, México, UNAM (Investigaciones bibliográficas), 1988.

El Iris periódico crítico y literario
México, Edic. particular 1988

El conde de la cortina y el Zurriago literario,
México, UNAM (Centro de estudios literarios) 1974.

Schneider, Luis Mario, *Ruptura y continuidad*, México, FCE (Popular), 1975.

Staples, Anne, *Educación: Panacea del México independiente*, México, SEP.(biblioteca pedagógica), 1985.

Sefchovich, Sara, *México país de ideas, país de novelas*, México, Grijabo, 1989.

Tola, Fernando, *La crítica de la literatura mexicana en el siglo XIX*, México, Universidad de Colima, 1987.

Van Dijk, Teun, *Estructuras y funciones del discurso*, (Tr. Mira Sann), México, Siglo XXI, 1980.

Vázquez, Zoraida Josefina (compiladora), *Historia de la lectura en México*, México, Colegio de México, 1988.

Zarco, Francisco, *Castillos en el aire*, México, Premia editores, 1988.

Zaid, Gabriel, *Obnibus de la poesía mexicana*, México, Siglo XXI, 1986.

HEMEROGRAFÍA

PERIÓDICOS

El amigo de la patria, obra periódica, México, D.F., 1812.

Semanario político y literario, (Dirigido por José Ma. Luis Mora), México D.F., 1821.

El águila mexicana (órgano yorkino), México D.F., 1823.

Hay va ese hueso que roer y que le metan el diente, periódico semanal, 1826.

Correo semanario de México, (Dirigido por José Joaquín Fernández de Lizardi), México D.F. 1826.

El Quebrantahuesos, periódico semanal, México D.F., 1826.

El observador de la República Mexicana periódico semanal, México D.F., 1827

El sol, periódico oficial, semanal, México D.F., 1831.

El Fenix de la libertad, México D.F., 1831.

El mosaico mexicano, Periódico santanista, México D.F. 1836.

Cosmopolitan, Periódico federalista, México D.F. 1837.

El católico, periódico religioso, político, cristiano, científico y literario, México D.F., 1845.

REVISTAS

Panorama de las señoritas mexicanas, periódico pintoresco y literario, México D.F., 1842

El diario de los niños, periódico semanal, México D.F., 1839-40.

El museo de las familias, Madrid, España, 1839-40.

Museo mexicano, Miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas, México D.F., 1843

Revista mexicana, México D.F., 1835

El recreo de las familias, México D.F. 1838-43

El Zurriago literario, México D.F., 1939.

El iris. México D.F., 1826-39

Revista de la cruz, México D.F., 1855-6

Álbum mexicano, México D.F., 1849.

Semanario de las señoritas mexicanas, México, 1841-42.

Calendario de Galván, México, 1831-45.

Revista científica y literaria, México D. F., 1845.

Semanario artístico, publicación para educar artesanos, México, D.F., 1844.

Museo popular, México D.F., 1835-40